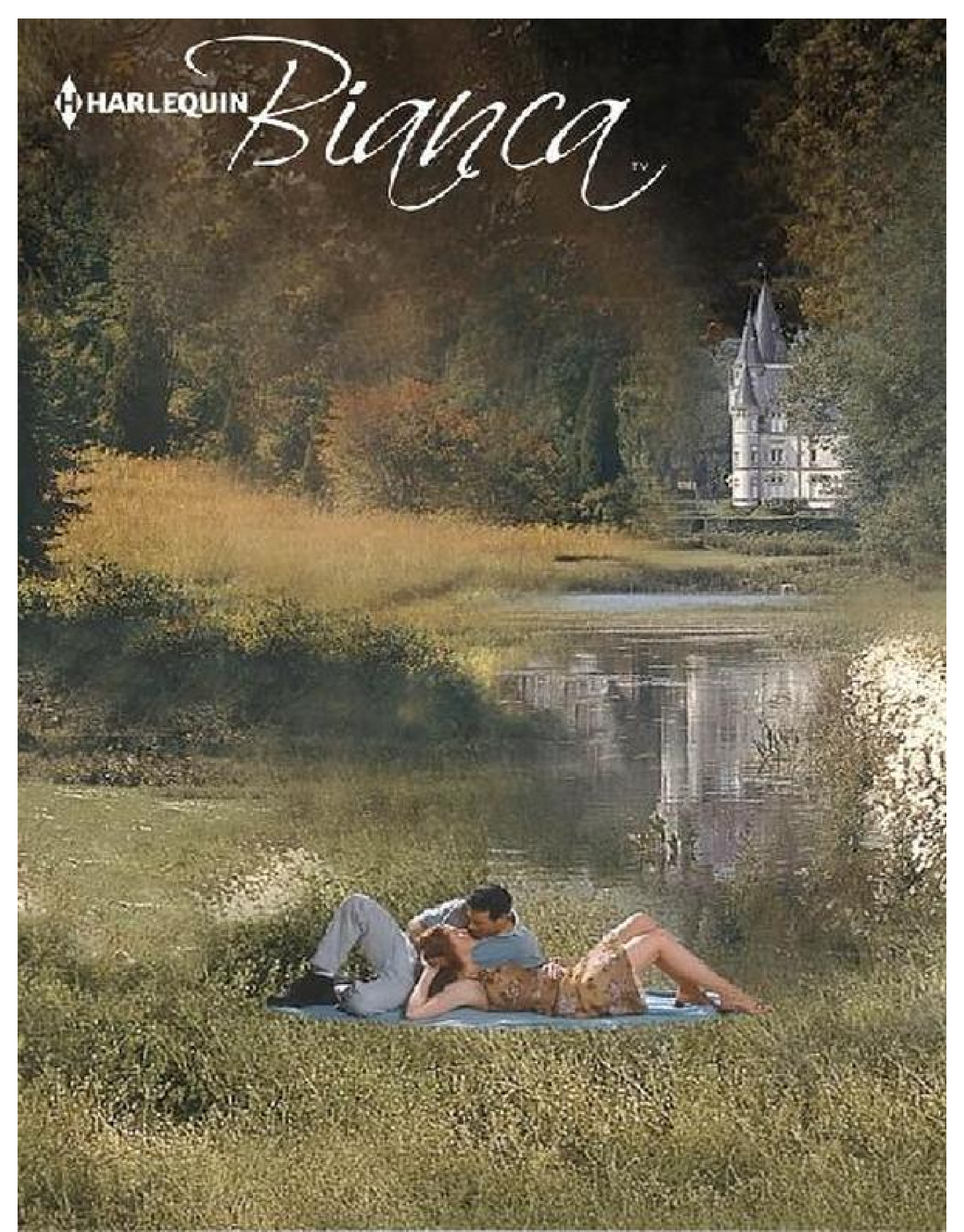


LA AMANTE DEL CONDE FRANCÉS

SUSAN STEPHENS



LA AMANTE DEL CONDE FRANCÉS

SUSAN STEPHENS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La amante del conde francés, n.º 1465 - marzo 2018
Título original: The French Count's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-202-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

PERO, *mademoiselle*… Monsieur le Comte está en una reunión. No puede ver a nadie.

–A mí sí –dijo Kate Foster muy segura de sí misma, dejando atrás a la criada, para entrar en aquella sala inmensa, que parecía no haber cambiado nada durante los años.

Justo antes de divisar a su presa, Kate pensó que ella sí que había cambiado. Ya no se dejaba intimidar como cuando era niña, quizá debido a su éxito en los negocios. Había un grupo de hombres sentados alrededor de la mesa que había en la sala, los cuales se pusieron de pie mientras la veían aproximarse, pero solo uno de ellos suscitaba su interés.

–¿Kate? –exclamó él con suavidad.

Al oír aquella voz, tuvo que concentrarse para mantener la mirada fija. Había olvidado lo alto e impresionante que era. Guy de Villeneuve no solo era guapo, sino que parecía estar hecho de un material perfecto. Tenía la piel bronceada, su pelo de ébano parecía más exuberante, sus pestañas más largas, sus cejas más expresivas y sus labios… Kate tuvo que mirar para otro lado al darse cuenta de que ella también estaba siendo evaluada por aquellos ojos grises, que eran un recordatorio de lo que le esperaba a cualquiera que se dejase llevar por los encantos del conde de Villeneuve. Sin embargo, ella recordaba que sus puntos fuertes eran su voluntad de hierro y su inteligencia, que escondía bajo una apariencia elegante y muy sensual.

Kate buscó otros blancos en los que fijar su mirada para esquivar a la persona que la esperaba al otro lado de la sala. Incluso aunque la cortesía la hubiera obligado a aceptar la intrusión de Kate, ella sabía que bajo su mirada de halcón se filtraban muy diversas emociones.

–Conde Guy de Villeneuve –dijo ella con frialdad intencionada.

El conde la miró extrañado por lo formal de su entrada pero, por lo que a Kate concernía, habían pasado diez años desde su último encuentro y aquello no era ninguna visita social. Ella había seguido su carrera de cerca como para saber que la belleza y el encanto de las mujeres no tenían nada que hacer cuando se trataba

de negocios. Mientras miraba aquellos ojos grises, recordó que a él siempre se le había dado muy bien leer su mente. En ese instante, Kate se encontraba en un juego que le resultaba familiar, en el que él siempre solía llevar ventaja. Un juego en el que provocar a la jovencita que iba de visita a la finca de su familia constituía una diversión anual para el joven conde. Pero habían pasado diez años, en los que ella se había forjado y perdido una carrera, y en aquel momento, se encontraba en lo más alto de otra distinta. Diez años en los que había aprendido a tratar con hombres como él.

–Kate, ha pasado mucho tiempo. ¿En qué puedo ayudarte?

Kate mantuvo una distancia de seguridad y echó su larga melena rubia hacia atrás, contenta porque entonces sí que conocía las reglas del juego. Pero lo que quería de Guy en ese momento era distinto, y tenía que darse prisa.

–¿Kate? –preguntó él de nuevo. Entonces ella observó que la calidez de sus ojos había dejado paso a algo más frío, y se preguntó si habría sido buena idea acudir directamente a él. Su voz profunda era muy seductora, y era evidente que en esos diez años su cuerpo atlético había mejorado considerablemente.

–Lamento la intrusión, Monsieur le Comte, pero debo hablar con usted.

–¿De qué? –preguntó, mientras indicaba a los demás que se sentaran de nuevo.

–Es algo de lo que me gustaría hablar en privado –dijo acercándose a él.

–Como puedes ver, estoy en una reunión. Mi secretaria…

–Esto no puede esperar –dijo con voz firme mientras se preparaba para enfrentarse a él. Pero era imposible no percibir sus pensamientos en aquella mirada, y se sintió aliviada cuando él se dio la vuelta durante unos instantes para estudiar unos documentos que tenía sobre la mesa.

–Si hubieras pedido cita, todo sería mucho más fácil –dijo con voz serena y fuego en la mirada.

Aquel tono desafiante provocó en Kate una mayor osadía y sus ojos verde esmeralda brillaron con más intensidad.

–Llamé antes de salir de Inglaterra para pedir una cita, y su secretaria me dijo que tenía la agenda completa el resto del mes.

–¿Dejó usted su nombre, *mademoiselle*? –preguntó de forma provocativa.

–Por supuesto que sí –dijo ella, indignada porque la considerara tan inepta. Aunque, de pronto, se dio cuenta de que no tenía por qué conocerla en absoluto y dejó de lado su vena

combativa, más propia de la juventud. Guy de Villeneuve solo conocía a la niña que un día fue, no a la mujer en que se había convertido–. Le dejé dicho a su secretaria que le informara de que Kate Foster había llamado –prosiguió satisfecha por el tono de su voz y por la cara que puso Guy al darse cuenta de que alguien de su personal había hecho algo mal. Pero era demasiado sutil para mostrar su disconformidad en público.

–Bueno, Kate Foster –dijo pronunciando cada sílaba con ironía–, no puedo pedirles a estos caballeros que se marchen hasta no saber de lo que quieres hablar.

Kate elevó una ceja cuando sus miradas se encontraron, pero la suya descendió ligeramente para fijarse en la mandíbula de Guy, rodeada por la barba incipiente. Observó sus labios y retiró la mirada con rapidez, no sin antes percibir la ligera sonrisa despiadada que asomaba a su boca.

La excitó y, al tiempo, la preocupó el hecho de que él aún fuese capaz de leer sus respuestas.

–He venido para hablar de La Petite Maison –dijo mientras, por el rabillo del ojo, podía ver cómo los demás hombres se relajaban.

El conde la miró intensamente antes de girarse para dirigirse a los demás.

–Caballeros, discúlpenme. Seguiremos con la reunión mañana por la mañana, a las nueve.

Kate pensó que había ganado el primer asalto y se relajó mientras esperaba a que la sala quedase vacía, elevando la barbilla en actitud desafiante mientras los hombres pasaban por su lado y miraban con interés a la mujer que había osado alterar la agenda del conde de Villeneuve.

–¿No te sientas? –preguntó el conde cuando se hubo cerrado la puerta.

Kate observó las dos sillas que había frente a una chimenea esculpida de un único bloque de mármol de Carrara, y luego volvió a mirar al hombre que se alzaba junto a ella. Aceptar la invitación significaría aceptar su hospitalidad, más que enzarzarse en una discusión legal, lo que con seguridad ocurriría.

–Prefiero quedarme de pie, si no te importa.

–Como quieras –convino él y, como notando su inquietud, permaneció donde estaba. Lo suficientemente lejos para no tocarse pero cerca para que ella pudiera apreciar su deliciosa fragancia de frutas–. Kate, *¿se passe?* ¿Te habías olvidado de mí?

Kate se puso roja al ver su mirada. ¿Cómo podía olvidarlo?

–¿Has venido porque me echabas de menos? –preguntó él con

satisfacción.

Los nervios que sentía eran prueba evidente de aquello, pero eso le sirvió a Kate de advertencia.

–No he venido para recordar viejos tiempos –negó con firmeza–. Quiero hablar del presente.

–Yo también –dijo él con suavidad. Luego, giró sobre sus talones y se dirigió hacia un escritorio de madera de cerezo tras el que se alzaba un enorme ventanal arqueado–. ¿No quieres venir y sentarte? –preguntó mientras señalaba a una silla que había frente a su confortable sillón de cuero.

Kate pensó que su mirada era como un lazo que la arrastraba por la sala mientras se resistía para no moverse.

–Acércate –insistió él como si estuviera tratando con una yegua salvaje–, acércate y dime qué es lo que pasa, Kate. Cualquiera que sea el problema, seguro que podemos encontrarle solución.

Su tranquilidad la estaba volviendo loca. Su control inflexible siempre sacaba lo peor de ella. Pero, por más que se convencía a sí misma de lo mucho que había cambiado durante los años, le hablaba con la misma furia que adoptaba cuando era una adolescente.

–Me temo que hablando no solucionaremos el problema.

–¿Y qué es lo que te satisfaría? –preguntó con brillo en los ojos, que mostraban lo mucho que disfrutaba con su desesperación.

Kate se alarmó al imaginar la respuesta a aquella pregunta. Guy de Villeneuve tenía treinta y muchos años y ocupaba la portada del *Time* con regularidad monótona. Ella, pese a su éxito comercial, solo tenía veintiséis años, era esclava del trabajo y no tenía tiempo para el romance, exceptuando las fantasías que su activa imaginación recreaba en su mente, como era el caso.

–Ahora que estás aquí, no hay nada de malo en relajarse –continuó él con calma–. ¿Quieres acercarte más? No muerdo.

A Kate le resultaba imposible leer su pensamiento. Había perdido práctica en esos diez años.

Pero no conseguiría ponerla nerviosa ni hacerle olvidar el motivo de su visita. Caminó hacia él con la cabeza bien alta y un paso firme de bailarina, que casi ocultaba la cojera que le había quedado tras el accidente que por poco le costó la vida.

–Podrías empezar por explicar por qué La Petite Maison está tan descuidada –dijo con frialdad.

–Ah, eso –dijo él con aire distraído.

–Sí, eso –coincidió Kate–. ¿Y bien? ¿Cuál es la explicación? He estado pagando a la oficina de la finca Villeneuve durante casi seis

meses. Supuse que ese dinero sería suficiente para cubrir los gastos de mantenimiento de la casa hasta que yo pudiera venir para hacerme cargo.

–*¡Oh, par pitie, Kate!* –dijo él con elegancia–. Todos los arrendatarios sabían que, tan pronto como devolviera la finca a su propósito original, las casas de campo habrían de desaparecer.

–Pues yo no fui informada –dijo Kate mientras se sentaba en la silla–. Teniendo en cuenta las circunstancias, ¿no crees que tu comportamiento haya sido un poco despótico?

–Lamento el descuido –dijo encogiéndose de hombros–. Cuando Madame Broadbent murió, no recibí noticias de lo que pensaba hacer con La Petite Maison. No había razón por la que te la hubiera dejado a ti. Sin un comunicado formal, hice la única suposición posible.

–¿Cuál? –lo interrumpió Kate. No entendía lo que le estaba pasando, siempre permanecía tranquila cuando había dificultades en los negocios. Y La Petite Maison representaba una dificultad, ya que había dejado que sus otros asuntos tuvieran preferencia.

Las cartas del abogado de tía Alice coincidieron con el cierre de un trato con el que su agencia de viajes por Internet abriría varias sedes en Japón, así que no prestó atención a los documentos de Francia.

–Deduje que los herederos de Madame Broadbent simplemente querían mantener la casa de campo en buen estado. Por favor, déjame acabar –insistió el conde al ver cómo la agitación de Kate amenazaba con explotar–. Como eso no encajaba en mis planes, ordené al encargado de la finca que devolviera todo el dinero. Habrá habido algún problemilla con el banco.

–No puedes dejarlo así –insistió Kate pasándose una mano por el pelo–. No quiero tu dinero. Quiero que todo lo que pagué sea invertido en la casa.

–No puedo hacer eso.

–¿No puedes, o no quieres? –preguntó ella nerviosa.

–Ah, Kate –dijo tras inclinarse sobre el escritorio para mirarla–. Siempre fuiste tan impulsiva.

–Eso no es una respuesta –le advirtió, tratando de no fijarse en sus ojos, embellecidos por las negras pestañas. Su mirada la desarmaba a la hora de hablar de negocios, pero los efectos que provocaba en sus sentidos no eran nada catastróficos–. Si te niegas a hacer nada, devuélveme el dinero y yo me las arreglaré.

–Muy bien –coincidió él, para sorpresa de Kate–, mañana tendrás todo el dinero en tu cuenta, pero la casa vuelve a mí –

añadió cuando Kate ya se había relajado–. Aceptarás mi oferta.

–¿Chantaje? –dijo ella mientras se ponía en pie.

–*¡T'exagere!* –exclamó dando un golpe en la mesa con el puño. Luego se levantó y la miró con reprobación–. Prefiero llamarlo un acuerdo amigable –concluyó en voz baja.

–Muy beneficioso para ti –observó Kate con delicadeza, puesto que se enfrentaba a alguien más peligroso de lo que recordaba–, y difícilmente amigable, ya que no quiero tomar parte en él.

–Puede que cambies de opinión cuando oigas lo que tengo que decirte.

–Lo dudo –contestó intentando controlarse.

–¿Ni siquiera vas a escuchar mi oferta?

Kate se estiró antes de contestar y, aun así, seguía siendo bastante más alto que ella. Además, parecía que disfrutaba viéndola en esa posición.

–Guy, no me trates con condescendencia. Soy una mujer adulta y tengo mis propios negocios.

–Vaya, creí que habías olvidado cómo pronunciar mi nombre –bromeó.

Su voz era tan deliciosa y provocativa a la vez, que Kate tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en el propósito de su visita.

Quizá era el timbre de su voz, o el tono, pero Kate se dio cuenta de que algo primitivo golpeaba sus sentidos. Y, si en ocasiones pasadas se había considerado inmune al machismo, Guy, conde de Villeneuve, le demostró que estaba equivocada.

–No cambies de tema –dijo Kate con rapidez–. Sabes para que he venido, y no se trata de un viaje por el recuerdo –añadió justo antes de que sus miradas se encontraran.

–Creo que deberíamos poner las cartas sobre la mesa con calma –dijo él.

–No cambiaré de idea.

–Como quieras –dijo el conde, y se volvió a sentar–, pero lo que tengas que decir hazlo rápido. Tengo muchas cosas que hacer.

Le dirigió a Kate una mirada menos tolerante y ella observó cómo, con una de sus manos, parecía querer aplastar el filo de un abrecartas. Entonces Kate se preguntó si sería tan molesta para él como él para ella. Una cosa estaba clara: pronto perdería la paciencia con ella. Parecía que, incluso la cortesía de Guy de Villeneuve tenía sus límites.

–¿Y bien? –preguntó él–, ¿te sientas, o prefieres quedarte ahí mirando?

Mientras se sentaba en el borde de la silla, Kate pensó que la brusquedad de su voz era más seductora que su encanto. Mientras se alisaba la falda de muselina de color aguamarina, vio cómo Guy tomaba una carpeta de una pila que tenía enfrente. Pero sus ojos, al igual que sus pensamientos, pronto empezaron a divagar.

Diez años antes era una adolescente desgarbada enamorada de un aristócrata francés y, en ese momento, estaba sentada frente al mismo hombre convertida en mujer de negocios gracias al éxito de su agencia de viajes en Internet. Pero eso no servía de nada cuando su corazón latía con tanta fuerza. El temor y el deseo inundaron sus sueños adolescentes. Y era sorprendente cómo, años después, el conde seguía despertando en ella los mismos sentimientos, solo que esta vez era peor. Ya no era una chiquilla inocente, sino una mujer de éxito con necesidades. Y, en su carrera hacia el éxito, no había habido tiempo de saciar esas necesidades; y, mientras miraba embobada aquel cuerpo atlético, se dio cuenta de que tampoco había existido tentación posible, hasta aquel momento.

–¿Lista, Kate?

Entonces volvió en sí, molesta por aquella distracción. Estaba allí para quejarse, no para enumerar sus cualidades como amante. Mientras, con los dedos, se aseguraba de que su blusa estaba abrochada, se maldijo por no haberse puesto uno de sus trajes de Armani. Al ver el mal estado de la casa, actuó sin pensar y se subió a su Jeep alquilado para ir a ver al león en su guarida. Pero aquel atuendo tan apropiado para la campiña francesa era totalmente embarazoso al verse frente a un hombre como Guy de Villeneuve. Era demasiado insinuante y enviaba señales equivocadas a juzgar por las reacciones del conde, que parecía considerarla más provocativa que decidida.

Kate se quedó en blanco cuando el conde le dirigió una mirada inquisitiva y sus labios seductores se curvaron, anticipando una sonrisa. Observó con atención sus hombros desnudos y luego bajó la mirada hacia el pecho, que se hinchaba con cada inspiración. Ella recordó entonces que la falda era casi transparente, así que la arrebujó contra las piernas con rapidez. Y cuando el conde pareció dirigir su atención hacia los documentos dijo:

–Ten cuidado, sería una pena estropear una falda tan bonita.

Para cualquiera que no lo conociera, aquel cumplido habría parecido inocente, pero Kate recordaba bien que sus sentidos estaban siempre alerta y no se le escapaba nada.

–*C'est très jolie* –murmuró él, antes de elevar la mirada–. Muy de tu estilo.

Aquel comentario confundió a Kate por un momento. Luego se dio cuenta de que, al igual que ella tenía sus recuerdos, él pensaría siempre en ella como la chiquilla que visitaba la finca de su familia para pasar las vacaciones en la casa de campo de su tía. El atuendo informal que llevaba en ese momento se parecía a aquellos con los que su tía solía vestirla durante su estancia. A Kate le encantaba ponerse esos vestidos de colores porque era como entrar en un mundo diferente, válvula de escape de su vida en casa, era como si pudiera ser otra persona, al menos durante el verano. Cuando, al regresar a Francia, compró en el mercadillo el vestido que llevaba puesto, no se le ocurrió pensar en lo parecidos que eran. Se dio cuenta, entonces, de que aquello formaba parte importante de la fantasía que ansiaba recrear y que aquel hombre tan poderoso sentado frente a ella parecía empeñado en derrumbar.

–No tengo todo el día, Kate –la instó.

Kate se dio cuenta, por el tono de su voz, de que aun la consideraba como a una niña pequeña. Todos esos años intentando hacerse un hueco en el competitivo mundo de los negocios fueron borrados de un plumazo por culpa de la ropa de mercadillo.

–¿Kate? –dijo él con tono más grave–. Lo siento, Kate, pero insisto.

Ella se dio cuenta de que su credibilidad iba a desaparecer por completo. Guy de Villeneuve pasaba con suma facilidad de ser un depredador sexual a ser un hombre de negocios, y ella debería adaptarse a eso o rendirse.

–No voy a venderte la casa de campo –dijo finalmente–. Voy a vivir en ella.

El conde no pareció inmutarse y, simplemente, tomó una carpeta que tenía enfrente.

–¿Y bien? –preguntó Kate–. ¿No tienes nada que decir?

–Hay algunas cosas que deberías saber sobre La Petite Maison –dijo él mientras sacaba unos documentos de la carpeta.

–No estoy de acuerdo –dijo con firmeza–. Para mí es simple. La casa era de mi tía y ahora es mía.

–Sé que la casa a la que te refieres estaba en la finca de tu tía, pero hasta hoy no…

–No tenías ni idea…

–De a quién se la había legado –comentó él mientras hojeaba los documentos. Después se los pasó a ella.

–Antes de que lea esto –dijo ella mirándolo fijamente–, me gustaría saber qué ha sido del dinero que pagué durante estos meses. No puedo creer que no haya ningún registro.

–Estoy al tanto de todos los pagos sobre La Petite Maison, pero en esas transacciones no figura más que el nombre de una compañía –dijo él, mientras extraía unas hojas más y se las pasaba.

A Kate se le contrajo el estómago. Ni siquiera él sabía que Freedom Holidays era su compañía. Pero eso no justificaba el estado de la casa. Fingió interés en los documentos al sentir la mirada del conde sobre ella. Pero, al instante, su cabeza se llenó de imágenes eróticas que poco tenían que ver con el propósito de su visita.

–Pero, si todos estos pagos están en orden, ¿cómo se explica el mal estado de la casa? –preguntó ella. Luego, lanzó los documentos sobre la mesa para evitar mirarlo a él directamente.

–La Petite Maison, al igual que las otras casas de la finca, se rige por unos convenios muy antiguos. Además está arrendada. Por consiguiente, no necesito justificar mis acciones. El hecho de que yo elija…

–¿Tú elijas? –lo interrumpió Kate, aunque sabía que actuaba honorablemente.

–*Certainement* –confirmó él.

–¿Es que nadie más que tú tiene autoridad?

–¿A quién crees que pertenece el terreno en el que están las casas de campo, Kate?

–A ti –exclamó ella, preguntándose por qué demonios no se había dado cuenta de eso antes.

–Correcto –dijo él apoyando la barbilla sobre sus manos.

Kate sabía que él esperaba ver cuál sería su respuesta sabiendo que tenía todos los ases en la manga, pero eso no la intimidó.

–No he encontrado ningún registro de que mi tía pagara nada por terreno alquilado –contraatacó ella con la mirada fija–. Y he examinado todos los documentos a conciencia.

–Todos menos las escrituras de la casa, me temo –respondió él con la mirada puesta en su cara.

–Bueno, sí –dijo, intentando salir del paso–. Eso se lo dejé a mi abogado, y me dijo que… –se detuvo con voz temblorosa.

Al señor Jones le fue difícil explicarle que las leyes de propiedad sobre fincas antiguas en Francia podían ser un campo minado. Le pidió que hiciera un hueco para quedar y poder explicarle todo correctamente. Pero ella había estado muy ocupada haciendo planes para su nueva empresa.

–Fue un descuido por parte de tu abogado no mencionarlo –dijo él, casi victorioso.

–No –admitió Kate–. La culpa es mía. Él quería explicármelo con calma pero yo no tenía tiempo.

–Ah –dijo él, sugiriendo que debería haberse tomado las cosas con más calma–. ¿Algo más?

–Sí. No has explicado por qué no hay constancia de que tía Alice pagara por arrendamiento.

–A Madame Broadbent nunca se le pidió nada –dijo él con calma–. Siendo una de las más íntimas amigas de mi madre, no habría sido apropiado pedirle dinero.

–Pues parece que no tuviste ningún problema en aceptar el mío –dijo ella tras aquella revelación.

–Te devolverán todos los pagos con intereses.

–Pero no lo quiero. Quiero que sea invertido en la casa –insistió Kate.

–*C'est imposible* –dijo con aire de capitulación–. No habrá más casas independientes en mi finca.

–¿De qué estás hablando?

–Encontrarás mi oferta más que generosa –dijo poniéndose de pie, como si la reunión hubiese terminado–. Te aseguro que todos los demás han quedado satisfechos.

–¿Ah, sí?

–*Oui, vraiment* –dijo con voz seca. Aunque su mirada intensa se suavizó–. Vamos Katie, ¿para qué necesitas una segunda casa en Francia si estás tan ocupada?

–¡Mi nombre es Kate! –exclamó, horrorizada al oír el quiebro en su voz.

–Kate –rectificó él–. Como sea que quieras que te llamen, aún no me has contestado.

–¿Intentas decirme que todos, absolutamente todos los demás han aceptado este trato? –dijo, tras ponerse en pie, acentuando la última palabra para que sonara como una acusación.

–No intento decirte nada, Kate. Es un hecho. Lo que ofrezco no es un trato, sino una oferta.

Kate no supo qué decir, así que apretó los labios con impotencia mientras las imágenes de las vacaciones de su niñez pasaban por su mente. Vacaciones que, ingenuamente, pensó que podría recrear.

–No me lo creo –replicó testaruda.

–Créetelo –contestó él–. Los días en los que las casas de vacaciones formaban parte de la finca han pasado.

–Pero, ¿y los demás inquilinos, sus parientes? –preguntó, mientras recordaba a aquella gente que pasaba las vacaciones en la finca–. ¿Es que no te importan en absoluto?

–La gente a la que te refieres usaba las casas como segundas viviendas, casas de vacaciones –dijo pacientemente–. Y todos, sin excepción, estuvieron encantados de aceptar mi oferta.

–Pues yo no lo estoy –dijo Kate, apretando los puños con frustración.

–Aun no has oído mi oferta.

–No necesito hacerlo –aseguró, tratando de aceptar que no podía aferrarse al pasado a la fuerza.

–*Ca suffit maintenant!* Debes escuchar, Kate. Esta es ahora una finca de trabajo, no un cámping de vacaciones.

–Nunca fue un cámping –contestó ella–. Y creo recordar que hubo un tiempo en el que los visitantes eran bien recibidos por tu familia –concluyó. Pero iba perdiendo fuerza. Él había dejado claro que no había ninguna posibilidad. Era demasiado tarde.

–Puede que eso fuera cuando mi padre estaba vivo –reconoció él–. Pero la finca Villeneuve ahora está destinada a hacer dinero. Estos viñedos se convertirán en los más rentables del mundo.

–¡Dinero! –exclamó con furia–. ¿Es que solo te importan los beneficios y las pérdidas?

Siempre había sabido que, una vez que Guy de Villeneuve tomara las riendas, le sacaría todo el partido. Apartó la mirada al ver cómo comenzaba a sonreír.

–Siento que pienses así –dijo él con calma–. Sé que el dinero no lo es todo pero, ¿preferirías que la finca entrara en bancarrota? ¿Que las familias que llevan viviendo en el pueblo generaciones enteras se arruinaran? Porque es lo que iba a pasar. No he disfrutado tanto como te imaginas. Hubo que hacer sacrificios, pero no iba a permitir que la vida de las personas que dependen de mí se fuera al traste. Piensa lo que quieras de mí, Kate. Pero los tiempos han cambiado y yo con ellos. Y tú también deberías.

–¡No! –explotó ella ante la idea de tener que abandonar Francia, al igual que sus ilusiones. Esa idea era insoportable–. ¡Toma tu maldito alquiler! ¡Toma diez años por anticipado si te apetece! Pero yo tengo la propiedad de la casa y no tengo intención alguna de vendértela. Tendrás que llevar tu negocio conmigo en medio.

–Eso puede arreglarse –coincidió él pensativo.

Guy tomaba todas las acusaciones que ella le lanzaba y las transformaba. En ese sentido, nada había cambiado entre ellos.

Pero ella era una mujer de éxito, con sus propios negocios. Aquella impertinencia por su parte no era nada justa. Era evidente que no la iba a tomar en serio, a no ser que…

–¿Así que llevarás tu negocio conmigo en medio mientras yo llevo a cabo el mío propio? –preguntó embaucada por la necesidad de provocar una respuesta. Vio cómo Guy alzaba una ceja con sorpresa y esperó a lo que sería una gran explosión.

–¿Tu negocio? –preguntó él con suavidad.

–Eso es lo que he dicho.

–¿Pero qué es lo que intentas?

–Ah, más de lo mismo –dijo haciendo un gesto con la muñeca, como quitándole importancia.

–¿Lo mismo que qué? –preguntó él con voz siniestra–. Teniendo en cuenta que eres la principal accionista de Freedom Holidays, no puedo imaginar que quieras establecer una de tus agencias en mitad de la campiña francesa. ¿De dónde sacarías a tus clientes? Por no hablar del personal.

–Para lo que tengo en mente –comenzó a decir Kate, sintiéndose cada vez más segura–, yo soy el único personal necesario.

Supo entonces que le había colado un gol por fin y se sintió satisfecha al verlo confundido.

–Pero, el resto de tus oficinas están en las ciudades.

–No. Se te escapa algo –dijo con la misma excitación que sentía cuando cerraba un nuevo trato.

–*Vraiment,* ¿en serio? –preguntó frunciendo el ceño.

–Esta no va a ser como mis otras oficinas –dijo, tratando de no dar rienda suelta a su entusiasmo para no revelar demasiado.

–¿Una nueva empresa?

–Podríamos llamarlo así –admitió, forzada a mirar para otro lado.

–Explícame lo que quieres decir –dijo, en un tono gentil que ella consideró pensativo.

–Esa es información más que suficiente por el momento –dijo, y se entusiasmó al comprobar que lo había llevado a su terreno de una vez–. Espero que tus hombres vengan mañana a retirar los tableros de las ventanas, a limpiar el jardín, a restablecer los servicios básicos…

–*Seigneur!* ¿Algo más?

–No bromeo, Guy –le advirtió–. He invertido mucho en La Petite Maison y quiero ver resultados. Todo está en un estado deplorable. Y yo que creí que estaba pagando para…

–¿Para qué, Kate?
–Ya lo verás –dijo tras una pausa.
–No lo creo.
–¿Ah, no?
–Creí que me había expresado con claridad, Kate. No habrá ninguna casa de vacaciones en la finca Villeneuve.
–Yo también creí haberme expresado con claridad –contestó alterada–. La Petite Maison no va a ser una casa de vacaciones. Y, lo que es más, no se vende… ni a ti ni a nadie.
–Te arrepentirás de eso.
–¿Me estás amenazando, Guy?
Aquel desafío solo sirvió para despertar en su mirada algo primario y peligroso. Echó la cabeza hacia atrás y luego soltó una carcajada muy masculina.

–Sigues siendo mi fiera peligrosa, ¿verdad, Katie Foster?
Aquel tono posesivo en su voz desató el deseo en todas las zonas erógenas de Kate que, instintivamente, comenzó a acercarse a él.
–¿Una fiera salvaje y enfadada, Katie? –sugirió él con sorna mientras se alejaba.
Kate se limitó a negar violentamente con la cabeza, tratando de reprenderlo por usar aquel nombre, pero sabía que por un oído le entraba y por otro le salía.
–Es bueno saber que nada ha cambiado desde la última vez que nos vimos –prosiguió Guy con una arrogancia pasmosa, que le sirvió a Kate como llamada de atención.
–Pronto te darás cuenta de que muchas cosas han cambiado en estos diez años –dijo ella con tensión–. Entre otras, la capacidad de defenderme por mí misma.
–*Excellent* –dijo él en un francés suave–, me gustan las peleas.
Su mirada le producía a Kate escalofríos. Miró embobada cómo se aflojaba la corbata con una mano fuerte y bronceada y luego se desabrochaba dos botones del cuello de la camisa.
–Quizá algunas cosas sí que hayan cambiado –coincidió él mientras la miraba–. Pero, por lo que veo, a mejor.
Kate intentó apartar la mirada al ver cómo se acariciaba con suavidad la barba que oscurecía su mandíbula, pero vio que no podía.
–¡Para! –exclamó ella al verlo acercarse–. Te equivocaste conmigo hace diez años y lo estás haciendo de nuevo.
–Hace diez años había excusa para tu comportamiento –dijo

con una sonrisa al comprobar cómo la autoridad de su voz hacía que ella se derritiese–. Solo tenías dieciséis años. Y, si no recuerdo mal, fuiste tú la que se equivocó, no yo.

Cuando terminó con aquel reproche, el pulso intenso que Kate sentía en el pecho se deslizó hacia una zona mucho más receptiva.

–¿Imaginando que eras un caballero? –preguntó casi sin aliento, esforzándose por hacer que su voz sonara firme para no revelar lo que sentía en aquel momento.

–No –dijo él encogiéndose de hombros–. Por imaginar que me aprovecharía de ti no siendo más que una niña.

–No tenías por qué…

–¿Por qué qué? –la interrumpió–. ¿Cargarte sobre mi hombro y llevarte a los brazos de tu tía?

–¡Desde luego, sus brazos eran mucho más seguros que los tuyos!

No estaba preparada para aquella embestida. Pero incluso entonces se avergonzaba al recordar aquel torpe intento por conseguir algo con él hacía tantos años. Recordaba las caras de los amigos de Guy, cuando la tomó en brazos y se la llevó de la fiesta de vuelta a casa de su tía. Aún sentía la humillación con la misma intensidad.

–Lo olvidaré si tú también lo haces –sugirió él–. ¿Qué tal si empezamos desde cero?

–¡Ni hablar! –exclamó, intentando olvidar aquella situación tan embarazosa. No esperaba que él se moviera de donde estaba. Sin embargo, de pronto, le tomó las manos con fuerza.

–Sigues siendo una yegua desbocada buscando alguien que la domine –murmuró.

Entonces, la excitación se apoderó de su cuerpo y rezó para que no se le doblaran las rodillas. Pero pronto se repuso y notó la burla en su voz.

–No soy uno de tus caballos de polo –dijo antes de que la soltara–. ¡Ni te atrevas a hablarme de ese modo!

–Te hablaré como me dé la gana. Y me atrevo –dijo enfatizando la última palabra–, porque creo que aún hay mucho en juego.

Luego, le acarició los brazos desnudos con tal suavidad que se hacía irresistible.

–No se trata de un juego –replicó Kate. Él dejó de acariciarla pero mantuvo sus brazos sujetos. Ella sabía que no serviría de nada medir su fuerza física con él pues, desde su último encuentro, Guy se había hecho más fuerte, más alto y mucho más deseable.

Apretó los labios y se centró de nuevo. Fue cuando la liberó cuando ella recuperó su posición.

–Muy bien –dijo con frialdad–. Quizá tengas razón. Quizá deberíamos empezar de nuevo.

Guy recibió aquel cambio de opinión con una sonrisa.

–*Bien* –dijo con entusiasmo–. Será mejor que me digas lo que tienes en mente.

Capítulo 2

CUANDO abandonó el castillo, Kate se sentía más impresionada que nunca pero, a la vez, también segura de que había conseguido, al menos, una victoria parcial. La sensación que embargaba su cuerpo tras cada trato cerrado con éxito se extendía por todo su cuerpo, pero ¿era por el trato o por algo más? Aunque tenía la cabeza llena de ideas para su nueva empresa, no podía dejar de pensar en lo alucinada que se había quedado al ver a Guy de Villeneuve de nuevo.

Hizo una pausa antes de subir al Jeep. La reunión había ido mejor de lo que esperaba. Guy se había comprometido a que sus hombres irían a quitar los maderos de las ventanas y a limpiar de malas hierbas el jardín. También iba a restablecer los servicios más importantes aunque, a juzgar por cómo funcionaba la burocracia en esa zona, tardaría un tiempo. El hecho de que hubiera aceptado que Kate no le vendiera la propiedad de la casa y encima la fuese a habitar debería haber sido suficiente para ella. Pero la parte de su cabeza que se ocupaba de los problemas no materiales había salido muy mal parada. Jamás había salido de una reunión con los pezones tan duros. Y lo que menos necesitaba eran fantasías eróticas que la distrajesen cuando no tenía electricidad. Solo un teléfono móvil y velas. Y sus primeros invitados llegarían en poco menos de tres semanas.

No. No había sido del todo sincera con Monsieur le Comte. Pero que hubiera descubierto su intención de vivir en la casa ya había sido suficiente impresión para él por un día. Kate pensó en lo mucho que se enfurecería él si se enterara de que pretendía convertir aquella pintoresca morada en un retiro de vacaciones para ejecutivos estresados. Por el momento, en lo que a Guy de Villeneuve concernía, la ignorancia era felicidad.

Atravesó el arco de la puerta del jardín y, cuando comenzó a caminar hacia la puerta principal, se dio cuenta de que aquella casa le proporcionaba una falsa sensación de seguridad. Le había supuesto tal excitación aceptar las primeras reservas, que no se había parado a pensar que todo el jardín podría estropearse pronto. Pero allí, en Francia, mucho más al sur de donde ella vivía

en Inglaterra, todo crecía mucho más rápido. Incluso las malas hierbas parecían tener un vigor especial. Y eso era solo la parte de fuera, pensó mientras introducía la llave de hierro en la cerradura. Debido a que las ventanas estaban tapadas, el interior caliente y sin aire de aquel lugar había servido para criar tantas especies de insectos como era posible imaginar.

Incluso cuando abrió la puerta, medio esperaba que todo siguiera como en su última visita. Le resultaba difícil creer que aquel día tan agradable hubiese sido solo hacía seis meses, cuando no había indicios de la tormenta que estaba por venir, y sin ningún Guy de Villeneuve que enturbiara el agua. Pero él había vuelto a casa a reclamar lo que era suyo. Se dio cuenta de que todo había cambiado desde aquel accidente de coche que acabó con la vida de su tía y de la del padre de Guy, y cuanto antes lo aceptara, mejor.

Cuando la puerta se cerró tras ella, se encontró ante un verdadero caos. El estado de la casa no era nada en comparación con el de su corazón al recordar a aquella anciana de ojos azules. Pero pensar en su tía solo consiguió impulsar más su espíritu indomable. Se secó las lágrimas y observó lo que quedaba en La Petite Maison. Decidió hacer una lista de todas las reparaciones que había que realizar pero, antes de hacerlo, volvió a salir y, con las manos en la cintura, contempló su nuevo dominio. Ya había quitado los tablones de dos de las ventanas de la fachada, que la miraban como dos ojos amigables en las paredes llenas de cal. Se sintió orgullosa de La Petite Maison, como si fuera un niño que se embarcara en una nueva etapa de su vida y ella fuese la madre.

Se encaminó hacia un lado del edificio, donde había dejado todas las herramientas necesarias para quitar el resto de los tablones. No podía esperar hasta que Monsieur le Comte enviara a sus hombres. La entrada a la parte trasera del jardín se hacía por una puerta como las de los establos. A un lado de esta, había un cobertizo de madera con un cerrojo de hierro negro. Dentro había un martillo y un destornillador. Luego, se puso a quitar uno de los paneles de madera que había sido puesto a conciencia en la ventana de la cocina. Exclamó con sorpresa cuando el destornillador resbaló de donde estaba y cayó sobre la palma de su mano con la punta hacia abajo. Mientras maldecía en voz alta oyó las pisadas de un caballo por el sendero del jardín.

–¡No, visitantes no! –refunfuñó mientras se chupaba la herida. Luego, escondió la mano tras su espalda al ver al jinete–. ¡Guy! –exclamó con sorpresa–. ¿Qué te trae por aquí?

–Quería ver la casa por mí mismo –dijo mientras se bajaba del

caballo–. ¿Qué te ha pasado?

Kate vio cómo se quitaba los guantes de montar y los metía en el bolsillo. Luego, echó las riendas sobre el cuello del caballo y caminó hacia ella para examinar su mano.

–Estoy bien, no es nada, nada –insistió Kate mientras intentaba liberarse.

–Estate quieta –ordenó él molesto–. Te has herido la mano. ¿Tienes puesta la vacuna del tétanos?

–Sí –dijo poniendo cara de dolor mientras él hurgaba en la herida.

–¿Tienes antisépticos dentro?

Tía Alice siempre se caracterizó por ser muy práctica. Tenía todo lo necesario para cualquier emergencia en el armario del baño.

–No –contestó Kate mientras las imágenes de le Comte caminando con sus botas de cuero negro por el dormitorio se agolpaban en su mente.

–¿No tienes botiquín? –preguntó él con impaciencia.

–He estado muy ocupada arreglando todo este desastre como para preocuparme por…

–¿Por tu seguridad?

–Guy, Yo…

–¿Qué? –preguntó él con rabia sin soltar su mano–. ¿Qué quieres decirme, Kate?

Su voz sonaba exigente y muy intensa. A Kate le dolía mucho la mano, y el hecho de que fuera él quien estuviera furioso cuando era ella quien tenía todo el derecho a estarlo hizo que perdiera la razón.

–¡No te atrevas a gritarme! –exclamó ella, golpeándole el pecho con la mano libre. Pero, en vez de gritar de nuevo, se echó a reír y le agarró el brazo para acercarla más a él. Lo tenía tan cerca que incluso el latir de su corazón retumbaba en sus oídos.

–¿Mejor? –preguntó él acariciándole la cabeza.

–Duele –admitió. Y si él pensaba que se refería a la mano, mucho mejor. Pero, cuando Guy la abrazaba de aquel modo, viejas sensaciones aparecían en su cabeza para burlarse de ella.

No eran solo los doce años de diferencia de edad, sino el aire de experiencia que tenía un hombre como él. Y los años sin verse parecían haber acentuado esa sensación. Pero estaban más lejos que nunca porque eran adultos con vidas distintas y, tarde o temprano, él iba a descubrir que le había mentido.

–¿Estás segura de que no hay nada en la casa con lo que

curarte? –preguntó él tras liberarla pasados dos minutos.

Kate pensó cómo evitar que entrase en la casa sin ser brusca. No estaba lista para visitas, y menos Guy. Hasta que no hubiera colocado todo como estaba antes, como ella lo recordaba, nadie cruzaría la puerta.

–No. Lo tiré todo. Estaba caducado –dijo con tono de disculpa–. No te preocupes. Iré a la farmacia del pueblo.

–Te llevaré.

–No. No seas tonto, yo… –intentó decir. Pero, sin darse cuenta, ya habían atravesado medio jardín. La subió al caballo y, momentos después, estaba sentado tras ella, sujetándola con la mano que le quedaba libre.

–No te preocupes, iremos despacio –la tranquilizó, e hizo que el caballo fuese despacio.

El que no hubiese montado desde niña no le daba nada de miedo en comparación con el tacto del brazo de Guy en su cintura.

–Relájate –le susurró al oído, provocándole un escalofrío–. Lo estás poniendo nervioso.

La reacción del caballo era lo que menos le importaba en aquel momento. Pero, poco a poco, se fue acostumbrando al ritmo de aquel movimiento y la rigidez dejó paso a lo que parecía una postura más natural, muy pegada a Guy.

–¿Adónde vamos? –preguntó y, al girarse para mirarlo, su mejilla se encontró de lleno con la cara de Guy. Era magnífico. Arañaba un poco pero daba igual. El calor que apareció en sus mejillas pronto descendió hacia sus zonas erógenas, y disfrutó del tacto del antebrazo de Guy contra sus pezones, e incluso del movimiento del caballo mientras él la mantenía firme en la silla.

–¿Duele?

De pronto se sintió avergonzada y culpable, como si fuese una niña otra vez y él la hubiese pillado haciendo una travesura.

–Ahora no mucho, ¿por qué?

–Oí tu suspiro, y me preguntaba si… –dijo, y se detuvo como esperando una explicación.

–¿Adónde vamos, Guy? –preguntó, tratando de concentrarse.

–Castillo o farmacia. Lo que quieras.

–Farmacia –contestó ella con rapidez.

–Como desees –coincidió él, y movió las riendas para que el caballo girase por una bifurcación.

–Al menos allí, Monsieur Dupont, el farmacéutico, podrá echarle un vistazo a la herida –señaló Kate, en un esfuerzo por explicar su reticencia a ir al territorio de Guy y por borrar de una

vez sus pensamientos con respecto a él.

–¿Lista para ir más rápido? –preguntó mientras la sujetaba más fuerte.

Tomó su silencio por afirmativo y, sin ningún esfuerzo, hizo que el caballo comenzara a galopar. La sujetó con firmeza para que no tuviera miedo… al menos, de caerse.

Kate se dio cuenta, mientras la gente los saludaba, de que el estatus del conde de Villeneuve nunca era tan evidente como cuando se personaba en el pueblo. Todo el mundo lo respetaba. A la vista de aquello, Kate pronto se dio cuenta de que Guy poseía un conocimiento extenso de la vida en el pueblo. No había una sola familia a la que no conociera, ni un problema del que no estuviera al corriente.

–¿Cómo es que sabes tanto de tanta gente? –preguntó Kate, tras un particular encuentro en el que tuvo que acordar un partido entre un pueblo cercano y el equipo de petanca de Villeneuve.

–Lo hago por mi negocio –explicó–. Esto no es un hobby, Kate. El pueblo y la gente son mi vida.

Al igual que la mayoría de las tiendas del pueblo, la misma familia se había hecho cargo de la farmacia durante generaciones. Monsieur Dupont, un hombre bajito y rechoncho con una sonrisa picarona oculta tras sus gafas, tenía un gran bigote y el pelo repeinado. Cuando los vio, intentó llamar su atención por encima de la gente que esperaba ante el mostrador de cristal. Se hizo el silencio cuando todos se giraron para ver.

–Monsieur le Comte –exclamó el farmacéutico–. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Atienda a estas personas primero. Creo que la urgencia ya ha pasado –dijo mirando a Kate para confirmarlo.

–Estoy bien, en serio –insistió ella con un susurro–. Puedo comprar antisépticos y vendas en el supermercado.

–*Supermarché!* –exclamó Monsieur Dupont, agitando las manos horrorizado–. ¡La sola idea! Apártense todos –insistió, apartando a la multitud con delicadeza–. Dejen acercarse a la joven.

–No, en serio, no es necesario –protestó Kate mientras Guy la llevaba hacia el mostrador.

–Sé amable –dijo él–. Solo intenta ayudar.

Kate puso cara de valentía mientras se dirigía al mostrador, consciente de que era el centro de atención.

–Ahora, déjeme ver, *mademoiselle* –dijo Monsieur Dupont tras

salir de detrás del mostrador.

Antes de que pudiera detenerlo, Guy le tomó el brazo y lo extendió para que el hombre pudiera examinar la mano. El resto de los clientes formaron un corro a su alrededor y esperaron en silencio el diagnóstico.

–Tiene mal aspecto –comenzó, mirando muy de cerca la mano de Kate–. Hay una ligera abrasión –dijo tomando la mano, y se bajó las gafas hasta la punta de la nariz para poder ver más de cerca–. Doloroso, sin duda, pero, por fortuna, no es una herida profunda. Espero que no sea de una caída del caballo, *mademoiselle* –bromeó mirando al caballo atado en la barandilla de fuera. Todos miraron hacia allá, y algunas mujeres comenzaron a reírse.

–No, nada de eso –confirmó Kate mientras se ponía roja al imaginar lo que debería de estar imaginando la gente.

–Mantenga la mano firme mientras limpio la herida, si no le importa, Monsieur le Comte –ordenó a Guy–. Puede que esto le escueza un poco, *mademoiselle* –le dijo a Kate–. No me gustaría que se moviese –añadió en tono dramático.

–No se preocupe, *monsieur* –le aseguró Guy–. No dejaré que se escape.

El corazón de Kate se aceleró como loco, y no tenía nada que ver con el escozor ni con la mirada de la gente.

Monsieur Dupont estaba decidido a llevar la situación al máximo dramatismo, y le estaba envolviendo la mano con venda suficiente como para cubrirla de la cabeza a los pies como a una momia.

–Ya puede soltarla –le dijo a Guy–. La parte desagradable ya pasó.

Kate pensó que se equivocaba cuando Guy le soltó la mano. Para ella era la parte agradable la que había pasado. Era consciente de que Guy la observaba, apoyado en la pared, con los brazos cruzados y una pierna por encima de la otra.

–Ya está –declaró Monsieur Dupont–. Un trabajo estupendo.

–Muy bueno, sí –confirmó Guy mientras se incorporaba sobre la pared–. ¿Cuánto le debo?

–¿Deberme? No quiero nada, *monsieur*, solo que se asegure de dejar a esta dama en casa. Ha sufrido un gran trauma hoy.

«¡Y que lo digas!», pensó Kate.

–Estoy seguro de que debe de haber algo con que compensarlo –insistió Guy.

–Monsieur le Comte –exclamó Monsieur Dupont–. Le aseguro que no hay no hay necesidad.

–Tengo una idea mejor –dijo Kate de pronto–. En unas tres semanas pensaba hacer una fiesta para inaugurar la casa –dijo, pensando que era la mejor manera de describirlo con Guy delante–. Me gustaría invitarlos a todos.

–Espero que eso me incluya a mí –dijo Guy.

–*Mademoiselle* no podría excluirlo, Monsieur le Comte –exclamó Monsieur Dupont mirando a ambos como si estuviera viendo un partido de tenis–. ¿Verdad, *mademoiselle*?

–No, por supuesto que no. Tú también estás invitado, Guy.

–No pareces muy convencida –le susurró al oído–. No olvides enviar la invitación.

–No lo olvidaré –dijo Kate mientras se dirigía hacia la salida–. Gracias Monsieur Dupont, y a todos.

–No tan deprisa –dijo Guy, yendo tras ella–. Recuerda que tengo que llevarte a casa.

–Puedo arreglármelas, en serio –protestó cuando él intentó guiarla sujetándola del hombro–. Puedo caminar.

–Yo también –señaló él–. O podemos ir a caballo, como prefieras.

–No me trates como a una niña. Solo me he herido la mano. Ya estoy bien. Gracias por todo.

–*¿Et au revoir?* –sugirió él con sorna.

–Si. No –rectificó al darse cuenta de lo desagradable que estaba siendo.

–¿A pie o a caballo? –preguntó Guy.

Hacía una tarde espléndida y Kate decidió caminar. Esperó bajo el toldo de rayas verdes y blancas de la farmacia hasta que Guy encontró un muchacho del pueblo que llevara su caballo a los establos del castillo.

–Eres muy confiado –dijo Kate al ver la cara del muchacho iluminarse de entusiasmo mientras se alejaba trotando.

–Sí, ¿verdad? –coincidió Guy–. Pero conozco a Leon desde que nació, así que es un riesgo calculado. No lo elegí al azar. Es uno de los mejores jóvenes jinetes que conozco. Dejarle que monte mi caballo es la mejor manera de recompensar las horas que pasó practicando.

–Lo siento. Fue una tontería por mi parte. Debería haberme dado cuenta.

–Olvídalo –dijo mientras se dirigían a la zona de tiendas.

–¿Adónde vamos? –preguntó cuando Guy se detuvo en el escaparate de la pastelería.

–¿Tarta? No –dijo al ver su cara–. Entonces compraremos algo de queso y pan.

–¿Qué? –preguntó sospechosa.

–Me miras como si hubiera hecho algo horrible. Como si fuera culpa mía.

–No creo –contestó ella, tratando de no ponerse nerviosa cuando le tomó la mano vendada.

–Bueno, como supongo que soy indirectamente responsable, ¿qué tal si yo trabajo y tú das las órdenes?

–¿El conde de Villeneuve trabajando? –exclamó ella.

–Soy una persona muy capaz –confesó mientras se acercaba a ella–. Lo creas o no, puedo incluso poner mermelada en el croissant por la mañana.

–Por favor, deja de tomarme el pelo, Guy –dijo alejándose al sentir su respiración en el oído.

–¿Por qué? –preguntó él–. De pequeña te encantaba.

Su corazón se aceleró al recordarlo. Hubo un tiempo en el que cualquier atención por parte del joven aristócrata suponía la felicidad, pero en aquel momento traía solo problemas.

–Pero, ¿para qué necesitamos comida? –preguntó ella intentando no entrar en terreno peligroso.

–Me entra hambre cuando trabajo.

–Es que no vas a hacer nada –insistió ella con firmeza. Seguía pensando que nadie entraría en la casa hasta que no estuviera todo arreglado–. Así que no necesitarás comer.

–Tonterías –replicó él–. Estoy hambriento. Prepararemos un picnic.

Kate suspiró frustrada. Y ella que pensaba que era independiente. No conocía el significado de aquella palabra hasta ese momento.

Pero se salió con la suya en una cosa. Colocó la comida sobre un prado que había cerca del riachuelo que bordeaba el jardín para que Guy no entrara en la casa. Entonces se le vinieron a la cabeza los recuerdos de la gente que, años atrás, se congregaba en los bancos que había a la orilla del río para pasar la tarde comiendo y charlando. Pero, por aquel entonces, Guy no habría elegido sentarse con ella o, mejor dicho, tumbarse a su lado. En la panadería le habían proporcionado un mantelito rojo y una cesta de mimbre en la que guardar la comida. Colocó el vino, la barra de pan crujiente, las aceitunas y los quesos sobre un tocón de árbol que actuaba como mesa improvisada. Guy se quitó una hierba de la boca y se puso de lado, apoyando la cabeza en la

palma de su mano.

–¿Lista, Kate? –murmuró–. Me muero de hambre.

–Lista –confirmó ella, y se notó la cara ardiendo al sentirse observada. Era tan atractivo…

–Aliméntame –le sugirió él con voz suave.

–Hazlo tú –dijo, demasiado agitada para darse cuenta de que ese era el modo en el que le hablaba cuando era una adolescente.

Entonces Guy adoptó el papel que una vez había jugado en su vida, que era más peligroso que el que había adoptado desde su regreso.

–Me niego, Katie Foster. O me alimentas o te arrepentirás. Me debes un favor.

La cara de pena que puso no engañó a Kate. Parecía que se iba a lanzar sobre ella de un momento a otro para hacerle cosquillas, pero no lo hizo, y Kate trató de no mostrar su desilusión.

–Necesito tomar fuerzas para el duro trabajo que me espera –dijo mientras miraba la casa con ojos lánguidos.

Kate lo dudaba, a juzgar por los músculos que se adivinaban bajo el polo que llevaba puesto y sus muslos. Levantó la mirada, consciente de que aún la estaba mirando.

–No te preocupes por eso ahora, Guy –dijo, esforzándose por pensar en otras cosas–. No es necesario, si tus hombres van a venir mañana.

–No puedo permitir que pases un día más con tableros en las ventanas –insistió él–. Es intolerable –prosiguió con voz más profunda, como si ambos hubieran regresado a la vez de su viaje por el pasado–. Si hubiese sabido que pretendías vivir aquí…

–No llevo aquí tanto tiempo.

–No importa –repuso él con firmeza–. Debe de haber sido una impresión encontrar la casa en este estado –dijo antes de incorporarse–. Y, por todo eso, acepta mis disculpas.

–Aceptadas –dijo ella mientras cortaba el pan en rebanadas. No sabía qué era más seguro, si el Guy gracioso o el Guy serio.

–Así que, ahora, ya puedes darme de comer –dijo volviéndose a tumbar.

Por un momento, Kate se quedó parada. Era como si las abejas hubiesen dejado de zumbar y la brisa hubiese cesado. Entonces la risa profunda de Guy la sacó del trance.

–Date prisa, Kate. O tendré que obligarte –le advirtió.

–No lo harías –dijo segura de sí misma.

–*Vraiment?* –contestó él con suavidad.

Antes de que se demostraran sus intenciones, Kate cambió de

tema para hablar de algo que era importante para ella.

–Guy, ya sé que acabo de llegar. Pero, si fuera posible, me gustaría ver a tu madre.

–No recibe a nadie –dijo él.

–¿Estás segura de que a mí no me recibiría?

–A nadie que le recuerde al accidente, y en particular a alguien que le recuerde a su querida amiga, tu tía.

–Comprendo. Pero, me gustaría que supiera que he preguntado por ella. ¿Se lo dirás?

–*Naturellement* –contestó él–. Y gracias, Kate. Es muy amable de tu parte. Creo que se siente muy sola en el castillo. Tan pronto como se encuentre mejor, le sugeriré que le hagas una visita.

–O siempre puede venir aquí, a La Petite Maison –dijo ella con rapidez–. Al menos cuando todo esté en orden. No querría que viera esto como está ahora mismo.

–Ahora haces que me sienta culpable –dijo él poniéndose de pie para dirigirse a ayudarla con la comida–. Si hubiera sospechado que pensabas volver…

–No –dijo ella con firmeza–. No toda la culpa es tuya.

–Bueno. Tendré que vigilar más de cerca al encargado de la finca en el futuro. Parece que mi deseo de eliminar las casas de vacaciones se ha llevado a cabo con más rigor del que pensaba.

–Creo que esa es la manera en que se suelen llevar los negocios –sugirió Kate–. Supongo que yo tampoco perdería el tiempo una vez que me he fijado una meta.

–Pero no se trata de negocios –dijo mientras cortaba un pedazo de queso Brie para ponerlo sobre una rebanada de pan y ofrecérselo–. Se trata de ti.

Kate no sabía si se estaba riendo de ella o no. Tomó el pan que le ofrecía y se chupó el pulgar.

–Es delicioso –dijo.

–No podría estar más de acuerdo –murmuró Guy mientras servía el vino blanco.

Tras el picnic Guy insistió en quedarse hasta que hubiera quitado todas las maderas de las ventanas. Y prometió que sus hombres traerían materiales para reparar los agujeros causados por los clavos. Más tarde llegarían los decoradores.

Mientras se despedía de él con la mano, Kate se convenció de que la casa habría vuelto a la normalidad en poco tiempo. Pero mientras entraba en la casa con la cesta llena de flores que habían recogido, pensó con nostalgia que nunca volvería a ser completamente igual que antes. Su intención era mantenerlo todo

igual que cuando vivía su tía, como un tributo, pensó mientras colocaba las flores en un jarrón. Pero ¿qué ocurriría cuando Guy descubriera los planes que tenía para La Petite Maison? Se convenció a sí misma de que, para entonces, ya habría tenido la oportunidad de explicárselo.

Capítulo 3

KATE se despertó tosiendo a altas horas de la madrugada. Mientras buscaba medio dormida el interruptor de la lámpara que había junto a la cama, se dio cuenta de que también le escocían los ojos. Notó entonces el sabor del fuego en la garganta. Podía sentirlo, olerlo y, como guiada por una mano invisible, también pudo verlo al fijarse en la parte inferior de la puerta de roble donde, por una rendija, se colaban las primeras bocanadas de humo.

Se puso alerta, saltó de la cama y corrió a por su bata. Luego, volvió hacia la puerta y la tocó con la palma de la mano. Aún estaba fría, y formaba una barrera resistente entre ella y lo que fuese que hubiese más allá. Se detuvo, en silencio, tratando de evaluar la intensidad del fuego. Su cara se tensó. Podía oír el crepitar de las llamas a la perfección. Pero había sido tan cuidadosa…

Se dio cuenta de que no había sido lo suficientemente cuidadosa al recordar las velas que había encendido sobre la mesa de la cocina. Recreó la escena en su mente y se acordó de que había dejado los álbumes de fotos junto a las velas. Quería haberlos quitado, pero se quedó hasta tarde pensando en Guy, en sus sentimientos, en el estado de la casa y en si sería posible tenerla lista a tiempo. Se le escapó un lamento angustioso al darse cuenta de que eso ya no ocurriría. Pero, si por alguna razón ocurriera, Guy nunca la perdonaría. Le había mentido. Y había planeado sacar a la anciana madre de Guy de su soledad y llevarla a la casa. Al ver su vida pasar ante sus ojos, Kate se preguntó si aquello sería como ahogarse.

Centró su atención en la puerta. Una cosa era segura: ya había perdido suficiente tiempo. Abrió la puerta de golpe y observó la oscuridad llena de humo. Las escaleras aún estaban a salvo. Miró hacia el dormitorio y retrocedió para salvar un par de cosas.

Sobre la cómoda había un marco de plata con una fotografía de tía Alice, y cada lado, como dos centinelas estaban el padre y la madre de Kate. Lo tomó en una mano y con la otra recuperó un

medallón de plata. El medallón contenía una foto de ella de pequeña, mirando desafiante a la cámara. En la cara opuesta, en contraste con ella, aparecía tía Alice. El medallón no tenía valor real, a excepción de que representaba todo sobre su niñez y cómo su tía había influido en ella. Por eso era una de sus más preciadas posesiones. Nunca iba a ninguna parte sin él. Aquellas fotografías representaban todo lo bueno de su niñez desde que sus padres accedieron a que pasara los veranos al cuidado de tía Alice.

El humo era cada vez más espeso, y supo que tendría que encontrar aire fresco cuanto antes.

Cuando volvió a abrir la puerta el calor golpeó su cara, haciendo que retrocediera alarmada. Vio cómo el fuego acariciaba suavemente cada lado de las escaleras de madera, creando una imagen surrealista de sombras, llamas, humo y cenizas. Kate se armó de valor y, con la gravedad como única aliada, salió como un rayo de la habitación y comenzó a bajar las escaleras con rapidez. Le escocían tanto los ojos que se le llenaron de lágrimas, cegándola mientras el humo negro llegaba hasta su pecho.

Cruzó la cocina y llegó a la puerta trasera, pero le costó abrir la cerradura, temblando como estaba por el miedo. Cuando la cerradura cedió, salió a la oscuridad de la noche y, con rapidez, avanzó por el sendero hasta que dejó de sentir el calor del fuego. Pero, mientras su mente se aclaraba, se dio cuenta de que, durante su carrera, el preciado medallón se le había caído de la mano. Gritó desesperada y, cuando se volvió hacia la casa, vio cómo el humo salía por el tejado y la cocina estaba totalmente en llamas.

Con una risa histérica, Kate se arrodilló y calculó desesperadamente. Aún no había rastro de llamas en el piso superior. Quizá podría volver sobre sus pasos. Se levantó lentamente. Había visto películas en las que la gente humedecía un paño y se lo enrollaban alrededor de la boca y la nariz para evitar intoxicarse con los humos.

Solo podía pensar en el medallón. Luego, recordó cómo apretaba la cadena mientras bajaba las escaleras. Se quitó la bata y la empapó usando un grifo que había fuera. Luego, temblando por el frío y el miedo, se volvió a poner la bata, se quitó los pantalones del pijama y los mojó también, para enrollárselos por la cara. A continuación se encaminó hacia la puerta principal y maldijo el hecho de que la lesión de la pierna la echara hacia atrás, pese a que estaba más decidida que nunca. Entró en la casa. El fuego se había extendido, pero no le pasaría nada si se daba prisa. Había una pequeña posibilidad de recuperar el medallón antes de que se

derritiese, y una pequeña posibilidad era suficiente.

Cuando se preparaba para subir, oyó ruido de motores. Había gente gritando, y se dio cuenta de que las alarmas del pueblo estaban sonando. Agradeció aliviada el hecho de no estar sola, de que alguien se hubiese dado cuenta y hubiese ido a ayudar. Pero la razón ya no gobernaba en su cabeza, y si quería recuperar el medallón, tenía que darse prisa.

–¡No, Kate, no! ¿Qué estás haciendo?

Una viga de hierro cayó frente a ella impidiéndole el paso. Luego, fue arrastrada de allí, fuera de la casa, apartada del grupo de hombres que se apresuraban con una manguera y cubos de agua.

–¡Déjame ir! ¡Déjame ir! –gritaba ella con todas sus fuerzas.

–*Mon Dieu!* Kate –dijo Guy, tras dejarla en el suelo, mirándola fijamente–. ¿En qué estabas pensando? ¡Podías haber muerto!

–¡No me importa! ¿Es que no lo entiendes? –dijo gritando mientras trataba de volver a la casa–. Tengo que volver. ¡Déjame ir!

–¡No! –replicó él, y la acercó a su pecho.

–Te lo advierto… –dijo. Pero la voz, al igual que las piernas, le temblaba.

–No –repitió él un poco más calmado, pero agarrándola con más fuerza–. No vas a volver ahí dentro, Kate. Es demasiado tarde.

–¡No, no puede ser! –gritó. Pero su determinación hacía que Guy la agarrara más fuerte.

–*Regardes*, Kate –insistió tomándole la barbilla y obligándola a mirarlo–. Tienen el fuego bajo control. La casa se salvará. No te preocupes. Me encargaré personalmente de supervisar las reparaciones. Haré que coloquen cada ladrillo uno por uno si es necesario. Lo construiré yo mismo, incluso.

–No… no, tú no lo entiendes –dijo Kate moviendo la cabeza–. No será lo mismo.

–¿Qué quieres decir?

–Las cosas de tía Alice… –dijo, y se detuvo, llorando contra su pecho. Necesitaba sus brazos fuertes y cálidos.

–¿Cosas? –preguntó Guy mientras apoyaba su cara sobre la cabeza de Kate para oler su pelo.

–Ya sabes lo que quiero decir –insistió ella.

–No estoy seguro. Pero si pretendes decirme que todas estas lágrimas son por unos cuantos adornos… –dijo, y movió la cabeza mientras la miraba. Luego, puso su mano sobre el pecho izquierdo–. Tía Alice está aquí, Kate, no en la casa –concluyó con

suavidad.

Ella le devolvió la mirada durante unos momentos. Su convicción la hizo más fuerte. Lentamente, se relajó en sus brazos.

–Tienes razón –susurró, tratando de aceptarlo–. Pero no es justo. Por más que lo intente, no puedo retener el pasado.

Sintió el tacto suave del suéter de Guy en su cara, y su voz era como una caricia.

–El futuro será incluso mejor, ya lo verás –dijo él. Fue entonces cuando un grupo de hombres salieron de la casa con la cara negra por el humo.

–Todo está bajo control, Monsieur le Comte –dijo uno–. Pero nos haremos una mejor idea de los daños por la mañana, cuando haya luz.

–*Merci… merci beaucoup* –exclamó con suavidad, con un brazo alrededor de Kate–. Han respondido todos estupendamente. No puedo agradecérselo lo suficiente.

–Han salvado la casa al igual que mi vida. Siempre estaré en deuda con ustedes –dijo Kate, sabiendo que las palabras en aquellas circunstancias sobraban.

–No pasa nada, *mademoiselle* –le dijo el líder del grupo–. Es nuestro trabajo, al fin y al cabo.

–Pero, incluso en mitad de la noche vinieron… todos –dijo volviéndose a todos los habitantes del pueblo que habían prestado su ayuda a los bomberos.

–Monsieur le Comte nos alertó –explicó un hombre–. Aquí, en Villeneuve, confiamos los unos en los otros. Es un buen sistema, ¿no cree, *mademoiselle*?

–Claro que sí –dijo ella lanzándole una mirada a Guy, que no parecía dispuesto a aceptar cumplidos por salvar su vida–. Y ahora que han apagado el fuego, ¿puedo volver adentro y…?

–La verdad es que no, *mademoiselle* –insistió el jefe de bomberos–. Aún no podemos estar seguros de que la casa esté a salvo. Deberá esperar hasta mañana.

–Pero, ¿y si solo echo una ojeada rápida por fuera? –insistió ella. Cuando Guy gruñó con impaciencia, se dio cuenta de que las manchas negras de su cara causadas por el humo hacían que pareciese un príncipe guerrero.

–No vas a volver –dijo con brusquedad.

–Pero, ¿y si el fuego vuelve a comenzar y…? –replicó ella, que no estaba acostumbrada a cumplir órdenes.

–Sé que has tenido una mala experiencia y que estás triste –le dijo Guy–. Pero no estás pensando con claridad. Estos hombres

han dejado sus camas para venir aquí.

–Lo siento –dijo ella al darse cuenta de que tenía razón–. Puede esperar –concluyó, aunque no podía, pero sabía que tendría que hacerlo.

Poco a poco, los bomberos y los habitantes del pueblo se fueron marchando hasta que quedaron solo Guy y Kate, de pie frente a la casa. La única luz que había era la de la luna, que se filtraba por entre las hojas de los árboles.

–Te llevaré a casa conmigo –dijo Guy mientras la apartaba de la casa.

–No, no, yo… –dijo intentando detenerlo. ¿Qué iba a hacer? Solo llevaba puesta la parte de arriba del pijama bajo una bata empapada. Difícilmente podía tumbarse a dormir en el bosque vestida así.

–Hasta que no sepamos que la casa está segura, no podrás comenzar con las reparaciones. Puede que pase algún tiempo hasta que esté habitable –dijo él mientras la encaminaba hacia el sendero.

De pronto, Kate recordó que tendría que estar lista antes de tres semanas, porque era cuando llegaban los primeros invitados. Pero no consideró que ese fuera el momento para decírselo.

–Vamos –la impulsó Guy–. Estás temblando, y no hace tanto frío. Si estás asustada, lo mejor es que te acuestes cuanto antes.

–¿En el castillo?

–¿Dónde si no? –preguntó él mientras aceleraba el paso.

–Estoy siendo una carga espantosa –dijo ella, caminando más deprisa para alcanzarlo.

–No más de lo que recordaba.

Ser tratada como una delicada muñeca de porcelana, que podría romperse en cualquier momento, era algo nuevo para Kate. Pero así fue como Madame Duplessis, el ama de llaves de Guy, insistió en tratarla. Fue ella la que abrió las puertas del castillo cuando llegaban, poco antes de amanecer, vestida con su uniforme. Se sorprendió al ver el estado en el que se encontraba Kate e insistió en que se diera un baño caliente antes de instalarse en una de las suntuosas habitaciones para invitados. Una vez allí, se había tomado un vaso de leche caliente y se había puesto una bata de lana sobre un camisón de algodón de manga larga

abotonado hasta el cuello.

Si no hubiera tenido toda aquella agitación, incluso tal vez hubiese disfrutado de los mimos. Sin embargo se encontraba inquieta y nerviosa entre las sábanas. Al menos había conseguido de Guy la promesa de que la llevaría de vuelta a la casa más tarde aquella mañana. Aquello la tranquilizaba. Pero primero deberían dar esquinazo a Madame Duplessis porque, según ella, Kate debería pasar en el castillo los próximos meses para recuperarse del terrible golpe que había sufrido.

Mientras miraba por una de las enormes ventanas que había junto a la cama, Kate pensó que estar cerca de Guy ya era terapia suficiente, pero también había otras maneras de consolarse. Su habitación estaba situada en lo alto de una torre como las de los cuentos de hadas, y desde allí podía ver los magníficos jardines frente al castillo, diseñados siglos atrás en homenaje a Versalles.

Se oía el sonido de las fuentes en los jardines mientras los jardineros, que llevaban trabajando desde el amanecer, se aseguraban de que todo estuviera en las perfectas condiciones que exigía el intrincado diseño. Pero Kate recordaba que, cuando era pequeña, no era así, sino que estaba descuidado y desorganizado, al igual que el resto de la finca. El padre de Guy había sido conocido como el aristócrata más encantador de Francia, pero también como el menos práctico. Era evidente que Guy no solo había heredado los mejores rasgos de su padre, sino también algunos otros que le habían hecho restaurar aquel sitio tan pronto como le fue posible. También explicó que estaba consultando planos y dibujos antiguos para asegurar la autenticidad, y que era un proyecto que le llevaría años completar.

De pronto, alguien llamó a la puerta, interrumpiendo los pensamientos de Kate. Su corazón se sobresaltó, pero solo era una sirvienta que venía a retirar la bandeja del desayuno. Cuando se disponía a salir de nuevo con la bandeja, se detuvo.

–Monsieur le Comte le envía saludos, *mademoiselle*. Espera que haya dormido bien y espera verla a mediodía, si le parece bien.

Kate notó cómo se le ponía la cara roja ante tal perspectiva.

–Me parece bien –confirmó, tratando de mantener la voz firme–. Y gracias por el desayuno.

–*Ce n'est rien, mademoiselle*.

–Ah, una cosa más –dijo Kate al recordar que había llegado con solo una bata empapada y la parte de arriba del pijama–. Supongo que no habrá nada de ropa que pueda tomar prestada, solo hasta que regrese a casa.

–Pero, *mademoiselle* –dijo la sirvienta con una sonrisa–, Monsieur le Comte lo ha arreglado todo. Encontrará todo lo que necesita en el vestidor que hay junto al baño.

–Claro –dijo Kate dubitativa.

–Espero que le guste la ropa, *mademoiselle*. Hace solo unos minutos, un mensajero trajo una exquisita selección de las últimas colecciones. Monsieur le Comte nos sorprendió –dijo, y se detuvo al pensar que, quizá, había sobrepasado la línea.

–Continúe –la instó Kate–, no puede parar ahora.

–Bueno, pensamos que las ropas son muy bonitas y… ya sabe usted que los hombres y las compras… –dijo encogiéndose de hombros.

–Sí –coincidió Kate–. Sé exactamente lo que quiere decir.

Pensó que el hecho de que todos cotillearan sobre ella no importaba. Se iría pronto y seguro que Guy la reemplazaría por alguien más sofisticada. Pero, por el momento, iba a disfrutar de su estancia en el castillo. Ella había estado antes en el castillo, pero nunca imaginó dormir bajo su tejado, o bajo uno de sus muchos tejados, pensó mientras intentaba contar cuántos conos había en total.

Por su parte, ella siempre pensó en el castillo como en el palacio de la Bella Durmiente, y de niña se imaginaba viviendo allí. Era una pena que no hubiera cuentos de hadas para adultos. Y, si los hubiera, ella sabía que los cuentos nunca se hacían realidad. Si así fuera, la casa nunca se hubiera incendiado, ella llevaría el medallón de su tía y Guy sabría cuáles eran sus intenciones para La Petite Maison.

¿Cuál sería la solución? Ya había sido difícil convencerlo de que iba a vivir en la casa, como para decirle que pretendía convertirla en casa de huéspedes. Se sentía mal por haberle mentido después de lo que había hecho por ella, y cuanto más durase la mentira, más duro sería decirle la verdad.

Salió de la cama, descolgó el teléfono y esperó unos momentos hasta que Madame Duplessis contestó.

–¿Cree que sería posible hacerle una breve visita a la condesa de Villeneuve hoy?… Ya veo, Madame Duplessis. No importa –dijo Kate tras una breve pausa–. Esperaré a otro momento, cuando sea más conveniente. Por favor, dígale a la condesa que Kate Foster preguntó por ella.

Guy la estaba esperando de espaldas, pero cuando Kate se acercó en silencio, fue como si sintiera su presencia y se giró.

–¡Kate! Supongo que has dormido bien, aunque solo sea por

unas horas.

–¿Cómo podría no haberlo hecho? Tienes las camas más confortables de todo el mundo.

–Ahora que has vuelto a Francia, espero que vengas a menudo al castillo –dijo en tono formal.

–Gracias –contestó Kate con igual formalidad–. Y gracias por la ropa. No había necesidad.

–Permíteme no estar de acuerdo –replicó Guy mientras caminaba hacia ella–. Encuentro el Chanel de esta temporada mucho más aparente que la bata mugrienta del año pasado.

Kate sintió que el corazón se le salía por la boca al contemplar su mirada radiante.

–En este caso, creo que llevas razón –dijo con ironía.

–Bueno, es un principio –murmuró–. Date la vuelta. Me gustaría ver el efecto completo.

Kate alzó las cejas antes de obedecer. Pero Guy la hizo sentirse valorada, y no como un maniquí. Se subió a un alto y entonces pensó que aquello era ridículo. ¿Qué estaba haciendo?

–Mira, Guy, este vestido… bueno, es fabuloso pero, francamente…

–¿Qué? –preguntó él mirándola con asombro.

–Debe de haber costado una fortuna y yo no lo volveré a llevar, ¿verdad? –dijo.

–No veo por qué no –la contradijo él–. Es muy bonito.

–Por eso.

–¿No te gusta porque es bonito? –preguntó él extrañado mientras se metía la mano en el bolsillo.

Consciente de que había seguido todos sus movimientos con la mirada y de que él se habría dado cuenta, Kate cambió de posición. Casi se cayó de sus Jimmy Choos de tacón alto y Guy tuvo que sostenerla.

–Esto es lo que pasa. No estoy hecha para este tipo de vida. Yo soy más…

–*¿Garçon manqué?*–preguntó–. Provinciana, creo que decís en Inglaterra.

–Sabes muy bien cómo lo decimos todo en Inglaterra –contestó Kate, y vio cómo él levantaba la mano y la ponía frente a la boca, de modo que ella no sabía si se reía o no–. Bueno, difícilmente puedo ser la condesa de Villeneuve, ¿verdad? –dijo casi sin darse cuenta.

–Cierto. Pero no te hará ningún mal llevar este vestido por un día.

–Pero, si voy a limpiar la casa…

–Cierto –coincidió él–. Te proporcionaré una selección de monos y botas de trabajo esta tarde.

Kate lo miró extrañada. Era difícil saber si hablaba en serio o no.

–Mientras tanto –dijo él–, comeremos… aquí –añadió, señalando hacia la orilla del lago, donde habían preparado una mesa con la mejor porcelana china y las mejores copas, con una sombrilla colocada para protegerlos del sol.

–Debería regresar.

–Primero comerás algo –dijo con firmeza, ofreciéndole su brazo.

Tomarle el brazo a Guy era como meter una llave en la puerta del paraíso. Kate pensó que no había nada de malo en representar el papel para el que se había vestido, aunque solo fuera durante la comida. Los sauces que había alrededor de la mesa proporcionaban un coro susurrante mientras la ligera brisa acariciaba sus ramas.

–*Mademoiselle* –murmuró Guy, soltándole el brazo. Entonces, un camarero discreto y silencioso que Kate no había visto se acercó para ofrecerle asiento y luego servir el vino y la ensalada. Se dio cuenta de que Guy estaba haciendo todo lo posible para que se olvidara del fuego.

–Podría acostumbrarme a esto –confesó Kate mientras el camarero se retiraba.

Guy juntó los labios y emitió un sonido que ella no supo interpretar.

–Pero, Guy, debo insistir.

–¿Debes? –preguntó, con tono desafiante, mientras la miraba desde detrás de su copa de vino.

Kate trató de ignorar el súbito calor que sentía en la zona delimitada por el tanga más pequeño que había visto en su vida y continuó hablando.

–No puedo llevar ninguno de esos vestidos. Son demasiado…

–¿Qué? ¿Bonitos? ¿Femeninos? Dime –dijo con voz profunda.

–Son todos muy bonitos y femeninos –admitió ella–. Pero eso no es lo que me preocupa.

–¿Y qué te preocupa? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Solo necesitaba un vestido –explicó ella–. Y tú has encargado media colección de verano.

–Toda, en realidad –dijo distraídamente–. Lo trajeron todo por mí, y habiéndolos avisado con poco tiempo. Claro que no he

tenido tiempo de examinar cada prenda. Así que debes elegir, Kate. Quédate con lo que quieras y devolveré el resto. Quédatelo todo, o nada. Depende de ti.

–Pero, no puedo… –dijo sin poder argumentar nada.

–Se me ocurre algo mejor –dijo Guy con decisión–. Siempre te gustó disfrazarte. Recuerdo que llegabas con aquel uniforme de escuela tan horroroso y de pronto, ¡sorpresa! Al día siguiente aparecías con un atuendo que tu tía había diseñado para ti. Un día estabas rígida y ansiosa y al siguiente…

Pero, en ese momento, Kate se preocupaba por su apariencia actual. Se dio cuenta de que el escote de su nuevo vestido era demasiado provocativo.

–¿Al siguiente? –insistió ella, tratando de desviar su interés del escote.

–Al siguiente podías ser cualquier persona que quisieras ser. La reina de los piratas, una campesina o, incluso, la princesa de las hadas.

–Y con este, ¿qué parezco? –preguntó Kate.

–La condesa de Villeneuve, quizá. Por un día, al menos –respondió riendo. Su mirada era como un desafío al que ella contestó como él esperaba.

–Te lo advierto, Guy. No me tomes el pelo. ¿Por qué no volvemos a esa idea que tenías?

–Deja los vestidos aquí –sugirió él de pronto–. De ese modo, siempre que te apetezca jugar a ser otra persona…

Kate notó que había burla en sus ojos, y también que su ropa interior estaba… no se atrevía ni a pensarlo, al menos mientras estuviera sentada tan cerca de él.

–¿Estás preparada para ir a la casa ahora? –preguntó él cuando terminaron de comer.

Kate contestó que sí. Se había dado cuenta de que no estaba preparada para juegos sexuales con Guy, aunque solo fueran verbales. Su terreno eran los negocios y, si hubiera tenido algo de sentido común, ahí era donde habría mantenido la relación.

–Sí, estoy preparada –confirmó–. Y, si ha sido declarada segura y los dormitorios están habitables, me gustaría quedarme allí. Habrá mucho que limpiar antes de que vengan los decoradores y constructores, y me gustaría ayudar –concluyó, y observó cómo Guy tensaba la mandíbula pero, al igual que ella, le gustaba guardarse los pensamientos. Lo máximo que se permitió hacer fue asentir ligeramente con la cabeza.

–Si es lo que quieres, Madame Duplessis enviará cestas de comida y bebida y creo que tenemos lámparas de aceite y una antigua estufa que servirán por el momento.

–No hay por qué molestarse. Estaré bien –dijo, sabiendo que lo que necesitaba era descansar del castillo. Su cuerpo le decía que cualquier contacto con Guy, conde de Villeneuve, iba a traerle complicaciones que no sería capaz de solucionar.

–¡Tonterías! –dijo él, levantándose de pronto sin darle tiempo a pensar en más excusas–. Te voy a llevar allí ahora mismo y veré lo que necesitas.

Capítulo 4

EL CAMINO de vuelta duró solo unos minutos pero Kate tardó un poco más hasta que estuvo preparada para ver los daños.

–Venga –dijo Guy con impaciencia. Cerró su puerta de un portazo y abrió la de ella. Fue entonces cuando la mente de Kate se puso en marcha. Él había estado en pie casi toda la noche por ella, y seguro que tenía otras cosas.

–Lo siento –dijo ella, y mostró su sorpresa al ver el exterior de la casa ennegrecido por el humo–. Solo me estaba preparando.

–No te habría traído si la casa estuviera destrozada –dijo él mientras caminaban por el sendero. Alcanzó la puerta principal y la abrió. La primera cosa que llamó la atención de Kate fue el olor desagradable que se le quedó en la garganta.

–Mira, no está tan mal –dijo él–. Y los bomberos lo han limpiado todo… ¿qué? –preguntó al oír a Kate emitir un sonido amargo.

Puede que no estuviera muy mal para él, pero para Kate, aquello era el fin de una era, y ni siquiera tenía tiempo para llorar. Y con la fecha tope de que disponía, aquello no era menos que un completo desastre.

Los objetos delicados y los muebles estaban consumidos, y las puertas de los armarios, igual que la mesa de roble y los bancos de estilo rústico, estaban chamuscadas; en algunos lugares la madera se había carbonizado. Pero se dio cuenta de que aquello no solo suponía no poder tener la casa lista a tiempo, sino también la pérdida de una parte importante de su vida. Los adornos estaban esparcidos por el suelo y no había ni rastro de los álbumes de fotos entre los escombros. De las dos antiguas sillas talladas en madera, una se sostenía sobre tres patas. Al fondo de la habitación el techo se había desplomado, dejando al descubierto las vigas que, para alivio de Kate, parecían intactas. Pero las paredes blancas se habían vuelto amarillentas y marrones, con manchas de hollín. Kate gimió ante aquella visión y se tuvo que dar la vuelta.

–*Arrêtes!* –insistió Guy tomándole los brazos–. No hay nada aquí que no se pueda reparar. Es todo superficial.

–¿Superficial? –gritó ella–. No puedo creer que digas eso, Guy

de Villeneuve. Eres tan hombre…

–Eso espero.

–Solo un hombre podría mirar una casa reducida a cenizas y decir que el daño es superficial.

–Pero, lo es –insistió él–. La estructura es sólida.

–¡Pero todo se ha perdido!

–Ah –murmuró él tras soltarla–, no todo.

–¡Mi medallón! –gritó Kate.

–Los bomberos me lo entregaron esta mañana –dijo él, mostrando el medallón frente a su cara.

Pero la mente de Kate aún estaba sobrecargada por la emoción y, durante unos segundos, no pudo pensar con claridad.

–¿No vas a darme las gracias? –preguntó él mientras le tomaba los brazos.

–Lo habías escondido –dijo ella irracionalmente, tratando de liberarse.

–Elegí el momento para dártelo. Sabía lo disgustada que estarías al ver esto –dijo echando una ojeada–. Con esto quería conseguir que lo vieras todo en perspectiva, como lo que es, superficial.

–De acuerdo –dijo ella apartando la mirada.

–Eso no es suficiente –dijo él tomando su barbilla para que lo mirara de nuevo–. Sigo esperando.

–¿A qué? –preguntó ella mirándolo a la cara.

–A que me des las gracias –dijo en voz muy baja.

Entonces, Kate se sintió como si estuviera a las puertas de otro mundo, uno en el que no estaba segura de querer entrar. No siempre había sido fácil quedarse fuera mirando, pero era seguro.

El silencio los envolvió, como un escudo que la protegía contra la realidad, con la que algún día tendría que enfrentarse, pero no aún.

–Gracias –dijo ella finalmente.

Pero, cuando Guy depositó la cadena en su mano, deslizó las suyas, una a cada lado de su cara.

–¿Mejor ahora? –murmuró, y entonces no había escapatoria a su mirada. Lo miró a los ojos y pensó que si ese era otro de sus juegos, era uno al que ella nunca había jugado. Vio sus intenciones reflejadas en sus ojos y en su boca. Pero, entonces, la soltó y se quedó mirando como para demostrar que era libre de moverse, libre de fingir que el momento nunca ocurrió.

De pronto, Kate se acercó de nuevo, guiada por su cuerpo, y la

boca de Guy acarició la suya con ternura. Ella no pretendía ir más lejos hasta que Guy rozó con la lengua el borde de sus labios, separándolos y explorando su boca con suavidad. Pero no se acercó más y, cada vez que ella intentaba reducir la estrecha distancia que había entre ellos, él se alejaba más.

–Para… para, Guy –dijo mientras se apartaba de él–. No sé a lo que estás jugando pero, sea lo que sea, no estoy preparada.

–¿De verdad? –murmuró él con ironía.

–Sabes lo que quiero decir –contestó ella, y se tapó la boca con la mano, como si eso fuera suficiente para ocultar su excitación. Pero, a juzgar por su expresión, Kate dedujo que el momento había pasado. ¿Pero, cuál era su juego? ¿Era una prueba? Quizá quería demostrarle que, a pesar de que tratara de ocultarlo, se sentía tan atraída por él como siempre. Y se habría apartado para dejar claro que él no sentía lo mismo.

–Puede que esté un poco desastroso –dijo con frialdad, fijando su atención en la cocina–, pero arriba casi no hay desperfectos. De todas formas, aquí abajo tampoco está tan mal.

Kate lo miró. Estaba muy concentrado. ¿Cómo era posible si a ella el beso la había dejado tan confundida? ¿Realmente esperaba que mantuviera una conversación racional sobre la cocina?

–Mira esto, por ejemplo –dijo él señalando una fila de armarios–. Estas puertas se pueden reemplazar con facilidad, y son sólidas –dijo tras golpear una con el puño–. Todo lo de dentro está a salvo. Mira –dijo al extraer un par de tazones de terracota–. No hay ni una sola raja en ninguno. Podrías servir la comida a medio pueblo.

–A todo entero, espero –murmuró ella, decidida a aparentar que estaba tan poco preocupada por El Beso como lo estaba él.

–Ah, sí. Tu fiesta de inauguración en tres semanas. Supongo que ese es mi plazo para dejar esto como nuevo.

Guy debió de alegrarse al comprobar que ella volvía a pensar con claridad, o eso le parecería a él. Era afortunada de que no pudiera sentir el alboroto de su mente. De pronto, todo era demasiado para ella: la pérdida de tía Alice, la mentira, el fuego, por no hablar del plazo imposible que se había fijado ella misma. Tenía que salir de la casa, al aire libre.

–¿Sabes cocinar? –preguntó él mientras la seguía afuera–. Si no, no te preocupes. Le diré a Madame Duplessis que te ayude. Nadie tiene por qué enterarse.

Aquella sugerencia la hizo olvidarse del beso muy rápidamente. De niña, se lo hacían todo, pero las cosas habían

cambiado. Estaba a cargo de su propia vida.

–Puedo arreglármelas, gracias –dijo Kate al salir al aire libre. Quizá sonó desagradable, pero tenía que dejarle las cosas claras.

–Ya me imagino –dijo–. Pero, si necesitas ayuda, no dudes en pedirla.

–Cuando supe que mi carrera como bailarina estaba acabada…

–Ya me di cuenta de tu cojera. No tienes por qué hablar de ello si no quieres.

–Me dediqué a la cocina –continuó Kate con firmeza, para evitar discutir sobre algo que le haría pensar a Guy que seguía siendo la cabezona de antaño.

–Estoy impresionado –dijo encogiéndose de hombros–. Pero me interesa más saber cómo perdiste tu carrera. Debió de ser terrible para ti.

–No tan terrible como lo que le ocurrió a tu padre y a mi tía. Comparado con eso, lo mío no merecería ni mencionarse.

–Por supuesto que lo merece. Debías de estar en lo alto de tu carrera cuando ocurrió. Leía cosas sobre ti en las columnas de cultura y, de pronto, nada.

–En efecto –dijo ella con ironía–. Pero era demasiado alta.

–Tonterías –la contradijo Guy–. Los críticos decían que eras como un sueño.

–Sí –dijo ella con una sonrisa–, el sueño de mi madre. En cierto modo, el accidente me liberó.

–¿Te liberó? –preguntó confuso.

–Sí. Para ser yo misma –explicó ella–. Para hacer lo que quería hacer.

–¿Iniciarte en los negocios?

La idea le parecía desconcertante pero, para Kate, aquello había supuesto la realización de sus sueños.

–Sí. Al principio pensé en hacerme chef, pero no lo tenía claro. Entonces, un día, mientras buscaba unas vacaciones por Internet, se me ocurrió la idea de abrir una agencia de viajes en la red. Un sitio donde la gente pudiera organizar su propio paquete de vacaciones y pudiera pedir consejo de gente que sabía de lo que hablaba. Al principio, yo era el único miembro de la compañía. Si había algo que mi carrera como bailarina me había dado, era la oportunidad de conocer mundo. Así que Freedom Holidays despegó como un cohete, más allá de mis expectativas. Al final había encontrado algo que quería hacer y con lo que disfrutaba.

–Hablas en pasado –observó Guy.

—No del todo. Aún me gusta lo que hago, pero es hora de expandirse.

—Y la expansión no siempre significa hacerse más grande —razonó él—. A veces significa tener una visión más general.

—Exactamente —coincidió ella, feliz de que lo hubiera captado tan rápido.

—Y, ¿cuál es el plan? —preguntó, sorprendiéndola al instante.

—Creí que querías saber lo que me ocurrió a mí, no a mi negocio —dijo Kate. Nunca hablaba del accidente pero, en ese momento, parecía la opción más segura, la única.

—*Continues*, Kate.

—Fue una estupidez, en realidad —dijo pensando en lo absurdo que sonaría—. Acepté un reto. Era mi vigésimo cumpleaños. Ya lo sé —dijo anticipándose a su reacción—. Piensas que debería haber dejado mi etapa temeraria mucho antes.

Guy contestó encogiéndose de hombros y esperó a que ella continuase.

—Había una barra por encima del escenario —explicó ella, refiriéndose a la estructura de hierro que atravesaba el escenario del teatro en el que trabajaba.

—¿Y el reto era? —insistió él.

—Cruzarlo *à pointe* —dijo, y vio cómo Guy gemía al darse cuenta de lo que pasó. No había manera de explicar qué hacía ella caminando de puntillas con zapatos de ballet a tal altura sobre una viga de quince centímetros de ancho—. Las cuerdas frenaron mi caída y…

—Es el peor accidente que he oído. Es un milagro que no te mataras.

—Lo sé —dijo ella con suavidad.

—Bueno, ahora que has vuelto a Villeneuve, quiero que me asegures que tus días de correr riesgos están olvidados.

¿Cómo podía ella contestar aquello?, pensó mientras recordaba el beso. ¿Cómo encajaba aquello en una escala de riesgos? Por muy frío que pareciese entonces Guy, los hombres sensatos no besaban así, y las mujeres prudentes no les dejaban.

—Bueno, no siempre está claro cuando corres un riesgo —argumentó ella.

—Para mí sí —dijo él con vehemencia—. Pero eso no viene al caso. Quiero echar otro vistazo a la casa para saber a quién tengo que enviar aquí.

Mientras el decorador daba los últimos retoques a las contraventanas de madera, Kate pensó que Guy había cumplido muy bien su palabra. Pese a que él había tenido que marcharse por negocios, los trabajos prosiguieron, como había prometido. Su ausencia le había permitido a Kate concentrarse en sus planes en vez de perder el tiempo fantaseando, a pesar de que seguía mirando hacia el camino montones de veces al día, como era el caso.

Caminó alegremente por el sendero para atar una cuerda al rosal que había conseguido salvar. Ya estaba bien sujeto alrededor de la puerta recién pintada, y ya se veían algunos grupos de capullos a punto de florecer. Había colocado dos macetas de terracota enormes a cada lado de la puerta. En cada una había colocado una pequeña palmera. El sendero también había sido reparado y bordeado por múltiples especies de plantas.

Kate suspiró de satisfacción. Al menos en el exterior, La Petite Maison parecía tan acogedora como era posible. Pero tenía que volver adentro, donde la aguardaba el verdadero trabajo. Se emocionó al recordar que quedaba poco más de una semana para que llegaran sus primeros invitados, y solo una semana para su fiesta de inauguración.

Guy había enviado una nota disculpándose por no poder dar ninguna indicación sobre si podría llegar a tiempo o no. Pero Kate se consoló pensando que si acudía, no habría ningún riesgo porque, en lo que a él concernía, todas las mejoras que se habían realizado en la casa eran para uso exclusivo de ella. Y la fiesta para el pueblo no era más que lo que parecía ser: una oportunidad para conocer mejor a todo el mundo. Y era evidente que debía integrarse en la vida del pueblo si todos iban a sacar beneficios de su negocio.

Abrió la puerta principal y entró. Pudo oler el aire limpio y le resultó difícil creer que aquel era el mismo lugar al que Guy la había llevado tras el fuego. Y, al verlo todo con calma y objetividad, se dio cuenta de que los daños le habían permitido hacer algunas mejoras realmente importantes. Una vez que le brindó su confianza al constructor, este expuso algunas ideas propias. Derribar una de los tabiques de la cocina le había proporcionado hasta tres veces el espacio que tenía antes. Y, cuando colocó la encimera de la cocina con la placa sobre la que pretendía hacer algunas de sus demostraciones, él había sugerido colocar detrás de las otras superficies de trabajo una pared

cubierta por espejos para que pudieran seguir la preparación de la comida con facilidad.

Los espejos tenían la ventaja añadida de reflejar la luz, así que, lo que un día había sido una acogedora pero umbría sala, se convirtió en una habitación espaciosa con mucha luz natural. Además, Kate había colocado unas sillas de madera cubiertas con cojines amarillos, azules y blancos. En las ventanas había colocado cortinas blancas de lino y en el suelo una alfombra enorme con tonos claros. Faltaba desembalar el equipo que había encargado y la cocina estaría lista.

–He arreglado el calentador.

Kate se giró para darle las gracias al constructor, que se había tomado como algo personal el verla cómodamente instalada tan rápido como fuera posible. Giles Dumas era el marido de la afable dueña de la frutería del pueblo. Era el máximo exponente de la dieta sana y de la vida al aire libre.

–Le estaré eternamente agradecida –le dijo Kate.

–El baño es lo siguiente –contestó él.

Giles se había asegurado de que tuviese agua, aunque lo de la electricidad iba a ser más complicado. Pero lo más importante era el calentador. Podría calentar el agua y proveer facilidades para cocinar hasta que reconectaran la electricidad. De momento, aquello no había ocurrido.

–¿Monsieur le Comte es su amigo? –preguntó Giles mientras se desenrollaba las mangas de la camisa.

–En efecto –contestó ella preguntándose adónde llevaba todo aquello.

La miró mientras se recolocaba su omnipresente boina negra en la cabeza.

–Monsieur le Comte hablará con las autoridades en su nombre cuando regrese y entonces tendrá electricidad.

–Tiene razón, Giles. Pero soy capaz de arreglármelas. Y no tengo ni idea de cuándo regresará Monsieur le Comte.

–Permíteme liberarte de esa incertidumbre.

–¡Guy! –exclamó Kate en tono acusador–. Me has asustado –dijo. Pero la visión de Guy con su traje de lino sobre una camiseta blanca entrando por la puerta era suficiente para hacer saltar a cualquiera, pensó Kate.

–Mis felicitaciones, Giles –dijo, dándole una palmadita en la espalda al constructor–. ¡Menuda transformación! –añadió, y luego se dirigió a Kate–. Permíteme disculparme por la intrusión y por hacerte saltar, aunque con elegancia. No sabía que fueras tan

tímida, Kate –finalizó mirándola de arriba abajo.

Kate notó que estaba dispuesto a atormentarla. Se detuvo mirando su uniforme de trabajo: una falda de algodón estampada con flores que había comprado en el pueblo y la blusa blanca que la avergonzó anteriormente.

–Me habría cambiado de saber que venías –dijo ella.

–*Mais non*. Me gusta –declaró él con entusiasmo–. Veo que La Petite Maison está sacando lo mejor de ti.

–No vayas por ahí.

Era el turno de Giles para alarmarse. Se sentía incómodo entre su conde y una doncella irrespetuosa, así que se quitó la boina y se dirigió a la puerta.

En un abrir y cerrar de ojos, Kate se interpuso entre él y la puerta.

–No, Giles. Quédese y tome un vaso de limonada con nosotros. Está recién hecha –añadió.

–Bueno, si insiste –dijo con dudas mirando a Guy y luego de nuevo a Kate.

–Por supuesto que insiste. Ambos lo hacemos –dijo Guy pasando un brazo sobre los hombros de Giles y conduciéndolo hacia uno de los bancos–. Te tomarás un vaso conmigo, ¿verdad? Y luego me pondrás al corriente de los últimos cotilleos.

A Kate le temblaban las manos al tomar la jarra de limonada. Le hubiera gustado pensar que era provocado por la indignación que sentía cuando Guy asumía el control, pero sabía que bastaba su mera presencia para que se pusiera a temblar. Su presencia parecía invadir cada parte de la casa que ella se empeñaba en construir por sí sola. Tal vez fuese terca y dura en los negocios, pero en los negocios no había tantas emociones a las que enfrentarse.

–Deja que te ayude.

No se había dado cuenta de que Guy estaba detrás de ella hasta que oyó su voz. Se dio la vuelta y vio a Giles sentado cómodamente.

–Yo la serviré –se ofreció, refiriéndose a la jarra que había en el fregadero–. Parece pesada.

–Puedo arreglármelas.

–No tienes por qué arreglártelas cuando yo esté aquí –señaló él–. Vamos Kate, no montes una escena. ¿Por qué hacer que Giles se sienta incómodo? Dame la jarra.

Guy sirvió la limonada y ella vio cómo Giles comenzaba a beber. Kate sabía que bebería rápido porque parecía ansioso por

estar en cualquier otro sitio menos allí. Mientras Guy se relajaba para tomar el primer sorbo, Giles terminó el vaso y se quedó mirándolo alucinado.

–Esto está delicioso, *mademoiselle*.

–Está muy buena, Kate –murmuró Guy, con aprobación en la mirada.

–No hace falta que finjas –contestó Kate. Pero, en el fondo, disfrutaba al verlos disfrutar con la bebida que había preparado–. Probad unos cuantos de estos con la limonada –sugirió ofreciéndoles los cuencos y platos que había sacado del frigorífico–. Decidme lo que pensáis. Y sed sinceros. Son una prueba para la fiesta de inauguración.

Ambos parecieron impresionados tras probar la enorme selección de salsas y ensaladas.

–*Absolument delicieux* –dijo Guy tras intercambiar unas miradas de aprobación con Giles.

–Siento no poder ofreceros nada más –les dijo Kate, pero no tenía medios para cocinar antes de que Giles arreglara el calentador.

–¿Qué más falta por hacer, Giles? –preguntó Guy.

–Nada importante en la fachada, pero la electricidad aún no ha sido conectada.

–¿Cómo? –exclamó Guy–. ¿Cómo puede ser eso? Dejé instrucciones antes de irme de que era una prioridad. ¿Por qué no dijiste nada, Kate? ¿Cómo te las has arreglado?

–He estado bien, gracias.

–Pero no lo entiendo. ¿Cómo?

–Con tu estufa y muchas velas.

–Pero, antes de irme le dije en la oficina que le dijeran a las autoridades que La Petite Maison estaba habitada de nuevo.

¿Se refería a la misma secretaria que había intentado evitar que se reuniera con él días atrás?

–No te preocupes –insistió ella–. Yo me encargaré. Seguro que es cuestión de tiempo.

–Pero, no tiene mucho tiempo, *mademoiselle* –exclamó Giles, dándose cuenta de que casi metía la pata, ya que estaba al corriente de sus planes.

Al instante, Kate se sintió culpable por involucrarlo en sus asuntos, asuntos que se le escapaban de las manos por momentos.

–No hay necesidad de que os preocupéis. Es algo que puedo hacer yo sola ahora que lo peor ha sido reparado.

–Pero Monsieur le Comte puede hacer que todo sea más rápido

–protestó Giles, ansioso.

–Yo también, Giles, yo también –contestó Kate con firmeza.

–Bueno, tan pronto como Monsieur le Comte lo disponga todo –dijo Giles, nada convencido de que hubiera alguien que pudiera arreglar las cosas más deprisa que el conde de Villeneuve–, volveré para ayudarla de nuevo.

–Muchas gracias, Giles –dijo Kate, poniéndose en pie cuando Giles se preparaba para marcharse.

–Es la mejor limonada que he probado, *mademoiselle* –dijo depositando su vaso en la mesa de la cocina–. Y lo demás también estaba delicioso. Se lo diré a Elise, mi mujer. Estamos impacientes por que llegue la fiesta.

–¿Sonaría muy presuntuoso si te ofreciera los servicios de mi chef? –preguntó Guy, una vez que Giles hubo salido.

–No, no –dijo Kate–. Es muy amable de tu parte.

Se apoyó en la puerta y pensó durante un momento. Aunque llevara seis meses como propietaria de La Petite Maison, había estado en la casa muy poco tiempo y, sin embargo, Guy había tenido tiempo suficiente para poner su mundo patas arriba.

–¿Qué es esto, Kate?

Lo miró y su estómago dio un vuelco. Sabía que era cuestión de tiempo que comenzara a desenredar la madeja que constituía la mentira. Él estaba de pie frente a los espejos.

–Son para… –dijo ella.

–*Oui?* ¿Qué es esto, la casa de los espejos?

–Reflejan la luz –explicó, deseando que eso disipara su interés. Aunque se notaba que seguía teniendo dudas. Pero no dijo nada hasta que se volvió y observó la placa de cocina que había en el centro de la sala.

–Bueno, debo decir que estás bien equipada. Y esta es una cocina muy grande para alguien que viva solo.

–Pretendo invitar a mucha gente –dijo ella con rapidez.

–No me sorprende –contestó él mientras se dirigía al plato de aperitivos–. Por lo que he probado hasta ahora, una invitación a La Petite Maison es el mejor plan en todo el pueblo.

–Eso espero –dijo mientras recordaba las muchas reservas que había recibido ya.

–Pero, ¿espejos en tres paredes de la habitación? –preguntó él con curiosidad–. ¿No crees que sea un poco excesivo? ¿No pretenderás abrir un burdel?

Kate se puso roja al pensar en las muchas posibilidades que

ofrecían de pronto los espejos.

–Pues no –dijo–. Me gusta la luz, eso es todo.

–Si tú lo dices.

–Sí, yo lo digo.

Tras unos instantes en silencio, Guy apartó la vista y sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta.

–¿Qué es esto? –preguntó Kate cuando se lo ofreció.

–Es una copia de los limitados convenios sobre La Petite Maison. Creo que deberías echarles una ojeada, pues puede que pase algún tiempo hasta que puedas hablar con tu abogado.

–Los estudiaré a conciencia.

–Deberías hacerlo –dijo él mientras se dirigía a la puerta–. Y, ahora, debería irme. Ya he estado alejado de todo suficiente tiempo. Hablaremos sobre los convenios algún día, cenando.

Kate deseaba rasgar el sobre para ver qué nuevos problemas había. Guy nunca malgastaría una visita sin motivo. Cualquiera que fuera la información del sobre, seguro que era dinamita. Su expresión era impenetrable, y Kate trataba de no pensar que hubiera vuelto para repetir El Beso. De hecho, desde aquel momento él había actuado como si nada hubiese pasado, pero Kate no paraba de preguntarse si podría sacárselo de la cabeza alguna vez.

Mientras Guy caminaba por el sendero, Kate apretó el sobre con más fuerza. Luego miró a su alrededor, tratando de ver la cocina a través de los ojos de Guy. ¿Se habría imaginado lo que pretendía hacer? ¿Se habría creído la explicación que le había dado? En cualquier caso, algún día tendría que enterarse.

Oyó cómo el motor se ponía en marcha y volvió a tener un sentimiento de culpa, pero trató de no pensar en ello. No había nada entre ellos. Aquel beso no había significado nada para él. Simplemente hacía lo de siempre, tomarle el pelo como a una cría. Pero ya no era una cría. Molesta consigo misma por pensar tanto en una situación absurda, centró su atención en aquellas cosas que quedaban por hacer.

Para cuando llegó a la mesa de roble, ya había sacado los documentos del sobre. Lo suyo eran los negocios, un lugar donde los sentimientos no tenían cabida. Una sensación de alivio recorrió su cuerpo al sentarse. Pero solo pudo hojear la primera página. Por más que se esforzara para concentrarse, lo único en lo que podía pensar era Guy.

Capítulo 5

MEGAN, no puedo creer que seas tú! –exclamó Kate, abrazando a la amiga de su tía.

–Ahora, deja que te vea –dijo la mujer–. ¿Por qué lloras, cariño?

–Porque me alegro de verte –dijo Kate mientras se secaba las lágrimas. La alegraba ver a Megan O'Reilly, que iba a ser la profesora de los grupos de arte que pensaba alojar Kate. Era reconfortante escuchar de nuevo su acento irlandés, y saber que ya no estaría sola en su nueva aventura–. Megan, estás…

–Tan horrible como siempre, lo sé –dijo Megan–. ¿Está la tetera en el fuego? –preguntó mirando hacia la cocina. Luego, tomó la bolsa que había dejado en el suelo y se la colgó del hombro.

–Lo siento –dijo Kate al observar el estado en que se encontraba Megan–. Hace mucho calor hoy. Debes de estar agotada. Pasa.

–Has hecho muchos cambios aquí –dijo mirando la habitación–. ¿Y estos espejos? ¿Qué tienes planeado, Kate? Algo picante, espero.

–Pensé que serían útiles para las clases. Ayudarán a la gente a ver lo que hago durante las demostraciones. Eres la segunda persona que se fija en ellos –dijo sonriendo mientras ponía la tetera en la placa.

–¿Cómo está Su Alteza?

–¿Cómo sabías que me refería a Guy?

–Vamos, Kate –dijo mientras se quitaba los mocasines–. No tienes por qué cohibirte conmigo. Dime que no habéis estado recordando viejos tiempos.

–No sé lo que quieres decir –dijo Kate, afortunada por encontrarse de espaldas y poder ocultar su cara en el armario mientras buscaba unas tazas.

–Puede que sea vieja, pero aún recuerdo las chispas que saltaban entre vosotros dos cuando venías aquí de niña. No puedo creer que te ignore, ahora que has vuelto para quedarte.

–Ah…

–¡No se lo has dicho!

–No exactamente –admitió mientras echaba el café en polvo en las tazas.

–¿No crees que es hora de decírselo? –preguntó mientras se recolocaba los palillos que sujetaban su melena pelirroja.

–No es tan fácil, Megan.

–No seas tonta. Claro que es fácil –dijo mientras se aproximaba a la cocina para controlar la preparación del café–. Anda, siéntate y dime qué es lo que sucede. Sé que ocurre algo, y si vamos a trabajar juntas…

–Tienes razón –dijo al sentarse en un taburete–. Lo justo es que te diga que este nuevo proyecto mío es probable que no llegue a nada.

–¿Qué? –exclamó Megan mirando por encima de su hombro–. Veo que he llegado justo a tiempo. La cosa es más seria de lo que pensaba. Bébete el café y cuéntamelo todo desde el principio.

Tras habérselo contado todo, Megan no sabía qué decir.

–Pero tú has visto muchos contratos en tu vida –dijo finalmente–. ¿Qué diferencia tiene este?

–En realidad no es un contrato, sino una lista de convenios –explicó Kate–. Además, el único documento que he leído por ahora es una traducción.

–¿Y dónde está el original? –preguntó Megan mientras comía su tercer pedazo de tarta de limón.

–Lo tiene mi abogado. Estaba desesperado por hablar conmigo.

–Supongo que le pedirás una copia.

–Ya lo he hecho. Lo telefoneé antes de que llegaras.

–Bien –dijo Megan, apartando su plato, como si el asunto estuviera ya resuelto–. Pues mientras tu abogado hace su tarea, ¿por qué no nos concentramos en el nuevo proyecto de Freedom Holidays, Freedom Breaks? ¿Cuándo llegan nuestros primeros huéspedes?

–Demasiado pronto.

–No te preocupes –dijo Megan dándole una palmadita en el brazo–. Esta vieja bolsa mía es como el baúl de un mago– concluyó, y abrió la bolsa, desparramando por el suelo una enorme cantidad de utensilios para artistas–. Aquí tengo todo lo necesario para hacer que… ¿Qué pasa ahora? –preguntó mirando hacia la puerta–. ¿Podría ser nuestro primer huésped?

Kate miró el desastre del suelo y la mesa. Si era Guy, no dudaría en entrar. Pasaría sin llamar, como siempre. Salió corriendo hacia la puerta, rezando para llegar antes que él y poder distraerlo. No se le ocurrió que pudiera ser otra persona y, para

cuando abrió la puerta, su corazón parecía que se le iba a salir por la boca.

–Guy, qué sorpresa –mintió al abrir la puerta. Luego, la volvió a cerrar hasta dejar solo una rendija abierta. Vio cómo arqueaba las cejas con sorpresa mientras intentaba, en vano, evitar que mirase dentro.

–¿Estás ocupada? –preguntó mirando por encima de su cabeza–. Puedo volver en otro momento.

–No estamos tan ocupadas como para no verte –dijo Megan antes de que Kate pudiera detenerla–. Solo estoy yo aquí dentro, Su Alteza.

–Para, Megan –dijo Guy, dejando a Kate atrás y subiendo a Megan por los aires como si no pesara más que un bebé–. Ya lo sabes, Megan O'Reilly. Soy el único que tiene licencia para bromear.

–¡Mírate! –dijo echándose hacia atrás para verlo mejor–. Pantalones vaqueros, camisa… Y yo que pensé que los condes reales se paseaban por ahí con una peluca empolvada.

–Hace tiempo, quizá –dijo sonriendo–. Pero estamos en el presente, Megan, donde los condes también se ensucian comprobando las existencias de sus bodegas.

–Si necesitas ayuda para comprobar…– sugirió Megan con picardía.

Kate cerró la puerta de golpe como para hacer que Megan recobrase la cordura. No debería estar dándole alas, sino tratando de librarse de él antes de que sacara sus propias conclusiones al ver las docenas de pinceles esparcidos por el suelo. Pero hasta Megan parecía deslumbrada ante él.

–Si necesito alguna ayuda, Megan, tú serás la primera persona a la que llame –prometió Guy.

A pesar de sus bromas, Kate estaba cada vez más tensa. Aunque Guy estuviese mirando a Megan, Kate se dio cuenta de cómo reflexionaba. Y lo que dijo después no hizo sino confirmar sus pensamientos:

–¿Qué estás haciendo aquí, Megan? –preguntó–. Pensé que estabas dando clases en esa escuela. El trimestre aún no ha acabado, ¿verdad?

El silencio solo duró un momento pero, para Kate, pareció que no acababa nunca. Y, cuando Megan habló, su voz había perdido su energía y no sonaba convincente.

–Tenía una oferta mejor –contestó lanzándole a Kate una mirada de disculpa.

–¿De verdad? –preguntó él–. ¿Algo emocionante?

–Ah, sí –comentó con entusiasmo. Luego, recordó que no podía hablar de ello y se detuvo.

–¿Qué pasa? ¿No te permiten hablar de ello? –preguntó Guy con comprensión.

–Faltan por ultimar los detalles –contestó Megan de forma extraña, extendiendo los brazos como signo de inocencia y resignación.

Kate sabía que a Megan siempre le fue imposible mentir. Al menos Guy no la presionó más. Se quedó con los brazos cruzados mirándolas como si fueran dos chicas malas.

–Quizá tú puedas explicármelo, Kate –dijo centrando su atención en ella.

Aquella sugerencia habría hecho que cualquiera bajara la guardia, pero a Kate no la engañaba. Guy sospechaba algo. Probablemente solo le faltaran unas piezas del rompecabezas.

–Y, ¿cómo está tu madre, Guy? –preguntó Megan con voz inusualmente estridente.

–Bien, creo.

Kate quedó aliviada al ver que Guy aceptaba de buena gana la conversación que Megan le ofrecía.

–No pareces muy convencido –observó.

–Le está costando mucho sobreponerse a la pérdida de mi padre.

–Por supuesto –coincidió Megan con suavidad–. Supongo que a ti también.

La expresión de su cara confirmo su deducción.

–También echa de menos a Madame Broadbent, todos lo hacemos –dijo mirando a Kate.

Aquella mirada desencadenó los sentimientos de Kate, al igual que sus dudas. ¿Qué habría opinado tía Alice de sus planes y de su mentira? Tuvo que recordarse a si misma que era por el amor a su tía por lo que se encontraba en Villeneuve. Pero seguro que ella habría querido que viviera en la casa cuando se la dejó. Y todo lo que le gustaba a su tía estaba implícito en sus planes para La Petite Maison: diversión, relajación, felicidad…

Kate apartó los ojos de Guy y miró a Megan. Por poco que hubiera leído de los convenios, sabía que cualquier tipo de negocio estaba prohibido. Además, Megan había dejado su trabajo, su vida entera, para ir a enseñar allí. Kate consideró las implicaciones. Una cosa era segura: había llegado demasiado lejos para darse la vuelta.

–¿Has venido por algo en especial, Guy? –dijo, sugiriendo que tenía muchas cosas que hacer.

–¿Tendría que haber pedido una cita? –preguntó asombrado.

–Si hubieras pedido cita, todo sería mucho más fácil –contestó ella con inocencia, para demostrarle que no había olvidado su confrontación inicial en el castillo.

–¿Todo? –preguntó mientras se acariciaba la barba con la mano–. Ahora sí que tienes toda mi atención.

–Ahora, ahora –dijo Megan poniéndose entre ellos–. Ya basta de tonteos por hoy, Majestad.

–Si tú lo dices, Megan O'Reilly, ¿quién soy yo para desobedecer a una descendiente directa del ilustrísimo Brian Boru, antiguo rey de Irlanda?

«¡Bien hecho, Megan!», pensó Kate. Su amiga había ocultado los pinceles con un simple movimiento de su falda. Pero debía de haberse dado cuenta de que era demasiado tarde para despistar a Guy.

–Esos son muchos pinceles, Megan, Incluso para ti.

Kate miró impotente cómo Guy se agachaba. Apartó la falda de Megan y tomó unos cuantos pinceles.

–¡Oye! –exclamó Megan–. ¿Qué maneras son esas de hurgar bajo la falda de una señora mayor? Y ten cuidado con esos pinceles. No quiero que estropees las puntas.

–Creo que se le han caído, señora O'Reilly.

–Kate y yo tenemos cosas de qué hablar –exclamó Megan, claramente nerviosa.

–¿No vais a ofrecerme un pedazo de ese delicioso pastel?

–Tarta –lo corrigió Megan apartando el plato y poniéndose en medio.

–Por supuesto que puedes tomar un pedazo –dijo Kate cediendo un poco. Si lo echaban, volvería. Y quizá estuviese allí para decirle algo importante, como que iba a pasar por alto los convenios. Antes de que se diera cuenta, ya se había sentado en una silla y estaba probando la tarta de limón.

–Deliciosa –dijo cerrando los ojos para saborearla–. Puede que tome un poco más.

–De eso nada –dijo Megan con decisión mientras abría la puerta–. No dejaré que descuides tus obligaciones ahora que la finca está bajo tu responsabilidad.

Guy se tomó la burla de Megan mucho mejor de lo que ella se tomó la suya. Cuando él se disponía a salir, hizo una pausa y tomó una mano a Megan para llevársela a los labios.

–Haré lo que me dice si acepta cenar conmigo esta noche, señora O'Reilly. Y no se olvide de llevar con usted a su magnífica anfitriona, Mademoiselle Foster. Así podremos discutir sobre la posibilidad de dar clases de arte, en privado o en grupos, no me importa. Pero tendremos que encontrar un lugar apropiado para que pueda enseñar. Ya sabrá que los convenios son muy específicos aquí. Estoy seguro de que no querrá animar a Kate a que los incumpla, ¿verdad, señora O'Reilly? –concluyó, haciendo una reverencia final.

–Ese chico no cambia –dijo Megan mientras Kate se dirigía a cerrar la puerta tras él.

–Ese chico tiene casi cuarenta años, mide casi dos metros y ha amasado una fortuna de un billón de euros –aclaró Kate viendo cómo Guy caminaba por el sendero–. No es tonto.

–Os espero a las ocho –gritó él, como si supiera que aún lo observaban.

–Para mí todavía es un chico –dijo Megan, sabiendo que la había manejado a su antojo–. Solo espero que sepa cocinar.

–Creo que tiene un chef en el castillo –murmuró Kate mientras veía cómo se alejaba, hasta perderlo de vista.

–Bueno, debo decir que te lo estás tomando con mucha calma –observó Megan cuando Kate hubo cerrado la puerta–. Di algo, ¿no estás preocupada?

–Por supuesto que lo estoy, y no solo por los convenios.

–Explícate.

–¿Qué puedo hacer, Megan? Tendremos que seguir con el plan como si nada –dijo, sabiendo que a Megan no la ayudaría saber que los convenios eran la última de sus preocupaciones.

–¿Y Guy?

–Se lo diré… cuando llegue el momento.

–¿Y cuándo será eso? –insistió Megan, golpeando con los dedos sobre la mesa.

–Antes de que lleguen nuestros primeros huéspedes –tratando de convencerse a sí misma.

–No lo dejes para el último momento.

–No lo haré –dijo con seguridad–. Y ahora, ¿te apetece un baño? Puede que no tenga electricidad, pero tengo un montón de agua caliente.

–¿No hay electricidad? –exclamó Megan–. ¡Que Dios se apiade de nosotras! ¿En qué estás pensando, criatura? No puedes llevar una casa de huéspedes sin electricidad.

–Me las he arreglado muy bien hasta ahora –contestó Kate–. Y, si es necesario, llevaré la casa del mismo modo porque, ya ves, nadie, ni el conde de Villeneuve, va a impedir que convierta La Petite Maison en uno de los mejores retiros del mundo.

–Entonces, te deseo suerte, Kate –dijo Megan muy seria–. Porque, si conozco a Guy, la vas a necesitar.

Guy envió un coche a buscarlas. Pero no era un coche normal, sino una limusina color berenjena con chófer incluido.

–¿Estás impresionada? Porque yo sí –comentó Megan con entusiasmo, aunque se refería más al conductor que al coche.

Kate asintió al mirar por la ventana. No tenía ni idea de cómo había accedido a aquello. Encima, llevaba puesto El Vestido. Sonrió con ironía. Hubo un tiempo en el que se habría puesto unos vaqueros con agujeros, solo para llamar la atención. Aunque era agradable llevar un buen vestido por una vez. En realidad, ahora que tenía dinero para hacerlo, probablemente lo haría más a menudo.

–¿Estás lista, cariño? ¿No te arrepientes de la cita?

–Aún no –admitió Kate.

Guy las estaba esperando en la puerta doble de entrada al castillo. Su chaqueta acentuaba su bronceado y Kate pensó que sus musculosas piernas parecían más largas que nunca mientras bajaba los escalones para recibirlas.

–Bienvenidas –exclamó, abriendo la puerta de Kate antes de que el chófer pudiera hacerlo–. Bienvenida al castillo Villeneuve, Kate. Es agradable tenerte aquí de visita social en vez de en periodo de recuperación.

–Una recuperación muy corta –le recordó.

–Pero agradable, espero.

–Por supuesto. Siempre me ha encantado el castillo.

–Bueno, vas a verlo de la mejor forma posible esta noche. Lo he preparado todo para que se enciendan todas las luces cuando esté muy oscuro. Son miles de bombillas. Será una visión espectacular –le prometió–. Y, para usted, señora O'Reilly... –dijo mientras tomaba la mano de Kate en su brazo, ofreciéndole el otro a Megan–, he invitado a otra persona. Gilman, de la Tokyo Gallery de París, para charlar sobre el desarrollo del arte moderno con usted.

–¡Gilman!

–Eso es bueno, Guy –dijo Kate al ver la cara de entusiasmo de Megan.

–¿Bueno? Es maravilloso –exclamó Megan–. ¿Tienes idea de quién es Gilman, Kate?

–No. Pero seguro que tú me lo dirás –bromeó con ella. Luego miró a Guy– ¿Cenará tu madre con nosotros, Guy?

–Es demasiado pronto para decirlo –contestó con melancolía–. Creí que al oír que estabas aquí bajaría de su habitación. Ya veremos. No quiero presionarla.

–Si puedo hacer algo… lo que sea.

–Te lo haré saber –dijo. Luego, sonrió a Megan cuando esta expresó los mismos deseos.

Poco después de las presentaciones, Megan se sumió en una apasionante conversación con Gilman, que resultó ser una mujer de mediana edad y apariencia inteligente con traje de diseño en vez del hombre viejo que Kate había imaginado.

–Has hecho bien –le dijo Kate al ver cómo las dos mujeres subían por la escalera de mármol para apreciar sus obras de arte.

–Los clásicos han dejado el camino libre –explicó–. Todos los cuadros antiguos están en el ático. Los he sustituido por una colección más interesante de arte moderno. Algunos son de estudiantes que, considero, tienen futuro.

–Me refería a que has hecho bien presentando a Megan y a la profesora Gilman –dijo ella–. Parecen tener mucho en común.

–Me gusta que la gente se conozca –explicó Guy. Luego, se quedó mirando a Kate durante un momento–. Gracias por ponerte el vestido.

–No tiene importancia –dijo. Y estuvo a punto de derretirse por el deseo cuando vio lo que intentaba hacer.

Suavemente, él deslizó un dedo por debajo de su escote hasta donde la falda alcanzaba las caderas.

–«Mira por dónde viene, vestida como la primavera».

–Guy, yo…

–¿Bellini?

–Creí que era Shakespeare…

–Me refiero a la bebida.

–Ah, sí, por favor –dijo Kate, sin saber lo que pensaba. La excitación hizo que se le sonrojaran las mejillas, pero prefirió pensar que era la sugestión de los cócteles de champán. De niña envidiaba a los invitados al castillo al verlos beber esa mezcla de zumo de melocotón y champán en copas de cristal.

–¿Te acuerdas? –preguntó Guy mientras la conducía por el hall.

–¿Cuando preparaste uno especial para mí?

–Solo puse una gota de champán.

–Recuerdo que hizo que me picara la nariz –dijo ella.

–Te permitiré probar una mezcla un poco más fuerte esta noche.

–¿Me permitirás?

–¿No te atrae la idea de que te controlen, aunque solo sea por una noche? –sugirió con provocación mientras salían a la terraza.

–Me atrae más la igualdad.

–En algunas cosas, quizá.

–En todo –insistió Kate con más fiereza de la que pretendía. Para su sorpresa, a Guy le gustó la respuesta.

–Sigues siendo la misma Kate de siempre.

–¿Y eso te gusta?

–*Mais oui* –dijo él mirándola fijamente–. Me gusta mucho.

Era difícil pensar con claridad cuando el deseo controlaba todos sus sentidos. A pesar de su distanciamiento desde El Beso, Guy parecía estar diciendo que la deseaba. ¿Podría ser cierto? todo parecía indicar que no, había tres camareros ocultos por la terraza y también estaban Megan y la profesora.

Los pensamientos de Kate se dispararon de repente cuando Guy le puso la copa en la mano. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Había pedido la cordura? Aquello no era un juego. Era el conde Guy de Villeneuve y ella era Kate Foster, una mujer de negocios que se movía en un mundo diferente al suyo. Su fantasía le decía que lo tomara de la mano y lo llevara arriba, a una de las veintitantas habitaciones… Se bebió una copa de un trago casi sin saborearla. Un lío de una noche, ¿era eso lo que realmente deseaba? Un hombre como Guy no pensaría mal de una mujer que se echara en sus brazos. Kate sabía por los periódicos que en su vida había habido muchas así. Recordó, con una punzada en el corazón, que todas habían acabado igual.

–¿Por qué estás tan seria, Kate? –preguntó él mientras rellenaba el vaso.

–No quieras saberlo.

–Sí que quiero saberlo –contestó él con una sonrisa–. Quizá la segunda copa te ayude.

Kate pensó que no valía la pena fingir. La independencia estaba bien para el mundo real, pero en aquel momento mandaba la fantasía. Lo único que quería era que la llevara a lo más profundo de aquel castillo de cuento. Quizá a las mazmorras donde podría

atarla con pañuelos de seda y quedársela para siempre.

–La cena está servida, señor.

–¿Kate?

Kate salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que sus pezones se insinuaban por debajo del vestido. Y mientras caminaba del brazo de Guy, se dio cuenta de que la excitación entre sus muslos había crecido hasta tal punto que ya era imposible controlarla. Estaba húmeda, muy húmeda. Se sintió aliviada al recordar que la falda tenía varias capas de modo que una mancha no se notaría, aunque era imposible ocultar el estado en el que se encontraba ya que su respiración la delataba.

–¿Estás bien? –le murmuró Guy al oído.

–Estoy bien, solo tengo un poco de frío –dijo mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. Y cuando pensaba que no podía ocurrir nada más, cuando se disponían a entrar en el castillo de nuevo, él le sujetó la puerta de forma extraña. La sujetó con una mano de modo que ella tuviera que pasar por debajo de su brazo. La sensación de dominación era agobiante. Solo con aquel gesto la hizo sentirse pequeña y vulnerable.

–La cena se servirá en la Gran Terraza –dijo mientras la conducía por otra puerta–. Desde aquí puedes ver todas las luces.

Kate se giró y lo que vio fue sorprendente.

–Jamás había visto nada semejante –murmuró. Las luces brillaban y parpadeaban desde las ventanas de cada torreta del castillo, destacando sobre el fondo negro de la noche.

–¿Te gusta?

–¿Gustarme? Es alucinante.

–¿Pero?

–Pero nada, excepto que…

–¿Sí? –preguntó él mientras se dirigían al centro de la terraza, donde habían colocado una mesa para cuatro bajo un dosel de seda.

–Mucha más gente podría haberlo disfrutado. Es una pena que tu padre no pudiera… –se detuvo al ver la cara de dolor de Guy.

–Nunca hubo dinero suficiente para hacer esto –dijo mientras le ofrecía una silla–. Y eso es algo por lo que no pienso pasar. No estoy dispuesto a que la finca Villeneuve albergue a montones de personas y se convierta en una máquina bien engrasada.

–Una máquina bien engrasada –repitió Kate con suavidad.

–¿No lo apruebas?

–¿Para un negocio? –preguntó encogiéndose de hombros–. Por supuesto. Me gusta pensar que mi negocio es una máquina bien

engrasada. Pero el castillo Villeneuve es tan bonito, Guy. La arquitectura, los suelos, el interior, son exquisitos.

–Razón de más para mantenerlo en privado. Para preservar su misterio y perfección.

–Haces que suene como si fuese un museo.

–Y, en muchos aspectos, es así.

–¿Ah sí? –preguntó Kate–. Pensé que era tu casa.

Megan y la profesora Gilman se unieron a ellos, apreciando el espectáculo de luces mientras ascendían por los escalones de piedra que conducían a la terraza.

–¿Todo bien, Kate? –preguntó Megan con discreción tras tomar asiento.

–Bien.

–No me mientas –susurró Megan.

–Muy bien entonces –dijo echando una mirada a Guy, que discutía con el sumiller sobre el vino, y a la profesora Gilman, que estudiaba un moderno e interesante pimentero de plata–. Puedo asegurarte que está decidido a cumplir la ley sobre las casas de vacaciones. La única manera de salir airosa sería ofrecer vacaciones gratis, como si todos fueran invitados míos.

–Es una idea.

–¿Y de dónde saldrían tus ingresos?

–Buena pregunta.

–Mira esto, Megan –dijo mirando a su alrededor–. No hay nada semejante en toda Europa pero, a la vez no hay vida aquí. Es precioso pero también estéril y desolador.

–Necesita una inyección de Kate, si quieres mi opinión –dijo Megan, apoyando la barbilla sobre su mano y observando las luces.

–Lo único que falta aquí es gente –dijo la profesora Gilman cuando Guy terminó su discusión.

–*Exactement* –dijo mirando a Kate, para estar seguro de que había oído el comentario.

–Pero un poco más de gente no haría daño –continuó la profesora, sin darse cuenta de lo que pasaba–. Perdóneme por mi franqueza, pero no puedo evitar pensar que se debe de sentir solo.

–¿Solo? No. Confieso que había bastante más gente cuando había casas de vacaciones en la finca, pero me temo que ya no hay sitio para ese tipo de cosas.

–Entiendo su reticencia –prosiguió la profesora–. He visto zonas hermosas estropeadas por una comercialización despiadada. Pero algunas pequeñas y discretas propiedades embellecerían esto

y le darían la apariencia de ser una finca activa. Supongo que la mayoría de sus empleados vive en el pueblo.

–En efecto –admitió Guy–. Pero estoy seguro de que, con los debidos incentivos, podré atraerlos aquí.

–No lo creo, si en el pueblo tienen todo lo que necesitan en la puerta de casa –argumentó la profesora–. Mientras que una o dos casas de vacaciones como las que he dicho añadirían un poco de vida a este lugar. Después de todo, la gente está preparada para hacer un poco más de esfuerzo a corto plazo.

–Ah, ahí es donde entra Mademoiselle Foster –dijo Guy con brusquedad.

–¿Ah, sí? –preguntó la profesora girándose hacia Kate–. No tenía ni idea de que viviera usted aquí.

–Tengo la única casa de vacaciones que queda en la finca.

–¿De verdad? –preguntó la profesora con interés renovado.

–Creo que Kate tiene ideas innovadoras para la zona –dijo Guy con inocencia.

–¿Ideas? ¿Para un negocio? –preguntó la profesora.

Si la profesora Gilman hubiera sido otra persona, Kate habría pensado que Guy la había puesto al corriente. Miró a Megan para ver si se le ocurría uno de sus ingeniosos comentarios, pero no hubo suerte.

–¿Por qué no nos explicas lo que pretendes hacer con La Petite Maison, Kate? –preguntó Guy–. Veo que la profesora quiere oír más.

–Profesora Gilman, estaré encantada de enviarle información promocional una vez que nos hayamos establecido y estemos en marcha –dijo Kate para salir del paso.

–La esperaré impaciente –contestó la profesora.

Más tarde, cuando la profesora se disponía a marcharse, Megan se levantó también.

–¿Le importa si comparto el taxi con usted? Pero me temo que no seré de mucha compañía. Me duelen los ojos. Será el preámbulo de una migraña.

–¿Quieres que me vaya contigo? –preguntó Kate.

–No, gracias. Me iré directa a la cama. Eso, a veces, calma los síntomas.

–Llamaré a mi conductor –dijo Guy.

–No, no, no te molestes –insistió Megan–. No hay nada de aquí a la casa, y estoy segura de que a la profesora no le importará

–Por supuesto que no me importa –confirmó ella.

Guy llamó a uno de sus empleados.

–Por favor, lleve a estas señoritas hasta sus abrigos.

–Debería irme con ellas –dijo Kate mientras se levantaba.

–Por favor, no –dijo Guy, deteniéndola con una mano–. Puede que mi madre ya se encuentre mejor y pueda bajar.

–Lo siento –dijo Kate, sin saber qué hacer–. Por supuesto que me quedaré. Si existe la más mínima posibilidad… –dijo, antes de poner su mano sobre el puño que Guy tenía sobre la mesa–. Los últimos meses deben de haber sido muy duros para ti, Guy, al tener que ocuparte de la finca mientras sigues sufriendo por la muerte de tu padre.

–Ocuparme del negocio es lo de menos –contestó tras unos instantes–. Pero, la muerte de mi padre… El accidente, tu tía –continuó, y se puso una mano sobre los ojos como para olvidar los recuerdos dolorosos–. Fue todo tan duro, y tan rápido… Aún no puedo creer que no esté –dijo en voz baja.

–¿Te ayudaría hablar de ello? –preguntó Kate tras ponerle una mano en el hombro.

–No traerá a mi padre de vuelta –dijo–. Lo quería tanto…

–Lo sé –dijo ella con suavidad–, y aún lo echas de menos. Lleva tiempo superar algo tan terrible.

–Y ahora mi madre está muy mal de salud.

–Pero, quizá, haya una posibilidad de que se recupere –dijo Kate pensativa.

–¿En serio?

–Debe de sentirse perdida, desconcertada sobre cómo va a continuar su vida sin tu padre. Debe de parecerle que toda su vida se ha hecho pedazos. Pero, si hubiese alguna manera de que se sintiera útil y necesaria…

–Pero ¿cómo, Kate? ¿Cómo?

–Aún no estoy segura –admitió con honestidad–, pero si me dejas, me gustaría ayudar.

Cuando Megan y la profesora Gilman regresaron, no les quedó más remedio que abandonar la conversación. Kate no se sintió orgullosa de sí misma cuando la profesora le hizo algunas preguntas más sobre sus planes y ella contestó con el mismo aplomo que la caracterizaba. Supuso que la razón de aquello sería Guy. Siempre había parecido muy fuerte. Pero no solo a ella, sino a su familia y a todo el mundo que tuviera conexión con él. Esa noche le había revelado sus heridas más profundas, que lo eran más de lo que ella podía imaginar. Sin el cuidado apropiado, tal vez no sanasen nunca.

Capítulo 6

DEBES de sentirte muy orgullosa de ti misma –dijo Guy mientras despedían al taxi–, por cómo esquivaste las preguntas de la profesora Gilman sobre lo que pensabas hacer –concluyó, agarrándola del codo para conducirla escaleras arriba.

Kate decidió que ese no era momento para el juego de la verdad. No cuando aún había una posibilidad de ver a su madre. Si hubiera malas vibraciones entre ellos, ese encuentro sería imposible.

–No las esquivé –le rebatió ella, tratando de no concentrarse en el tacto de su piel–. Solo es práctica profesional, nada más. Y, como no espero que me cuentes tus tratos confidenciales, hasta que esté lista para hacerlo público, tendrás que conformarte con lo poco que sabes.

–Que es nada –dijo Guy en voz baja, haciéndola sentir un escalofrío en la espalda.

–Eso debe de suponer un cambio para ti –dijo Kate, notando cómo su mirada penetrante se fijaba en su cara con aire de sospecha.

–*Ca suffit maintenant!* No es asunto de broma, Kate –dijo él–. Hablo en serio. Esos convenios existen. Te prohíbo llevar ningún negocio en mi terreno.

–¿Me prohíbes?

–Ya me has oído –dijo con firmeza–. Ya he permitido que te quedes con La Petite Maison para uso particular. No voy a consentir ningún tipo de plan descerebrado.

–¿Plan descerebrado? –dijo Kate molesta–. Llevo todos mis negocios con sumo cuidado, ¿o es que has olvidado mi éxito con Freedom Holidays?

–Confieso que había olvidado lo que es enfrentarse a ti –admitió agarrándola más fuerte.

Kate se estremeció al ver algo oscuro y peligroso en su mirada.

–¡*Oh, pour l'amour de Dieu,* Kate! Haz lo que quieras –dijo acercándose mucho a ella–. Estoy preparado para lo que sea.

–¿Ah, sí? –lo desafió ella.

–Sí. Y harás lo que yo te diga –añadió él con autoridad.

Kate debió apartarse entonces, al ver la expresión en sus ojos que mostraba lo excitado que estaba, y no solo por la discusión. Sabía que debía luchar para soltarse, pero sus manos eran muy hábiles y conocían su cuerpo demasiado bien. Guy comenzó a acariciarle los hombros y fue bajando por los brazos. No necesitaba hacer más. Ella se entregó decidida, sorprendida por la fuerza de su propio deseo.

–No –murmuró él con suavidad, apartándola de su lado–. No es el momento ni el lugar.

Le tomó la mano y la llevó de nuevo al jardín. Se oían las fuentes a lo lejos y el aroma de la lavanda flotaba en el aire. La condujo a través de una puerta de hierro que daba a un patio que estaba en el territorio de los jardineros. La mantuvo muy cerca de él mientras la conducía por una fila de escaleras de piedra que descendían hacia la oscuridad. Kate agarró su mano con fuerza y se preguntó adónde la llevaba.

Sus pisadas resonaban en la oscura y silenciosa noche y, cuando llegaron al final de las escaleras, Kate no pudo resistirse a echar una mirada ansiosa hacia arriba, por donde habían bajado.

–¿Tienes pensamientos prohibidos? –sugirió Guy.

–La verdad es que no –dijo, aunque temblaba y no por el frío, porque el aire allí abajo era caliente, sino de deseo y expectación.

–Si tan segura estás –dijo con una sonrisa. Luego, abrió una pesada puerta de roble que daba a un cobertizo enorme y muy iluminado, con el suelo de piedra. Estaba lleno de filas de pequeñas plantas en macetas, esperando a ser transplantadas fuera. Guy oyó el gritito de Kate y se dio la vuelta–. No es lo que esperabas, ¿verdad?

Desde luego, no lo era. Con una de las casas más bonitas de Europa a su disposición, aquel sitio era un lugar extraño para una cita romántica, si era lo que intentaba.

–¿Estás seguro de que no me has traído aquí para encerrarme y luego tirar la llave?

–No había pensado en eso –admitió él–, pero no me des ideas.

Cuando Kate vio que se alejaba, no pudo evitar decir:

–No me dejes.

–No tardaré –le prometió Guy–. Quédate aquí. No estás asustada, ¿verdad? –sugirió sonriendo.

–Por supuesto que no –contestó ella, aunque tenía todos los síntomas: su corazón latía con fuerza y sus pulmones bombeaban a toda velocidad.

–Si me disculpas por unos momentos –dijo, haciendo una reverencia burlesca.

Kate se abrazó a sí misma para entrar en calor y miró a su alrededor. Las filas de plantas parecían prolongarse hasta el infinito. Pero no había esquinas oscuras, así que no tenía por qué estar nerviosa. Comenzó a tararear una canción pero, mientras pasaban los minutos, se planteó más de una vez subir las escaleras y salir al aire libre.

–Gracias por esperar.

Kate se dio la vuelta al oír la voz de Guy y soltó un pequeño grito de sorpresa.

–¡Comtesse de Villeneuve! –exclamó. Luego, corrió al lado de Guy, donde estaba su madre apoyándose en el brazo de su hijo. Ambas se abrazaron efusivamente.

–Muchas gracias por venir al castillo, Kate, *chérie*. Después del accidente… –se detuvo e hizo un gesto con la mano para demostrarle que no podía hablar de la tragedia–. Ahora solo dejo mi habitación para ver mis plantas. Guy creyó que estaría aquí porque es mi hora habitual.

–Pero no puede quedarse ahí arriba, sola –dijo Kate impulsivamente–. Ha de venir a la casa a visitarme –concluyó, y tomó la mano de la mujer agarrándola con fuerza.

–Nunca abandono el castillo –explicó la condesa en tono de disculpa–. No me siento segura, no desde el accidente.

–Se sentirá segura conmigo –le prometió Kate con fervor.

–Ya veremos –dijo la condesa con nostalgia–. Ahora, Guy, ¿me llevas arriba? Ven con nosotros, Kate. Guy te llevará a casa cuando me haya dejado en mi habitación.

–La he echado de menos –dijo Kate con timidez.

–Yo también a ti, querida Kate. Más de lo que imaginas –contestó la condesa mientras le acariciaba el pelo a Kate.

–Parece como si hubieras perdido un penique y hubieras encontrado una libra –exclamó Megan a la mañana siguiente, mientras fregaban las ollas.

Kate se llevó las manos a las mejillas y recordó su encuentro con la condesa, el cual había compensado su perdida de control con respecto a Guy. Afortunadamente, al tener a su madre en la cabeza durante el camino de vuelta, Guy dejó de lado las bromas. A Megan se le iluminó la cara al escuchar el encuentro con la condesa.

–Puede que no sea mucho –dijo sabiamente al escuchar lo corta que había sido su aparición–, pero es el primer paso hacia la recuperación. Ahora hemos de persuadirla para que venga aquí.

–¿Qué tal tu migraña? –preguntó Kate, aunque Megan parecía en plena forma.

–Eso no importa. ¿Detecto un brillo especial en esos ojos verdes? –preguntó Megan–. Y no me digas que eso que tienes en el cuello es una marca –dijo furiosa mientras frotaba con fuerza la sartén.

–No sé lo que te imaginas, pero te aseguro que Guy no tiene ningún interés romántico en mí. Y, respecto a la marca, simplemente me froté demasiado fuerte con la toalla esta mañana, después de la ducha.

–Si tú lo dices.

–Sí que lo digo.

–Bien entonces –suspiró Megan– ¿Y funcionó mi pequeña artimaña?

–¿Tu pequeña artimaña?

–Sí. Ya ves, pensé que si te dejaba a solas con él…

–¿Me dejaste a propósito? –exclamó Kate con incredulidad–. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Cómo pudiste dejarme a solas con Guy?

–Lo estropeé todo con lo de los pinceles, así que pensé que dejándoos solos resolveríais todos vuestros problemas.

La expresión de Kate pasó entonces de sorprendida a alucinada al darse cuenta de lo que pretendía Megan.

–¿Qué? ¿Pretendías que lo comprara con mi cuerpo?

–Es una idea.

–¡Megan! De cualquiera me lo esperaría, pero de ti…

–Pues soy yo –dijo Megan con sequedad.

–Lo sé –dijo Kate dándole un abrazo –. Sigues siendo tan mala como siempre.

–Eso espero.

–Pero, para tu información…

–¿Sí? –preguntó Megan ansiosa.

–No pasó nada –dijo ella rotundamente. Y eso era todo lo que estaba preparada para admitir, a pesar de que Megan le estaba echando una de sus miradas de ojos entornados. Y se dio cuenta de que era gracias al autocontrol de Guy, más que a su fuerza de voluntad, por lo que podía hacer aquella afirmación.

–Qué pena.

–Eres imposible, Megan O’Reilly –suspiró Kate con

exasperación–. Acostarme con él no es la solución.

–Para ti quizá no, pero sí para el resto de las mujeres del mundo.

–No me desea, ya te lo he dicho –afirmó, decidida a sacarle de la cabeza a Megan su magnífico plan de una vez por todas–. Solo está jugando, como siempre. Y, si por alguna absurda razón, me acostara con él, ¿cómo crees que reaccionaría al descubrir que lo había estado engañando?

–¿Y realmente crees que puedes hacerlo?

–¿El qué?

–Engañarlo –dijo Megan no muy convencida.

–Bueno, puedo intentarlo –dijo Kate, sintiéndose desalentada al instante al darse cuenta de la enormidad de aquel reto. Desde luego, era una complicación de la que podía prescindir.

–¿No has intentado hablar con él?

–No hay manera –dijo Kate–. Está absolutamente convencido.

–Bien entonces –suspiró Megan frunciendo el ceño–. Si la confrontación directa no da resultado, dejaremos que se haga a la idea poco a poco.

Kate pensó que, a lo mejor, Megan no se daba cuenta de a lo que se enfrentaban. Incluso aunque tuvieran la aprobación de Guy, una cosa era esperar de Megan que caminara por la casa con una vela por la noche, pero era más difícil imaginar a los huéspedes haciendo eso.

–No te preocupes, ya se me ocurrirá algo –dijo, tratando de sonar más segura de lo que se sentía.

–Esa es mi chica.

–Ya lo verás –prometió Kate al recordar todo lo que se estaba jugando su amiga.

–Claro que sí, cariño –dijo Megan para tranquilizarla.

Luego, el sonido del móvil de Kate las devolvió a la realidad.

–Supongo que no querrás contestar, ¿verdad? –preguntó Kate.

–Ni hablar –dijo Megan sonriente.

Kate dudó un momento antes de contestar al teléfono.

–¿Y bien? –preguntó Megan tras un periodo de susurros por parte de Kate salteados con alguna que otra afirmación de cabeza–. ¿Quién era?

–Madame Duplessis –dijo Kate sorprendida–. ¡La condesa ha preguntado si puede venir a vernos!

–Te lo dije –dijo Megan con entusiasmo–. Ha dado el primer paso, gracias a ti.

–No me sobreestimes –dijo Kate–. Fue Guy el que nos reunió.

–Pero ahora depende de nosotras el hacer todo lo que podamos para ayudar –señaló Megan.

–Lo sé –convino Kate.

–Esa pobre mujer no ha salido del castillo desde el accidente, y hace más de seis meses.

–Yo estoy tan ansiosa como tú.

–Depende de nosotras el curar su espíritu, traerla aquí y entonces…

–¿Confesarle nuestros planes? –preguntó Kate, bajando a Megan a la realidad.

–Sí, ¿por qué no? –coincidió ella–. Quizá ella pueda hablar con Guy.

–No –dijo Kate con firmeza–. Lo último que necesita la madre de Guy es verse inmersa en una disputa entre nosotros.

–Es más dura de lo que piensas –dijo Megan.

–No quiero arriesgarme a disgustarla –dijo Kate– Y, a pesar de lo que intentes decirme para hacerme sentir mejor, recuerda que estoy engañando a su hijo.

–¡Maldita sea! –exclamó Megan–. Guy sobrevivirá.

–Quizá –murmuró, no muy convencida, preguntándose si su amistad con él también lo haría. Cuando heredó la casa dio por sentada la ayuda de Guy. Se daba cuenta entonces de lo apresurado de su suposición. Pero lo último que esperaba era que le prohibiera llevar la casa como quisiera. Parecía que el gesto de tía Alice le había salido por la culata y que era aquello lo que apartaba de ella a Guy–. No puedo fingir que no sé nada de los convenios –razonó Kate–. Pero, si te soy sincera, aún no los he leído en condiciones.

–¿Qué? –explotó Megan–. Eso sí que no es propio de ti, Kate. Debes de estar enferma, o enamorada.

–No me hace falta leerlos para saberlo. Guy ya me ha advertido más que suficiente. Está decidido a seguirlos al pie de la letra.

–Tonterías –dijo Megan–. Guy está acostumbrado a dar instrucciones, eso es todo. Está acostumbrado a que se le obedezca al instante, me atrevería a decir. Pero no te había visto en diez años, más o menos. Tendrá que acostumbrarse de nuevo a las grandes confrontaciones.

Kate se rio con ironía. Sabía que no iba a ser tan fácil. Megan no sabía lo testarudo que podía llegar a ser Guy cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

–¿Anoche Guy no?… ya sabes –preguntó Megan de forma extraña.

–No te perdiste nada después de ser enviada de vuelta aquí.

–¿Enviada? –exclamó Megan–. Bueno, supongo que un taxi, por muy confortable que sea, no puede compararse con la limusina. No si la limusina la conduce un hombre atractivo con uniforme y gorra.

–Veo que, al menos, tú te lo pasaste bien –dijo Kate con amargura.

–No me digas que tú no –preguntó Megan con astucia. Luego, alzó las cejas al escuchar el móvil de Kate de nuevo–. ¿No vas a contestar? –preguntó al ver dudar a Kate.

Finalmente, Kate contestó y al cabo de un momento colgó.

–Veo que te has convertido en una experta en el arte de la llamada silenciosa… ¿Y ahora has tomado el voto de silencio?

–Lo siento –murmuró Kate distraída, pensando en la llamada.

Guy había sido muy breve y conciso. A primera vista solo había llamado para asegurarse de que habían disfrutado de la velada. Kate había escrito una nota de agradecimiento que estaba lista para ser enviada. Pretendía mantener las cosas en tono formal. Pero había notado en Guy un tono en su voz que no había oído antes, difícil de explicar. Estaba listo para perdonarla. Habría dado por hecho que ella aceptaría su petición de no llevar un negocio en la casa. Después de todo, ¿por qué debería? Ya había ganado mucho dinero. Pero Freedom Breaks era algo más que un negocio para ella. Era una misión para devolver la casa a la vida, para restaurar el santuario que tía Alice creó una vez para ella y para reconstruir todo lo que se había perdido seis meses atrás, cuando el padre de Guy había llegado para llevar a tía Alice al castillo en su nuevo coche y había perdido el control. Pero todo eso quedaba en el pasado. Guy tenía la vista en el futuro. Y Kate sabía que sus planes de negocios no dejaban lugar a los sentimentalismos.

De pronto sintió que tenía que salir de allí y hacer que todo tuviera sentido.

–¿Te importa que salga a dar una vuelta? –dijo en tono distraído–. No tardaré.

–Tarda todo lo que quieras –dijo Megan–. Hay muchas cosas aquí que puedo ir haciendo.

Kate se dirigió al lugar en el que había disfrutado del picnic con Guy a su llegada a La Petite Maison. Necesitaba estar sola, y había algo terapéutico en los jardines de la casa. Jardines que se extendían hasta el riachuelo y que, al estar cuidados de nuevo, tenían una mezcla de diseño e informalidad. Solo tenía que

caminar por ellos para notar sus beneficios y aspirar la calma. Los días se hacían más largos y cálidos, y los aromas a su alrededor más intensos y evocativos. Su niñez parecía muy cercana, casi al alcance de la mano.

Recordaba los días en los que observaba a Guy desde la distancia mientras caminaba con sus amigos. Escuchaba su voz grave, y de fondo la risa de las otras chicas. Cómo las odiaba Kate, con su sofisticación y madurez, mientras ella no era más que una niña con las rodillas sucias y hierba en el pelo. Pero la voz de Guy la calmaba e hipnotizaba con su profundidad. Pero, desde su charla en el castillo, se había dado cuenta de que la atraía algo más que el tono de su voz. Había una intimidad entre ellos que antes no existía. Y aquello solo le hacía desear llevar su amistad a algo más. Pero, mientras la viera como a una niña, eso nunca ocurriría. Sacudió la cabeza al darse cuenta de lo tonta que había sido.

Era una locura imaginar que la relación con Guy, conde de Villeneuve, pudiera llegar a algo más. ¿Pero y si ocasionalmente su amistad sobrepasase la línea? Guy había dejado claro que no había sido más que un tropiezo momentáneo. ¿Pero cómo podría ella quedarse parada sin hacer nada cuando la tragedia lo había golpeado de tal modo? Podía ver, entonces, que había sido inútil esperar restaurar las posesiones de tía Alice. Se daba cuenta de que el dolor que el accidente les había causado a Guy y a su madre era diferente.

Kate casi podía imaginar que no había pasado nada de tiempo y que, en cualquier momento, aparecería Guy con su grupo de amigos. Se quitó las sandalias y se sumergió en una exuberante zona de césped y hierbas salvajes. Luego, seleccionó una ramita, la deshojó y se tumbó al sol con los ojos cerrados, mordisqueándola pensativa.

–Hola.

–¡Guy! –exclamó ella tras abrir los ojos. Vio que parecía más guapo y deseable que en su imaginación.

–¿Qué te trae por aquí? No, no te levantes. Pareces muy cómoda ahí. ¿Eres feliz, Kate?

La culpabilidad apareció en su cara antes de poder hacer nada por evitarlo.

–¿No? –preguntó él, haciéndola sentir incluso peor.

–Guy, los convenios… –comenzó a decir Kate, decidida a acabar con eso de una vez.

–*Pas maintenant* –dijo él levantando las manos–. Ya he tenido

suficientes negocios por hoy.

Mientras Guy se pasaba una mano por el cuello, Kate vio la tensión en su cara.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella, aunque veía que había estado montando a caballo. Cabalgando rápido, a juzgar por el estado de su camisa. Se quitó los guantes de montar y los tiró al suelo, mientras Kate se incorporaba para sentarse. Se encontró a sí misma frente a sus piernas musculosas.

–Yo pregunté primero –le recordó él.

Kate sintió la boca seca al ver cómo Guy entornaba los ojos mientras aguardaba su respuesta. Y, cuando ella miró hacia el sol tratando de buscar una explicación, él se arrodilló y tomó sus manos.

–No te preocupes –dijo él con una sonrisa–. Hace un día espléndido. Sé feliz, Kate.

Entonces quiso contárselo todo. Pero mientras él la acercaba más a su cuerpo, no podía pensar en otra cosa que no fuera estar en sus brazos. En cambio sentía que aquel abrazo no era el de un amante, era algo más. Era algo único y preciado, como la chispa de felicidad que ella sentía cada vez que él estaba cerca; pero era prudente y casto, así que satisfacía todas sus necesidades y, a la vez, ninguna. Si aquello era lo único a lo que podía aspirar, lo aceptaría.

–Soy feliz –contestó ella acercándose a su pecho para sentir sus latidos.

–¿Te importa? –preguntó él, guiándole la mano hacia los botones de su camisa.

–¿Qué?

–Si me quito la camisa.

Kate ansiaba desabrocharle cada botón, lentamente. No era difícil imaginar cómo sería deslizar la camisa negra sobre sus hombros, sentir la calidez de su piel bajo sus dedos, familiarizarse con su textura.

–¿Estás segura de que no te importa? –repitió.

–No, por supuesto que no –dijo ella, orgullosa de sí misma por sonar tan racional.

Guy dio un suspiro de satisfacción al quitarse la camisa.

–*C'est bon* –dijo, estirándose junto a ella.

¿Es que no se daba cuenta de nada?, se preguntaba Kate tratando de disimular mientras lo miraba asombrada. Sus piernas ya las conocía bien, pero descubrió que su estómago estaba plano y, al igual que el pecho, musculoso. Tenía algo de pelo en el pecho

que se prolongaba hacia abajo, hasta donde desaparecía bajo los pantalones. Kate se alarmó cuando él cambió de postura, pero solo se disponía a tomar su propia ramita para mordisquear. Por un momento, Kate pensó en la idea de lanzarse sobre él, pero sabía que se burlaría de ella, así que solo se recostó con la cabeza en la hierba. Estaba lo suficientemente cerca para oírlo respirar y lo suficientemente lejos para conservar lo que le quedaba de cordura.

–Me encantó tenerte en el castillo anoche –dijo, como si le costara trabajo respirar–. ¿Te lo pasaste bien?

–Fue genial cuando vino tu madre.

–A ella le encantó verte, te lo aseguro.

–Y la comida fue estupenda, y el vino también –dijo Kate mientras las imágenes se sucedían en su cabeza–. Y el lugar era excelente, pero eso ya lo sabes, claro.

Se detuvo, y Guy emitió un sonido que parecía demandar más de ella. Pero ella se preguntaba qué más podría decirle. Cuando Megan se marchó para la casa, el aire se cargó de algo indefinible, aunque sabía que había sido producto de su imaginación. En el momento pensó que era una tensión que ambos sentían, pero se daba cuenta entonces de que no era así. La había besado en la mejilla cuando la llevó a casa. Pero, antes, cuando ella había intentado acercarse, la había rechazado. Por supuesto, también estaba todo lo de aquel primer beso, a su regreso a Francia. Entonces sí que no había habido nada de casto.

–¿Soñando despierta, Kate?

Fue su turno para contestar con un sonido incomprensible que no decía nada.

–Anoche –dijo Guy de pronto, apoyándose sobre su codo para mirarla–. ¿Fue todo agradable para ti?

Kate pensó que era la pregunta apropiada en la ocasión equivocada. Se giró y se tumbó sobre su estómago antes de contestar.

–Fue una velada estupenda para mí, al igual que para Megan.

–Eso está bien –murmuró él mientras deslizaba una brizna de hierba por el cuello de Kate.

–¿De verdad? –preguntó ella sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

–Sí. He pensado que esta vez podría enseñarte los calabozos. ¿Qué te parece?

–Si no me dejas allí encerrada –contestó ella.

–A lo mejor –bromeó él mientras pasaba la brizna por el brazo

desnudo de Kate. Sonrió con satisfacción al ver su reacción–. Sigues siendo tan sensible como siempre.

–Háblame de los calabozos –dijo ella para intentar distraerlo.

–Están oscuros, tranquilos y secos –comenzó Guy, mientras desviaba la atención hacia su cuello de nuevo. Apartó su melena rubia y comenzó a mover la brizna de hierba rítmicamente–, y son muy cálidos y privados.

–¿Y qué ocurre allí actualmente?

–Eso depende de quién esté allí –murmuró Guy.

Kate contuvo la respiración. Sentía su aliento en la oreja, acariciando su piel. Definitivamente, aquel era el momento.

–¿Nos bañamos?

–¿Bañarnos? –preguntó ella sorprendida y se dio la vuelta para mirarlo.

Pero incluso aquello fue un error, porque él se puso encima de modo que tuvo que mirarlo a los ojos directamente. Se había colocado como si fuera a besarla. Solo tendría que bajar la cabeza dos o tres centímetros.

–Creo que el agua fría nos refrescará –dijo él apartándose de encima para ponerse de pie, Luego, se quitó las botas de montar y gritó–: Vamos, Kate. El último en llegar al agua es tonto.

Kate sentía las extremidades como si fueran de goma, en vez de hueso, y se dio cuenta de que sentía tanto calor entre sus muslos que estaba más ansiosa que él por llegar al agua. Al menos allí no se notaría que tenía el tanga húmedo. En su carrera por llegar antes que él, tropezó y habría caído al agua de no ser porque Guy la agarró antes.

–No puedes soportar perder un desafío –dijo él mientras la sujetaba sobre el agua.

–¡Suéltame! –insistió ella con fiereza. Y la soltó. La dejó caer a sus pies de modo que, por un momento, quedó sumergida–. ¡Bestia! –gritó ella, lanzándose sobre él. Tuvo suerte, porque lo pilló desprevenido, perdió el equilibrio y cayó al agua. Quedaron los dos bajo el agua. Guy se recuperó primero y alzó a Kate con un brazo para ponerla frente a él.

–Antiguamente podría haberte encerrado en los calabozos por eso –bromeó él mostrando sus dientes blancos con orgullo al sonreír–. O podría haberte azotado.

–No te atreverías –replicó Kate.

Por un momento permanecieron de pie sin identidad, frente a frente en medio del riachuelo. Saltaban chispas entre ellos. Kate tenía la ropa empapada, dejando ver que no llevaba nada debajo

salvo su diminuto tanga. Guy, con el pelo mojado sobre su tez bronceada, con el pecho descubierto y los pantalones como segunda piel, parecía un barón de Rumania más que el educado aristócrata francés que era. Con actitud desafiante, Kate dio una patada al agua para mojarlo de nuevo. Al ver la mirada en su cara, chilló excitada y comenzó la persecución.

Guy le dejó ventaja, como siempre. Pero luego la alcanzó a la entrada del prado, el lugar silencioso rodeado de árboles donde Kate solía esconderse de niña. Cuando se encontraba dentro del círculo de árboles creía haber encontrado su propio País de Nunca Jamás, donde nadie iba, donde hasta el canto de los pájaros parecía enmudecer y el sol entraba a través de los árboles. Pero, en ese momento, Kate pataleaba mientras Guy la llevaba en brazos a través del claro.

–¿Y ahora qué hago contigo? –preguntó mientras la depositaba en una alfombra de musgo.

–Déjame –dijo ella en voz baja.

–Tengo una idea mejor –dijo arrodillándose junto a ella.

–¿Cuál? –preguntó Kate mientras se apartaba el pelo de la cara.

–Esta –dijo él, tomándola en sus brazos.

Capítulo 7

KATE todavía estaba excitada por la persecución, y no le costó nada dirigir su excitación hacia otro lado. El tacto del pecho de Guy contra su blusa mojada fue suficiente. Se encontraba en una montaña rusa donde no existían las reglas. Con un gemido, Kate pasó los brazos alrededor del cuello de Guy para acabar con aquel tormento de una vez por todas. ¿Por qué no besarlo y hacer que él la besara a ella? Pero Guy se limitó a agarrarla por las caderas y apartarla de su lado hasta que yació tendida y exhausta junto a él.

–¿Realmente pensabas que dejaría que me sacaras ventaja? –preguntó él con ironía.

Estaba tan cerca que Kate podía ver las motitas azules en sus ojos grises. Tan cerca que parecían compartir el mismo aliento, el mismo aire.

–¿Sacarte ventaja? –susurró Kate–. ¡Déjame, déjame! –exclamó luchando por no detener la vista en su boca. Pero él le había tomado las muñecas con una mano y la otra descansaba sobre su cuerpo, de modo que ella solo se retorcía en el suelo.

–¿Cómo puedo dejarte? –preguntó él–. A las gatas salvajes hay que domesticarlas.

Kate soltó un grito, producto de su frustración. Cuando vio que su mirada se oscurecía, supo el motivo. Por fin Guy había dejado de ver a la niña y veía a la mujer en que se había convertido. Fue una revelación para él que hizo que sus rasgos se suavizaran. Le soltó las muñecas y tomó su cara entre sus manos. La quietud a su alrededor era total, como si la naturaleza contuviera la respiración. Acto seguido, Guy agachó la cabeza y la besó. Fue la experiencia más sensible y sensual que Kate había tenido jamás.

–¿Es eso lo que querías, Kate? –murmuró él retirando la cabeza, sin la menor intención de profundizar en el beso–. ¿O quizá esto… *ceci*? –sugirió mientras acariciaba su cuello con las manos. Luego, bajó hasta los hombros y vio ansioso cómo ella intentaba disimular los movimientos de sus caderas–. Quizá no –susurró al fijarse en los pezones erectos de Kate.

Kate consiguió incorporarse para sentarse y lo miró desafiante. Él no pudo mantener la mirada, que se desvió en dirección a sus

pezones, que parecían llamarlo desde debajo de la blusa empapada. Pero, justo cuando ella empezaba a sentir que le llevaba ventaja, él se echó a reír.

–Eso te gustaría, ¿verdad, dulce Kate? –preguntó manteniendo la distancia entre ellos.

–¿Qué quieres decir? –dijo ella con voz firme, en vez de volver al combate–. No te entiendo.

–Pues déjame que te lo explique –murmuró Guy mientras enrollaba un mechón del pelo de Kate en su dedo–. Te gustaría verme perder el control, rendirme a tu deseo y servirte como un esclavo.

–¡No! –exclamó ella asombrada por lo escandaloso de su sugerencia. Y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, él tomó su barbilla con una mano.

–No estoy de acuerdo –dijo él en voz baja–. Creo que eso es exactamente lo que quieres que haga, pero no va a ser así, Kate.

Entonces la besó. Solo fue un roce de sus labios acompañado por un sonido de negación cuando ella le pidió que siguiera.

–A mi manera –insistió él tras oír su queja–, o de ninguna manera.

Pero su manera iba cobrando cada vez más fuerza y, finalmente, a Kate se le escapó un gemido de placer cuando él introdujo la lengua en su boca, explorándola con una habilidad que la dejó pasmada, con movimientos de avance y retroceso.

–¿Mejor ahora, Kate? –preguntó irónico tras elevar la cabeza–. ¿O aún no es suficiente?

–Creo que sabes cuál es la respuesta –dijo ella con voz áspera, ajustando su boca a la de él cuando la besó de nuevo.

Guy la ayudó a quitarse la blusa como si no pudiera soportar separarse de sus labios ni un momento. Cuando se la hubo quitado, dirigió las manos hacia sus pechos. Luego, se tumbó en el suelo y la colocó encima de él, pero manteniendo la distancia, de modo que los pezones de Kate estuvieran solo a unos centímetros de su cara.

–Ahora, aliméntame –ordenó el con suavidad, mientras elevaba las cejas desafiante. Poco a poco la fue bajando hasta que uno de sus pezones rozó los labios de Guy. Fue entonces cuando empezó a juguetear con la lengua hasta el punto de que Kate pensó que se iba a volver loca. Pero él no mostró compasión y la sentó a horcajadas sobre el regazo para que pudiera sentir su erección contra ella. En ese momento Kate lo deseaba hasta límites insospechados.

Sin embargo, en el momento en que él fue a quitarle la falda ella se alarmó.

–¡No! –gritó asustada, y luego se alejó de él.

–*¿Non?* –preguntó Guy con suavidad al oír el pánico en su voz.

–No, no puedo –dijo moviendo la cabeza. Se quitó de encima y se sentó a su lado, abrazada a las rodillas.

–¿Qué ocurre? –dijo Guy, pasando un brazo protector sobre sus hombros–. Cuéntamelo, Kate. ¿Cuál es el problema?

–Simplemente no puedo. Solo eso –contestó ella tras hundir la cara en las rodillas.

–Mírame –insistió él–. *Non*, Kate. Mírame, no te des la vuelta. Algo te ha disgustado y debes decirme lo que es.

–Mi pierna mala, es horrible –dijo ella en un murmullo.

Guy permaneció quieto unos segundos y luego hizo que lo mirara.

–Kate, Kate. Déjame decirte que no hay una sola parte de ti que pueda encontrar horrible.

–Sí la hay –replicó ella con certeza en la mirada.

–Enséñamelo.

–No puedo.

Guy la tumbó en el suelo con ternura y lentamente le levantó la falda para dejar expuesta la cicatriz, que bajaba por su pierna izquierda hasta casi la rodilla.

–Me tuvieron que poner una placa tras el accidente –explicó ella–. Ahora di que no es horrible.

–Creo que eres preciosa –dijo Guy–, y eso significa cada parte de ti. Esto no hace que cambie de opinión. Sigo pensando que eres preciosa –añadió. Entonces agachó la cabeza y besó la cicatriz de arriba abajo–. Ven aquí. Quédate aquí conmigo y olvida lo que ha pasado. No pienses en nada más que el hecho de que has vuelto a mí, has vuelto a Francia, y no dejaré que nada te hiera.

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, Kate pensó que ya había visto la herida de la pierna, pero no había visto la herida que su confianza había causado en ella.

–¿Dónde has estado? –preguntó Megan al ver llegar a Kate poco antes de anochecer–. Dijiste que ibas a dar un paseo, no a correr un maratón. Y mírate. Tu falda está hecha un desastre. ¿Estás bien?

–Estoy bien –dijo Kate al mirar hacia abajo y ver su ropa–. Deja de preocuparte por mí, Megan. Ya soy mayorcita.

–Ah, claro –contestó Megan claramente contrariada.

–Me encontré con Guy.

–Ahora sí que me sorprendes –murmuró Megan.

–Me caí en el riachuelo.

–Y él te pescó.

–Más o menos.

–¿Te has herido algo?

–Solo el orgullo.

–Bueno, eso está bien porque tengo algunas noticias para ti.

–Continúa –dijo Kate, que sospechaba que las noticias serían malas, por la manera en que Megan echaba miradas furtivas a través del espejo mientras fingía estar muy ocupada organizando los pinceles.

–Tres de nuestros huéspedes llamaron preguntando si podían venir un poco antes, así que yo llamé a los otros y les dije…

–Megan, dime que no…

–Como vamos a invitar a medio pueblo a nuestra fiesta de inauguración, pensé que era una ocasión que no deberían perderse.

–¿En serio hiciste eso? –preguntó Kate con una mirada de exasperación.

–Sí, en serio –admitió Megan, mirando a Kate como pidiendo perdón–. Se acerca el fin. Y, desde luego, esta no es la mejor forma. No puedo soportar verte tan estresada por esto. Después de todos estos años deberías saber que no hay quien pueda engañar a Guy. Creo que deberías asearte y luego contárselo todo.

–No, Megan –dijo Kate con firmeza–. Puedo asegurarte que…

–Asegúrame lo que quieras, pero él es tan cabezota como tú y tiene mucho de lo que preocuparse ahora, con el castillo, el negocio y la recuperación de su madre. Yo creo que cuanto antes salga todo a la luz, mejor.

–Como bien has dicho, tiene mucho de lo que preocuparse –dijo Kate–. Pero, ¿dónde sugieres que me enfrente a él? ¿Delante de nuestros primeros huéspedes?

–Y de medio pueblo –le recordó Megan.

–Lo siento –dijo Kate, pasando un brazo sobre los hombros de Megan para abrazarla–. Sé que tienes razón. Parece que no puedo encontrar el momento apropiado. Y deja de mirarme así. ¿Hay noticias sobre la electricidad?

–Ni una palabra –dijo Megan.

–Pues déjamelo a mí. ¿Estás lista?

–Más que nunca –confirmó Megan.

–Puedo hacer que me traigan verduras frescas del castillo, así que ese no es problema –dijo pensativa. Además, Guy había dicho que estaría fuera unos días, así que no tenía de qué preocuparse. Para cuando regresara todo funcionaría a la perfección–. Me alegro de que les dijeras a nuestros huéspedes que vinieran antes, Megan. De repente no puedo esperar a ver esto funcionando a pleno rendimiento.

Solo unos días después, la llegada de los primeros huéspedes pilló a Kate totalmente por sorpresa. Megan estaba en el jardín de atrás colocando unos caballetes bajo un toldo donde pretendía dejar que los niños del pueblo probaran sus habilidades artísticas durante la fiesta. Y Kate estaba en la cocina preparando comida con un delantal blanco en cuyos bolsillos se encontraba todo lo que podía serle útil, como un sacacorchos. Las puertas y las ventanas estaban abiertas para que ambas pudieran comunicarse. Además, los aromas de la comida se habían extendido por toda la casa y todo olía de maravilla.

Kate estaba tan concentrada decorando una de las tartas que no oyó el primer golpe en la puerta, pero el segundo, algo más sonoro, dirigió su atención hacia la puerta. Dejó la manga pastelera y se dirigió a la puerta.

–¡Adelante! –gritó mientras se acercaba a la entrada–. *Madame la Comtesse!* –exclamó al ver a la madre de Guy en la puerta, acompañada por Madame Duplessis.

–Ah, sabía que sería un mal momento –dijo la condesa dando un paso hacia atrás y llevándose una mano a la boca.

–En absoluto –insistió Kate.

–Bueno, si estás segura –dijo la anciana, dubitativa, observando por encima del hombro de Kate–. Es que se habla tanto de esto que no pude resistir venir a ver. No es que yo escuche los cotilleos –dijo con rapidez–. Pero es que todo el mundo está tan excitado con la fiesta que… pero yo no debería acudir.

–¿Por qué no? –preguntó Kate, que esperaba que Madame Duplessis la respaldara. Pero, antes de que esta pudiera hablar, Megan exclamó desde dentro:

–¿Por qué no?

–¿Megan? ¿Qué haces aquí? –preguntó la condesa, como si sus ojos la engañaran.

–Estoy aquí para inyectar un poco de caos en casa de Kate –dijo mientras tomaba las manos de la condesa y se las llevaba a los

labios–. Está usted pálida –añadió con su habitual franqueza.

–Bueno –suspiró la condesa–. Dicen que debería venir a la fiesta. ¿Tú qué opinas, Megan?

–¿Qué daño podría hacerle? –peguntó Megan.

–Soy demasiado vieja para este tipo de cosas.

–Tonterías –insistió Kate quitándose el delantal–. Además, no me vendría mal un poco de ayuda –añadió. Ignorando la mirada de sorpresa de Madame Duplessis, Kate continuó explicando su plan mientras conducía a la condesa hacia una confortable silla–. Ya ve, *madame*, que habrá mucha más gente de la que imaginé al principio.

–El lugar estará a rebosar –añadió Megan con entusiasmo–. Estamos desesperadas por un poco de ayuda.

–Yo podría ayudar –se ofreció Madame Duplessis, buscando confirmación en la condesa.

–Ambas podríamos –declaró la condesa mientras se acomodaba sobre los cojines–. Hubo un tiempo en el que yo daba fiestas dos veces al año para todo el pueblo– ¿Te acuerdas, Megan? Tú viniste un par de veces con la querida Alice. Pero, Kate –dijo finalmente, tratando de inyectar algo de vigor en la tristeza–, debes decirnos lo que tenemos que hacer.

–Ha sido una buena jugada por tu parte –declaró Megan más tarde mientras cenaban las dos solas–. Has conseguido mucho más que muchos doctores con la sugerencia a la condesa.

Kate hizo un pequeño gesto para quitar importancia a aquella afirmación y rellenó el plato de Megan con una segunda rodaja de *clafoutis* de cerezas.

–¿Nata? –preguntó, añadió la nata líquida y le pasó el pudin crujiente y esponjoso a Megan. Luego, se recostó en la silla y bostezó–. Me hizo ilusión ver sus ojos brillar de nuevo. Solo espero que sepa en lo que se está metiendo. ¿Crees que estamos preparadas, Megan?

–Sé que lo estamos –dijo Megan con una sonrisa, tras echar un vistazo a la cocina.

Toda superficie disponible estaba llena de tartas y pasteles, y muchas otras las habían llevado al castillo para guardarlas en los inmensos frigoríficos durante la noche.

–Sin duda estás cansada –dijo Megan con comprensión–. Has hecho comida para alimentar a media Francia, no solo a medio pueblo.

–Es que no quería que se sintieran decepcionados.

–Eso seguro que no ocurrirá.

–Y quería causarles una buena impresión a nuestros primeros invitados –añadió Kate, repasando mentalmente las habitaciones–. Flores frescas.

–¿Qué?

–Flores frescas para las habitaciones y para la casa –dijo Kate con cara de preocupación–. Lo olvidé por completo. Y quería unas cuantas para la mesa de fuera –concluyó. Había planeado colocar gran parte de la comida en una mesa enorme en el jardín. La condesa había ofrecido llevar varias mesas para colocarlas juntas, pero las flores…

–Marie Therese dijo que… –comenzó a decir Megan.

–¿Marie Therese? –preguntó Kate con una sonrisa–. Veo que os lleváis muy bien.

–La condesa me pidió expresamente que la llamara por su nombre, como hacía tu tía.

–Bien, continúa –dijo Kate–. ¿Qué te dijo Marie Therese?

–Dijo que podríamos tomar algunas de las de su cobertizo y las del jardín –dijo Megan mientras apuraba el postre.

–¡Pero eso es fantástico! –exclamó Kate, borrando mentalmente otra preocupación–. Así que nuestros primeros invitados llegarán justo antes de mediodía, y el resto poco después.

–En efecto –dijo Megan, sabiendo que se habían fijado un horario casi imposible.

Kate pensó que, aunque los problemas eran varios, el más importante era que Guy apareciese sin avisar. Aunque aquello, más que angustia, le producía excitación.

–Entonces, será mejor que nos vayamos a la cama –dijo Kate–. Mañana va a ser horrible.

–No hace falta que lo jures –murmuró Megan mientras apagaba las velas–. Y espero que tengas razón cuando dices que los huéspedes encontrarán la falta de electricidad como algo novedoso.

–Mientras tengan mucha agua cliente, estarán bien –dijo segura de sí misma–. Y la caldera funciona a toda potencia desde que Giles la arregló.

–Espero que tengas razón –repitió Megan mientras le alcanzaba una vela a Kate para guiarse en la oscuridad–. Y espero que tengan cuidado. Lo último que necesitamos es otro incendio.

–No digas eso, Megan. Te dije que Guy prometió restablecer la electricidad si yo no había convencido a las autoridades locales

antes de que él regresara.

–Supongo que te lo dijo durante la jornada de pesca. ¿La misma en la que desapareciste y volviste que parecías una sirena enamorada? Sí, lo recuerdo. ¿Y piensas decirle para qué necesitas la electricidad tan urgentemente?

–Ya pensaré en algo –dijo Kate distraídamente, sabiendo que, con aquello, Megan le había garantizado una noche inquieta.

Tres solteronas del norte de Inglaterra con mirada ansiosa, un roquero de Bermondsey, pálido y retirado, y un hombre de mediana edad, vestido exóticamente y con más bello facial que Papá Noel, eran los primeros huéspedes. Algo diferente de los ejecutivos que Kate esperaba tras haber anunciado La Petite Maison en la sección de negocios de los periódicos. Por fortuna, Megan se lo tomó con tranquilidad.

–No podría haber salido mejor –declaró, acercándose a la ventana donde estaba Kate para verlos mejor–. Son un grupo interesante de gente, y no estarán muy tensos. Y te aseguro que añaden algo de color.

–¿No podría haber salido mejor? –repitió Kate–. ¿De dónde te sacas eso? –preguntó mientras colocaba unos vasos en una bandeja–. No encajarán. ¿Cómo voy a explicárselo a la condesa?

–Di que son invitados de la casa. Al fin y al cabo es cierto –añadió mientras se dirigía a saludar a las tres mujeres.

Lejos de alarmarse por la falta de electricidad, se sintieron encantadas por el toque rústico de la casa.

–Un momento –dijo Megan–. ¿Quién es ese que viene por el sendero?

–No. No me lo puedo creer –dijo Kate, con el corazón en un puño al ver a Guy acercarse a la puerta. Se sintió aliviada de que Megan sacara a las mujeres por la puerta de atrás. Se oyó cómo se abría y se cerraba la puerta y luego Guy apareció en la cocina.

–Kate.

–¡Guy! –exclamó con demasiada energía–. ¡Qué sorpresa!

–¿De verdad? –dijo él con curiosidad–. He elegido el día correcto, ¿verdad?… Tu fiesta de inauguración, ¿recuerdas? –dijo él al ver cómo Kate lo miraba extrañada.

Así que, al final, lo había conseguido. El hecho de que su corazón latiera a toda velocidad no tenía nada que ver con que sus huéspedes estuvieran pasando frente a la ventana. Kate cambió de posición para que él tuviera que mirar para otro lado.

–Sí, claro, por supuesto –dijo tratando de disimular que se le había quedado la garganta seca al verlo entrar–. Lo siento. Claro que te esperaba. Lo que pasa es que aún no estoy lista del todo.

–Bien –dijo él sin percibir las ondas sexuales con las que llenaba la habitación–. Me alegro de haber llegado el primero porque tengo una sorpresa para ti… ¿no vas a preguntarme lo que es?

Kate trató de contestar pero no le salían las palabras.

–No te preocupes –dijo él con una sonrisa que habría derretido un corazón de hielo–. Se trata del hombre que va a conectar la electricidad. Lo he traído conmigo para que no haya más retrasos. Lo dejé arriba, en el puesto de electricidad de la colina.

–Ah, genial –dijo Kate, preguntándose si podría oír los latidos de su corazón.

Como guiado por una mano invisible, Guy se dirigió a mirar por la ventana.

–¿Quién es esa gente? –dijo con tranquilidad–. No los reconozco.

–¿Qué gente? –preguntó Kate con voz temblorosa.

–¿Son actores para entretener en la fiesta?

Kate escondió las manos detrás de la espalda al darse cuenta de que las estaba agitando alarmada.

–¿O quizá son… huéspedes, Kate? –dijo con un tono de voz que no fue tan efectivo como el silencio que se produjo tras la acusación–. ¿Y bien? ¿No crees que me debas una explicación?

–Dijiste que no te importaba si abría una oficina –dijo ella, y tragó saliva con dificultad.

–Una oficina, no.

–¿Y tan diferente es esto?

–Tan diferente es ¿el qué?

–Mi casa de huéspedes.

–¿Tu qué? –exclamó él.

–Ya me has oído –insistió Kate. No se dejaría intimidar.

–Los convenios sobre La Petite Maison no lo permiten –dijo él con la cara pegada a la suya mientras la aprisionaba con los brazos contra la encimera.

La fuerza de su mirada habría hecho que cualquier persona se arrodillara y pidiera clemencia, pero Kate ya había visto esa mirada antes. Así que elevó la cabeza y se enfrentó a él.

–Bueno, no sabía nada sobre tus condenados convenios cuando empecé a planear todo esto, y ya es tarde para hacer nada al

respecto.

–Es evidente que no has leído los documentos que te entregué, ¿verdad, Kate? –preguntó con fiereza–. Y deberías haber hecho algunas averiguaciones antes de empezar a planear nada. Pero, ¿sabes lo que realmente me molesta? –añadió mirándola fijamente a los ojos–. El hecho de que no fueras sincera conmigo, que no confiaras en mí para contarme tus planes.

–Quizá si no te hubieras puesto tan pesado con los convenios…

–Esto no tiene nada que ver con los convenios, Kate, y lo sabes –le replicó–. Se trata de confianza.

La mantuvo aprisionada contra la encimera, de modo que Kate tuvo que girar la cabeza para evitar su mirada ardiente.

–La confianza entre dos personas –continuó Guy–, requiere que sean sinceras la una con la otra. No muevas la cabeza de esa forma, como si no tuvieras ni idea de lo que hablo.

–Es que no la tengo –dijo ella, preguntándose cuánto tardaría su ira en transformarse en desprecio.

–Te lo explicaré –dijo él–. Me confiaste tu cuerpo, pero cuando se trata de tu vida, me echas. ¿Qué tipo de mujer haría eso, Kate?

Su acusación era sorprendente por su ferocidad, y Kate sentía que en sus venas había hielo donde antes hubo fuego.

–No lo comprendo…

–*Non,* Kate –la corrigió él con amargura–. Yo soy el que no lo comprende ¿De verdad creías que era semejante monstruo?

–¿Entonces qué opinas de mi plan? –preguntó ella.

–Estoy furioso –admitió él con franqueza–. No voy a dejar que esto ocurra.

–Pero está ocurriendo –señaló Kate, tratando de sonar segura.

Guy se apartó de ella con cara de impaciencia. Caminó unos pasos por la habitación y luego, de espaldas a ella, se pasó una mano por el cuello.

–Esto no es un juego, Kate. Ya no eres una niña pequeña. No puedes llegar a Villeneuve después de tantos años y ponerlo todo patas arriba.

–¿Es eso lo que estoy haciendo? –preguntó Kate con suavidad.

–Sabes que sí –murmuró Guy sin darse la vuelta.

Kate ansiaba ir hacia él, decirle cuánto lo sentía y pedirle que volvieran a empezar. Pero la reserva que siempre había tenido, intensificada por la clase social, la detuvo. Guy se dio la vuelta y la miró en silencio, con una cara que no decía nada.

–No hay tiempo de discutir esto ahora –dijo con decisión–. Tienes invitados esperando fuera y muchos más llegarán en

cualquier momento.

–En efecto –convino Kate, aguantando la respiración por lo que diría después.

–Pero recuerda, Kate. Estas fincas y la gente que vive en ellas no existen para mi satisfacción. Yo sirvo a la finca Villeneuve y a todo el mundo conectado con ella. Depende de mí asegurar que el medio en el que vivimos permanezca…

–¿Estéril? –lo interrumpió ella.

–No puedo permitirte llevar una casa de huéspedes aquí –dijo llanamente.

–Y yo no puedo permitir que me digas lo que tengo que hacer –replicó Kate, combativa.

–Quizá si hubieras leído esos malditos documentos, lo comprenderías.

–¿Comprender qué? –preguntó moviendo la cabeza con frustración.

–No hay tiempo. Puede que el futuro de la finca no signifique nada para ti. Pero es mi vida.

–Y una muy aburrida sin personas que la pueblen –señaló ella, testaruda.

–Hay más que suficientes personas en el pueblo –dijo mirando por la ventana–. Esos convenios existen, y si no puedes, o no quieres, acogerte a ellos…

–¿Qué? ¿Lárgate? –sugirió Kate molesta. Vio cómo Guy tensaba la mandíbula, mordiéndose la lengua para no explotar. No estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

–No, eso no –dijo entre dientes–. Eso sería demasiado fácil para ti.

Kate se preguntaba qué era lo que vería Guy. ¿Es que no oía la risa de las seis personas de fuera? ¿No veía la anticipación en sus ojos? ¿Qué pensaría cuando supiera que su propia madre…?

Finalmente se apartó de la ventana y la miró.

–No puedo detener esto ahora –dijo Kate–. Sé que estás enfadado conmigo, pero…

–Estoy más decepcionado que enfadado –dijo con honestidad–, porque no vieras oportuno compartir tus planes conmigo.

Kate le había dicho la verdad. No podía pararlo. Había muchas esperanzas puestas en La Petite Maison. Solo tenía que pensar en todo lo que Megan había dejado atrás.

–Si me obligas, te lo pondré todo lo difícil que pueda –dijo ella.

–De eso no me cabe la menor duda –murmuró él–. Será mejor que te prepares. Todos llegarán de un momento a otro.

–¿Y tú?

–No estropearé tu fiesta –confirmó. Por su cara, podría decirse que estaba teniendo una lucha interna, como si parte de él quisiera que Kate tuviera éxito–. Veo todo el esfuerzo que has invertido en esto –dijo al ver la presentación de los platos sobre las encimeras–. Ya hablaremos sobre La Petite Maison en otro momento.

–Gracias –dijo Kate–. ¿Te vas a quedar?

–¿Quedarme?

–Sí, a la fiesta.

–Si lo hago –razonó Guy en voz alta–, parecerá que apoyo tu decisión sobre la casa.

–Y si no lo haces –argumentó Kate–, la gente del pueblo se preguntará por qué no quieres compartir una ocasión así con ellos.

–Kate, no tienes ni idea, ¿verdad? –dijo apretando los labios–. No te serviría de nada aquí.

–No estoy de acuerdo.

–Claro que no –dijo él–. Nunca lo estás.

Kate sonrió en respuesta y vio cómo otra sonrisa se asomaba a los labios de Guy.

–*Allez* –dijo él con suavidad–. Ve y prepárate para tus invitados.

–¿Estarás aquí cuando regrese?

Contestó solo alzando las cejas, como agradado por que hubiera hecho aquella pregunta.

Mientras Kate se alejaba, sentía la intensidad de su mirada que seguía todos sus movimientos. No sabía si aún estaría allí cuando volviese, pero estaba segura de que aquel asunto entre ellos iba a prolongarse por algún tiempo.

Capítulo 8

NO HABÍA tiempo para pensar en la desaprobación de Guy. Cuando Kate bajó de nuevo, se vio inmersa en multitud de tareas. Mientras había estado preparándose, parecía que todo el pueblo había ido a la casa. Se sintió un poco decepcionada al ver que la cocina estaba desierta, sin rastro de Guy. Pero oyó las conversaciones y las risas que venían de fuera y supo que tenía que estar allí. Había cambiado su indumentaria de trabajo por un sencillo vestido de lino color lavanda y se había dejado el pelo suelto.

Kate sacó del horno un bizcocho de manzana y, tras colocarlo sobre una fuente ovalada y espolvorear azúcar por encima, se dispuso a salir. Antes miró por la ventana y no pudo evitar sonreír al ver a Monsieur Dupont, sin su uniforme de trabajo, rodeado de gente. Luego, se fijó en la mujer de Giles, Elise, que charlaba con Megan, y Madame Duplessis, muy contenta porque atraía la atención del joven herrero del pueblo. Y a alguien se le había ocurrido traer un acordeón que tocaba con tal soltura que algunos se habían puesto a bailar en el jardín.

Kate pensó que la fiesta era un éxito, y más después de ver a la madre de Guy, que se paseaba ofreciendo canapés a la gente del pueblo, que se alegraba mucho al ver su evidente recuperación. Kate pensó que la comida era una buena forma de romper el hielo, así que colocó el helado en un recipiente de plástico, lo puso en una bandeja junto al bizcocho y salió fuera.

–*Félicitations!*

–¡Guy! Creí que te habías ido –dijo Kate sorprendida. Luego, se fijó con detenimiento en su indumentaria. De sus brazos bronceados y musculosos colgaba un paño de cocina–. ¿Qué diablos estás haciendo con eso? –preguntó, antes de darse cuenta de que se había colocado otro alrededor de la cintura.

–Alguien tenía que hacerse cargo de la barbacoa. ¿No creerías que dejaría que Megan…?

–¿Por qué no? Es perfectamente capaz.

–En otra ocasión estaría de acuerdo contigo, pero ahora…

Se encogió de hombros y Kate siguió su mirada hasta ver al

chófer de Guy, que jugueteaba con Megan con pedacitos de tarta.

–Había oído hablar de la tarta de cabello de ángel, pero no de la de Cupido –murmuró Guy mientras tomaba la bandeja que llevaba Kate.

Cuando la gente del pueblo vio a su conde traer más comida, hicieron hueco en la mesa y se formó un corro alrededor de la tarta. Elise se apresuró a servir, y Guy vio que su puesto en la barbacoa había sido suplantado por Monsieur Dupont. Detrás de la barbacoa se había colocado una hielera, que estaba llena de botellas de vino. Guy se quitó su improvisado delantal, llenó dos vasos y volvió con Kate.

–*Buves ceci* –dijo, ofreciéndole un vaso a Kate–. Parece que lo necesites.

Kate vio que había cumplido su palabra. No solo se comportaba como si no hubiese habido disputa alguna, sino que se había ofrecido a ayudar y había entrado en el espíritu de la fiesta.

–Gracias, está delicioso.

–¿Qué olores distingues? –preguntó Guy.

–¿Es tu vino?

–*Naturellement* –contestó–. Ahora, concéntrate y dime qué aromas detectas.

–¿Concentrarme? –preguntó ella. Pensaba que no podría.

–Te enseñaré –dijo Guy dejando su vaso. Se colocó detrás y puso su mano sobre la de Kate–. *¡Belle robe!* –exclamó con suavidad.

–¿Te gusta mi vestido? –preguntó Kate, consciente de que el pulso que sentía en la mano lo sentiría también él.

–En este momento, intento concentrarme en el color del vino.

–Ya veo –dijo Kate fingiendo atención, aunque sabía que su voz la delataría.

–Ahora lo olemos.

–¿Ah, sí?

Tras una breve rotación del vaso, Guy colocó su otra mano en la nuca de Kate.

–Respira con profundidad y dime lo que has descubierto.

Nada que pudiera confesarle, pensó Kate mientras lo obedecía.

–¿Y bien, Kate? –preguntó, esperando oír un comentario erudito.

–¿Miel, melón… rayos de sol? –añadió desesperada.

–*Très bien* –declaró él.

Dadas las circunstancias, Kate no pudo evitar sentirse alagada por el comentario.

–Ahora bebe –ordenó Guy mientras llevaba el vaso a sus labios.

–¿Puedo tragármelo?

–Eso depende de ti.

–Está delicioso –dijo mirándolo con los ojos muy abiertos.

–Ahora, dame el vaso –dijo él mientras le retiraba el vaso de la mano. ¿Bailamos?

–¿Bailar?

–Sí, ya sabes. Yo te sujeto y nos movemos al ritmo de la música.

Tomó su silencio como asentimiento, así que la tomó del brazo y la llevó hacia la improvisada pista de baile. Las mujeres, los hombres y los niños bailaban agolpados al ritmo de la música. Pero, al ver a Guy aproximarse, unos empezaron a dar codazos a los otros, que dejaron de bailar, hasta que los dedos del acordeonista se detuvieron también.

Kate se sintió cohibida de repente y puso una sonrisa de disculpa en su cara mientras caminaba. Quizá aquel era el mejor momento para volver a la cocina.

Guy sintió la inseguridad de Kate y le apretó con fuerza el brazo.

–*Continuez*… por favor –insistió–. Mademoiselle Foster es un poco tímida.

–¡No es verdad! –susurró Kate con fiereza.

Él se encogió de hombros y sonrió mientras la música comenzaba de nuevo.

Kate sintió cómo su seguridad se esfumaba al sentir su tacto. La agarró con fuerza, haciéndole saber que no iría a ninguna parte hasta que él quisiera. Aunque ella tampoco quería irse. Guy siempre había disfrutado cada oportunidad de cebar lo que él llamaba «su espíritu de hierro», y nada había cambiado. Kate no dudaba que fuese a usar su poder, sobre todo en lo que a los convenios se refería. Pero, hasta entonces, aquella restricción era seductora, pensó ella al sentir los dedos de Guy sobre su cuerpo. No pudo evitar buscarlos para explorarlos con los suyos propios.

Guy no hizo ninguna señal de aprobación a desaprobación, simplemente permitió que sus dedos se entrelazaran con los de Kate. Era suficiente. Ella ardía de deseo por él. Él respondió con el mismo ingenio, y deslizó su mano hacia la cintura de Kate, apretando con fuerza mientras bailaban. Kate miró a su alrededor, pero todo el mundo, feliz de que su conde se hubiera puesto a bailar con ellos, había comenzado a bailar de nuevo. Así que nadie vio cómo apoyaba la mejilla contra su pecho para preguntarse

cómo sería dejar que le hiciera el amor apasionadamente.

Kate sentía los contornos de su cuerpo a través de las finas ropas, así que no le costaba trabajo imaginárselo sin nada encima. La imagen de Guy, totalmente desnudo, a su disposición en una cama enorme, era intoxicante. Qué pequeña parecería ella junto a él. La dejaría pasmada, lo que significaba que, si las leyes de la proporción eran ciertas, aquel maravilloso cuerpo que tanto la excitaba poseería la erección más grandiosa que jamás habría visto. Aquel pensamiento disparó un chorro de sensaciones por su columna, hasta llegar a una zona mucho más receptiva.

Sintió cómo Guy apretaba los brazos a su alrededor, como si supiera lo que estaba ocurriendo. Un suspiro escapó de la boca de Kate. Él lo oyó y deslizó una mano por su espalda como para consolarla. Ella siempre supo que Guy sería un amante maravilloso e intuitivo, uno que sabría cómo darle placer hasta que ella tuviera que rogarle que parara. Tal vez fuese muy elegante, encantador y sofisticado en el exterior, pero aquellos ojos expresivos y sus habilidosas manos lo delataban. Pertenecían a un conocedor de las artes amatorias, a uno que la estaba volviendo loca en ese momento.

–Perdóname, Kate… Kate –repitió en voz más alta para despertarla de sus fantasías sexuales.

–¿Perdonarte? –murmuró ella distraída mientras lo miraba con deseo–. ¿Por qué?

–No te he prestado la suficiente atención –dijo él con brillo en la mirada.

¿La había estado desatendiendo?, se preguntó Kate. Si aquello era desatención, no podía esperar a disfrutar de toda su atención.

–No lo había notado.

–*Bien*, he estado hablando con mucha gente –dijo–. Debes de haberlo notado.

–Pues no –dijo Kate, y añadió en tono de justificación–: He estado absorta disfrutando del baile.

–¿Así que eso es lo que era? –preguntó con fingida seriedad.

–¿Qué quieres decir?

–Esos suspiros que dabas –le susurró al oído.

–Bueno, ¿y qué es lo que hablabas con ellos? –preguntó ella nerviosa.

–Ah, las pequeñas cosas que preocupan a la gente.

–Supongo que restablecer tu negocio te habrá robado todo tu tiempo.

–Tienes razón –dijo él–. Debe ser una prioridad si quiero que

florezca. Pero ahora creo que es hora de ponerme al día sobre todo lo que me he perdido.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que ahora tengo tiempo para echar un vistazo a lo que ocurre cerca de casa –dijo misteriosamente, mientras comenzaba a bailar de nuevo.

A medida que el cielo se iba oscureciendo, los bailarines fueron desapareciendo y, poco después, Kate se dio cuenta de que la música había parado.

–No, vosotros dos, no paréis por mí –dijo la madre de Guy acercándose a ellos–. Qué fiesta tan bonita. Te estamos muy agradecidos –le dijo a Kate.

–Ah, no, no es nada.

–Es mucho más que nada –le replicó la condesa–. No tienes ni idea de cómo ha hecho que la gente se reúna y olvide sus preocupaciones aunque sea por una tarde. No recuerdo nada semejante desde… –se detuvo de pronto y Guy le tomó la mano–. Mírate, qué hombre tan afortunado eres.

–Una mujer hermosa en cada brazo –dijo él con una sonrisa, antes de darles un beso en la coronilla a cada una.

–Me alegro de que se lo haya pasado bien. Y, ahora que ya nos ha visitado, espero que venga más a menudo.

–Bueno, en realidad, ese es el motivo por el que quería hablar contigo –dijo la condesa.

–¿Nos sentamos, madre? –sugirió Guy.

–Al contrario de lo que crees, Guy –le informó su madre–, soy muy capaz de estar bailando toda la noche si quiero.

–Por supuesto, madre –dijo él inclinando la cabeza.

–Bien, Kate. Megan dijo que sería mejor que me quedara en la casa por esta noche, y quería hablar contigo antes de acceder –continuó al ver la cara de interés de Kate–. Megan tiene un plan.

–¿Un plan? –preguntó Guy.

–Quiere pintar el río al amanecer, para captar el juego de luces entre los árboles. No te importa, ¿verdad?

–Por supuesto que no me importa, madre… ¿Kate?

Kate pensó con rapidez. Aún había una habitación libre que daba al jardín.

–Por supuesto que no me importa. De hecho, a lo mejor me uno a ustedes en la expedición pictórica.

–Ah… –dijo la condesa, abatida por un momento.

–¿Algún problema? –preguntó Kate, dispuesta a hacer cualquier cosa por que la condesa volviera a tener contacto con el

mundo exterior.

–Mis plantas…

–Los jardineros pueden ocuparse de ellas –sugirió Guy con su pragmatismo habitual.

–Ni hablar, no confío esas plantas a nadie… pero, Kate. ¿Podrías tú hacerlo por mí?

–Por supuesto, pero…

–Han de ser lo último antes de acostarte y lo primero al levantarte –dijo la condesa–. Encontrarás el abono junto a la regadera. Guy te lo enseñará –concluyó. Y, tras haber dejado claros sus deseos, se retiró para unirse al grupo de artistas de Megan, grupo que había aumentado considerablemente.

Kate fue consciente de que Guy o su chófer tendrían que cargar con ella de un lado a otro desde el castillo, así que se giró para disculparse.

–Te estoy muy agradecido por la mejora que observo en mi madre –dijo él con franqueza–. Y, la verdad, no veo problema alguno. Quédate a dormir –sugirió como si la estuviera invitando a tomar el té–. No creo que debamos comprometer su recuperación poniendo obstáculos innecesarios.

–No, claro que no –dijo Kate mientras el corazón le latía con fuerza. La invitación era muy tentadora y llena de posibilidades–. Pero, ¿es realmente necesario que me quede?

–¿Por qué no? No es como si anduviera escaso de habitaciones, y tú ya has estado antes.

–Pero solo me llevará unos minutos cuidar las plantas.

–Creí que teníamos mucho de qué hablar.

Era demasiado bonito. Kate sabía que los convenios asomarían la cabeza tarde o temprano.

–Deberíamos tomar otra cosa –dijo él–, o luego no podré conducir.

–Pero tu conductor…

–Estará a disposición de Madame Duplessis.

Kate lo pensó por un momento. No le gustaba estar contra la espada y la pared.

–¿Y de qué quieres hablar? –preguntó.

–¿Te hago un programa?

La elección de la palabra indicaba que se trataba de negocios.

–Ya has hecho todo lo que podías aquí –señaló él.

Kate miró hacia la casa y vio a una docena de personas alrededor de Megan, escuchando todo lo que decía. Necesitaba

tiempo para pensar, para ver cómo salir airosa.

–Pero aún queda toda la limpieza por hacer.

–¿No crees que Madame Duplessis se puede encargar de eso?

Entonces Kate vio que personal del castillo había llegado para ocuparse de todo bajo las órdenes de Madame Duplessis.

–Vamos –dijo Guy, alcanzando su chaqueta.

–Necesitaré algunas cosas.

–Tienes una habitación llena de ropa en el castillo –dijo él tomándola del brazo–. ¿O lo habías olvidado?

Guy condujo su Aston Martin gris metalizado hacia la parte de atrás del castillo y llevó a Kate por las mismas escaleras que habían bajado anteriormente. Se detuvo un momento a contemplar las luces y luego se dirigió hacia el invernadero para abrir la puerta.

–Bienvenida al retiro de mi madre –dijo agachándose para encender una lámpara que proporcionaba una luz tenue–. Eres muy afortunada –continuó, adentrándose en la habitación–. A nadie le está permitido entrar aquí, excepto a mí y, ahora, a ti.

Kate permaneció en silencio, mirando a su alrededor, y luego se giró para cerrar la puerta, para dejar el mundo fuera y dejarse inundar por la tristeza circundante.

–Quizá ahora entiendas por qué te estoy tan agradecido –dijo Guy con suavidad, apoyándose contra un aparador color caoba que albergaba una colección de plantas preciosas.

Kate se fijó en unas fotografías con marcos plateados que había entre las plantas del aparador. Había más muebles en la habitación, aunque eran viejos y estaban desgastados. Parecía que los hubiesen adquirido en cualquier mercadillo de París.

–Son de cuando eran estudiantes –dijo Guy al leer su mente–. Compartían un piso pequeño.

–¿Tu madre y tu padre?

–También fueron jóvenes una vez –contestó. En sus ojos se veía el afecto que sentía por ellos.

Kate se acercó para poder ver las fotografías. Algunas, viejas y gastadas, mostraban a la condesa de joven, con la cara radiante de vitalidad y amor.

–Tu padre era muy guapo –señaló, notando la semejanza entre padre e hijo. Kate deslizó un dedo por un mechón de pelo negro atado con un lazo blanco que colgaba a un lado del marco.

–Era de mi padre –confirmó Guy–. Se lo cortó mi madre

mientras dormía durante la luna de miel. Está atado con una cinta que guardó de su ramo de novia.

–Es la cosa más bonita que jamás he oído –dijo Kate–. Tu madre debe de haberlo querido mucho.

–Yo también lo quería –la corrigió Guy–, pero, para mi madre, era su vida.

–Debemos ayudarla –dijo Kate con pasión mientras lo miraba a los ojos. Podía ver en su mirada la pérdida igual que la veía en los ojos de la condesa. Instintivamente, le tendió una mano–. Sé que a ti también te duele.

–A todos nos duele –dijo él, y le tomó ambas manos para llevarlas a sus labios.

–Tenías razón, ya lo sabes –admitió Kate.

–¿Sobre qué?

–Sobre mí, y tía Alice. Entiendo por qué te preocupaste tanto al ver mi reacción cuando se incendió la casa. Esta no es la manera –dijo mirando por la habitación llena de recuerdos–. Gracias.

–Gracias a ti –dijo él con suavidad, soltando sus manos para agarrarle los brazos.

–¿Por qué? –murmuró Kate.

–Por mostrarle a mi madre que la vida sigue –dijo–. Sé que nunca será lo mismo para ella, pero su recuperación es lo único que mi padre querría. Hubo un tiempo en el que pensé que esta habitación iba a constituir el mundo de mi madre sin él, hasta que llegaste tú.

–Tonterías –protestó Kate–. Es a Megan a quien deberías estarle agradecido.

–No tienes ni idea de lo mucho que mi madre te echaba de menos.

–Yo también la echaba de menos, Guy. Al igual que todo esto.

–¿Y a mí? –preguntó de pronto. Al no contestar, él tomó su cara entre sus manos, haciendo que a Kate se le acelerase el pulso de inmediato. Inclinó la cabeza y la besó muy suavemente.

–Las plantas –murmuró Kate.

–Pueden esperar –dijo–. Pero yo no puedo.

–No, lo prometí –dijo mientras se apartaba.

–Míralas, si eso te hace sentir mejor.

La dejó ir, pero ella aún sentía sus manos. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Ambos habían esperado mucho tiempo. Se quedó quieta un momento, mirando las plantas y luego a Guy. Lo necesitaba tanto como las plantas a ella.

–Ve –insistió él. Sus ojos se encontraron y la mirada de Guy

parecía atraerla hacia él, más que apartarla. La vio dudar, así que deslizó una mano por el brazo de Kate y la agarró–. Vamos a cuidar las plantas juntos –sugirió.

Poco a poco, comprobaron cada maceta.

–No necesitan agua, ¿verdad? –preguntó Guy.

–No lo comprendo…

–Como ya te he dicho –le susurró junto a la boca–, mi madre también fue joven una vez.

Mientras caminaba hacia la habitación de Guy, Kate pensaba que aquello debía de ser un sueño. Nunca había visitado aquella parte del castillo y, en comparación con el resto, era bastante sobria, muy del estilo de Guy. Cuando él cerró la puerta tras ellos, se sintió tímida, como una chica en su primera cita.

La tomó de la mano y la condujo por la enorme habitación, mientras iba encendiendo luces muy tenues. El suelo era de parqué y las ventanas estaban adornadas con cortinas enormes. La utilización de las luces en contraste con los tonos blancos y amarillos ocre daba una sensación de orden y tranquilidad. Los sofás de ante hacían juego con la decoración, y dos perros descansaban en una cesta enrollados el uno en el otro, de modo que era imposible saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

–¿Son Ric y Rac? –preguntó Kate. Recordaba que Guy se quedó con los dos perros porque decía que así se hacían compañía.

–Son sus descendientes. El tiempo pasa.

A Kate le llamaron la atención unas fotos monocromáticas de unos bloques de oficinas enormes. Guy vio cómo las miraba.

–Si alguna vez pienso en relajarme –dijo mientras ponía las manos sobre su cintura–, solo tengo que mirarlas para saber lo duro que tengo que trabajar para que mis negocios sigan adelante –concluyó, para luego besarla en el cuello.

Kate sabía que aquello solo podía tener un único final, y aquello le parecían los preliminares más eróticos que podía imaginar. Se estaba entregando a él.

–¿Y qué pasa con las distracciones como esta? –preguntó ella mientras se giraba para besarlo.

–Son necesarias para vivir.

Mientras ella se movía en sus brazos, él fue subiendo las manos desde su cintura, pero antes de que pudiera alcanzar los pechos, Kate exclamó:

–¡Qué flores tan bonitas!

–Madame Duplessis me dijo que mi habitación necesitaba algunas –dijo él mientras miraba las que había sobre la chimenea.

–Ah –dijo Kate aliviada. Por un momento pensó que la misteriosa secretaria de Guy era cada vez más cercana e irresistible–. Madame Duplessis tenía razón. Son preciosas, y sí que le dan un toque…

–¿Sí…?

–Bueno, tu suite… –se detuvo al no encontrar las palabras adecuadas que describieran los muebles de sus aposentos.

–¿No es lo que esperabas? Cuando has vivido toda tu vida rodeado del esplendor del castillo Villeneuve, te das cuenta de que deseas muy poco. ¿Champán? –dijo mientras se quitaba la chaqueta para arrojarla sobre una silla.

–¿Esperabas a alguien? –preguntó Kate al ver la cubitera y las copas.

–Solo a ti –dijo él mientras se desabrochaba los puños.

–¿Cómo puedo estar segura de eso?

–No puedes –dijo mientras se remangaba la camisa.

Kate notaba cómo su respiración iba cada vez más rápido. No había forma de ignorar el poder que escondían los brazos de Guy, o las intenciones que se filtraban por su mirada. Y cuando extendió los brazos hacia ella, se dirigió a él sin dudarlo. Esa vez, sus besos no eran los de un hombre hacia una chica más joven e inocente que él, sino los de un hombre que recibía a su amante en igualdad de condiciones. Devoró su boca, besándola por toda la habitación hasta apoyarla contra la puerta. La sujetó con una mano y con la otra bajó las luces. Luego, la tomó en brazos y la llevó por toda la habitación.

Su cama era enorme y dura, con almohadas mullidas y una manta de seda que él retiró y arrojó al suelo. Kate se encontró entonces sobre las sábanas de lino, que olían a lavanda. La fuerza de su pasión quizá lo sorprendiera, pero la dominó con soltura. Se colocó sobre ella y le susurró al oído tales cosas que ella no hizo sino rogarle más, y con palabras que ni ella reconocía.

Pero Guy era demasiado fuerte para ella, y no se apresuraría. Se limitó a observar sus respuestas con interés. Le agarró las muñecas con una mano y las puso sobre su cabeza. Con la otra mano trazó un camino a través de su cuello, su hombro y luego su brazo. El tiempo quedó suspendido en una atmósfera donde reinaban las sensaciones, y Kate no se dio cuenta de que Guy le había desabrochado el vestido hasta que empezó a juguetear con su pezón a través del sujetador.

Mientras suspiraba, Kate comenzó a enredar los dedos en su pelo negro, pero él se apartó y, con un movimiento rápido, se quitó la camisa por la cabeza. Luego, buscó la hebilla de su cinturón y Kate lo miró, ansiosa por verlo desnudo. Se desabrochó la cremallera de los pantalones y salió de la cama para quitárselos y, una vez más, Kate se quedó asombrada al ver su estómago moldeado. Bajó la mirada hasta sus calzoncillos, que no hacían sino acentuar su deseo. Kate se relajó, colocó un brazo detrás de su cabeza y dobló ligeramente una pierna mientras lo miraba.

Guy se dio cuenta de cómo lo miraba y le devolvió la mirada cargada de deseo. Luego, se situó en la cama junto a ella y observó cada parte de su cuerpo.

–Tienes los labios rojos e hinchados por los besos –dijo él mientras los acariciaba con el pulgar–. Y tus ojos están llenos de deseo… Y tu pelo cae desordenado sobre tus pechos.

Cada palabra era como una caricia, y cada una la estimulaba aún más. Kate gimió con fuerza cuando Guy le acarició un pecho. Pero, cuando ella intentó tocarlo a él, se retiró.

–Aún no –dijo dibujando círculos con las uñas alrededor de sus pezones–. Primero quítate el sujetador –entonces fue su turno para relajarse y observarla.

–Aún no –dijo Kate para provocarlo. Se sentó a horcajadas sobre él, de modo que podía sentir su erección. Era su turno. Cuando él se echó para adelante para poder tocarla, ella se echó para atrás–. Aún no –repitió con ironía.

Pero lo había subestimado, ya que sus respuestas eran rápidas. La colocó debajo de él y puso las manos sobre sus pezones para juguetear con ellos a través del sujetador.

–Siempre te gustaron los juegos –dijo él–. ¿Es esto lo que tenías en mente?

–Sí, sí –dijo mientras él le quitaba el sujetador para dejar expuestos sus pechos. Tuvo la satisfacción de oír cómo respiraba, excitado por la visión. Luego, dejó de pensar cuando Guy comenzó a tocarla. Agachó la cabeza y chupó sus pezones de manera que Kate pensó que iba a volverse loca.

Guy la miró mientras chupaba sus pezones, y algo en su mirada hizo que Kate supiera que no había acabado aún. Poco a poco fue deslizando la boca hacia abajo, hasta separar sus muslos y hundir la cabeza entre sus piernas.

Acarició la húmeda superficie de su tanga con la lengua. Kate elevó las rodillas y se abrió todo lo que pudo, para disfrute de

Guy, que le arrancó el tanga de golpe. Los dedos de Kate respondieron inmediatamente y se apresuraron bajo los calzoncillos de Guy. Poco después, Guy la tumbó sobre su espalda y la acarició con los dedos y con la boca. Pero Kate intentó liberarse.

–No es momento para sentirse cohibida –dijo él.

–Lo sé –admitió Kate–, pero estoy asustada.

–¿Asustada de qué, cariño, de perder el control? –preguntó. Y, al no contestar, volvió a separarle las piernas–. No te preocupes. Estás conmigo. Déjate llevar.

Y cuando hizo lo que él decía, fue con tal excitación que no pudo evitar gritar y agitarse durante un rato, hasta que el la tomó en sus brazos y la besó con ternura.

–Ahora es mi turno –dijo él, guiándole la mano hacia abajo. Pero, al ver que los temores reaparecían, supo cómo hacerlos desaparecer colocando su muslo entre las piernas de Kate hasta que la tuvo indefensa debajo de él.

–Ahora sí que estoy asustada –admitió Kate sofocada. Y era más por el tamaño de su miembro que por su consideración hacia ella.

–No, no lo estás –insistió Guy con rapidez, susurrándole al oído–. Eres inexperta y temerosa, pero no estás asustada, Kate, no conmigo. Yo nunca te haría daño.

Con la mirada fija en la de Guy, aceptó la embestida y él la penetró colmándola de un placer intenso que no imaginaba. Se sintió tan excitada que gritó su nombre y hundió los dedos en sus nalgas prietas. Kate se pegó más a él pidiendo más, así que añadió más fuerza a cada movimiento, hasta que al final se movían a la par.

Guy se movía con firmeza, haciendo que ella deseara más, como una necesidad. Y cuando llegó el final, los espasmos de Guy prolongaron aun más el placer de Kate. A ella le parecía que aquellas sacudidas no acabarían nunca. Guy la besó repetidas veces hasta que se quedó quieta.

–No te duermas –le advirtió él con suavidad–. Aún no.

–¿Por qué no? –preguntó ella exhausta.

–Porque aún no he terminado contigo.

–¿De verdad? –exclamó ella mientras se estiraba.

–Sí, de verdad –insistió Guy, colocándole una pierna sobre sus muslos y abriéndola de nuevo.

Mientras se acercaba a ella, Kate sintió cómo se excitaba. Y cuando la penetró de nuevo, no hubo miedo, solo gritos de placer.

–¿Es que nunca estás satisfecho? –preguntó ella mientras él recuperaba el ritmo.

–Simplemente quiero que no te olvides de mí mientras estoy fuera –dijo mientras la colocaba en una posición mejor.

–¿Fuera?

Pero ese no era el momento para discusiones, y Guy se aseguró de que el placer la embargara antes de que pudiera pensar que se iba a marchar.

Kate se despertó y encontró a Guy vestido, listo para irse. El traje oscuro, junto con la camisa y la corbata de seda, hicieron que se sintiera inquieta.

–¿Adónde vas? –preguntó tras incorporarse con rapidez. Él se inclinó para besarla y entonces se miraron con una extrañeza que estaba a kilómetros de distancia de la armonía de la que habían disfrutado tan solo unas horas antes.

–Lo siento –dijo mientras se incorporaba de nuevo–. No pretendía despertarte. Ha surgido algo urgente, negocios –le explicó–. No te preocupes, no estaré fuera mucho tiempo. Vuélvete a dormir.

Su voz sonaba dulce, y quizá se quedara hasta que se volviera a dormir. Cuando despertó de nuevo aquella mañana, ya se había ido. Pero Guy no había mencionado antes nada de que tuviera que marcharse. La sombra de una duda apareció en su mente. Recordaba que no habían tenido precisamente una conversación apropiada. Tórridas imágenes se agolpaban en su cabeza, y la duda dejó paso a la ternura. Aquello no era propio de ella, pensó mientras trataba de convencerse de que era una mujer racional, sensata y cauta y que Guy era el hombre más honorable que conocía. Pero, de pronto, se encontró luchando contra sí misma. Así era como solía ser, antes de que Guy volviera su mundo del revés.

¿Por qué debería decirle adónde iba? No tenían ningún compromiso. Quizá esa noche no había significado nada para él. Se sentía físicamente enferma, así que intentó no preocuparse. El problema era que lo amaba. Siempre lo había amado y siempre lo amaría. Pero, ¿y si él no sentía lo mismo? Intentó pensar en alguna mujer fuerte e independiente cuya experiencia pudiera servirle, pero no funcionó. Sabía que aceptaría cualquier cosa que Guy le ofreciera, y en cualquier condición.

Capítulo 9

CÓMO? ¿Se ha ido la electricidad de nuevo? –le preguntó Kate a Megan a su regreso a la casa–. Pero si la acababan de conectar.

–Una mujer vino con un montón de documentos bajo el brazo, son estos –le dijo a Kate mientras se los entregaba– ¿Dónde está Su Alteza? Puede que lo necesites.

–¿Guy? –dijo Kate distraída mientras se dirigía a la mesa de la cocina–. Tenía una reunión de negocios urgente –dijo. Pero sentía que ya habían estado separados una eternidad.

–¿En el castillo?

–No sé adónde se ha ido –dijo Kate, sintiéndose muy insegura de sí misma.

–¿Hablaste con él sobre la casa? –dijo Megan.

–No. Lo siento, Megan, pero no tocamos ese tema. Me ocupé de las plantas y luego me fui a dormir… –se detuvo. Ella era igual de mala que Megan mintiendo–. ¿Qué ocurre?

–No creo que nuestros próximos huéspedes se encuentren tan satisfechos como los últimos si no tienen cómo revisar su correo electrónico –dijo Megan, mirando por encima del hombro de Kate mientras esta vaciaba el sobre con los documentos sobre la mesa–. Y me temo que eso tampoco serán buenas noticias.

–¿Dónde está todo el mundo? –preguntó Kate al darse cuenta de que todo estaba muy tranquilo.

–Están en el castillo con la condesa –explicó Megan–. Los invitó a recorrer los jardines. Ese joven chófer vino a buscarlos en un minibus.

–Ese joven chófer –repitió Kate con burla. Pero pronto frunció el ceño de nuevo al leer los papeles–. Pero estas son más traducciones de los convenios, y una carta que dice que si seguimos adelante como casa de huéspedes, nos obligarán a cerrar.

Dejó todos los papeles en la mesa. Quizá Guy había organizado todo esto sabiendo que él estaría fuera cuando la bomba explotara. O quizá era alguien que trabajara por su cuenta, alguien con mucho que ganar y que aprovechase cuando él estuviera fuera.

–No son las traducciones que pagaste, ¿verdad? –preguntó Megan ansiosa.

–No, por supuesto que no –confirmó Kate–. Esas las leeré cuando mi abogado vuelva de vacaciones.

–Así que puede que estos sean antiguos y no signifiquen nada –sugirió Megan–. No es como si los hubiera preparado Guy. Probablemente no sepa nada de esto.

–¿Cómo puedo estar segura de eso? –preguntó mientras pensaba en la posibilidad de que Guy la hubiese traicionado.

–No puedes estar segura de nada hasta que no hayas hablado con él –señaló Megan con sensatez–. Sabes que a su madre le encanta la idea de tener una casa de huéspedes aquí. Y, como tú dijiste, Guy está muy agradecido por cómo nuestras actividades han influido en su recuperación.

–No dijo eso exactamente –dijo Kate–. Simplemente adivinó lo que estábamos haciendo y decidió hacer la vista gorda, al menos durante la fiesta. No creo que aprobara la idea.

–Muy bien –dijo Megan con gesto teatral–. Entonces, todo lo que has de hacer es hablar con él.

–Si todo fuese tan simple.

–Pero es tan simple. Si tan solo te relajaras y dejaras que así fuera –dijo Megan con seguridad.

–El que la condesa haya decidido implicarse con tanto entusiasmo no significa que Guy haga lo mismo –dijo Kate–. Eres demasiado romántica, Megan. ¿Por qué iba él a mandar otros documentos si apoyara nuestro plan?

–¿Quién dice que los haya mandado él?

–La mujer, quizá.

–¿Tú crees?

–Él ha tenido muchas oportunidades para hablarme de ello, pero eligió no hacerlo –dijo Kate, tratando de razonar con Megan.

–Quizá tenía otras cosas en la cabeza –murmuró Megan–. Dime, Kate. Si Su Alteza se ha ido de paseo, ¿qué vas a hacer con nuestro pequeño problema?

–Háblame de esa mujer.

–Rubia, guapa, de unos treinta años –dijo Megan, intentando recordar.

–¿Te pareció agradable? –sugirió Kate.

–Parecía muy segura de sí misma –observó Megan con un gesto de desaprobación–. ¿Quién crees que era?

–No tengo ni idea –admitió Kate–. ¿La encargada de la finca, quizá?

–Encontrarás una solución. Siempre lo haces –aseguró Megan.

Kate pensó que quizá en esa ocasión no había actuado correctamente, y no solo en los negocios.

–Me voy a dar una ducha y luego iré directa a la oficina de la finca.

Tras una ducha rápida, llamó a la oficina y la pasaron con la mujer con la que ya había hablado antes, la que siempre había pensado que era la secretaria de Guy.

–Mariamme D'Arbo, ¿puedo ayudarla? –dijo la mujer. Su voz sonaba impaciente incluso antes de que Kate tuviera ocasión de explicar el motivo de su llamada.

–Soy Kate Foster –dijo con voz amable.

–Ah, Mademoiselle Foster –contestó ella con voz más áspera–. Supongo que habrá leído los documentos que llevé a la casa. Los llevé personalmente para asegurarme de que llegaban.

Kate pensó que habría tenido ocasión de fisgonear. Y la pobre Megan que habría pensado que era una huésped potencial…

–Como Monsieur le Comte está fuera, me gustaría concertar una cita con quien sea que esté al cargo en su ausencia.

–Esa sería yo, *mademoiselle* –dijo la mujer tras unos segundos.

–En ese caso, querría concertar una cita con usted –dijo con firmeza. Aunque en su mente no dejaba de preguntarse quién diablos era esa mujer.

–Eso no es posible. Estaré muy ocupada las próximas dos semanas.

–Pues saque tiempo –dijo Kate con la frialdad que le proporcionaban los negocios–. No puede mandar papeles de desahucio y luego negarse a discutir sobre ellos.

–A lo mejor puedo arreglarlo –dijo la mujer tras unos segundos–. Tendré que consultar mi agenda.

–Esperaré –dijo Kate. Hubo ruido de papeles al otro lado de la línea, pero Kate habría apostado La Petite Maison a que era todo un truco.

–No, *mademoiselle* –dijo aquella voz cansada–. Como ya le dije antes, es imposible. Lo lamento.

–Estaré en su oficina mañana a las nueve –dijo Kate con firmeza–. Deduzco que estará usted allí a esa hora. No le robaré mucho tiempo. Adiós, señorita D'Arbo.

Colgó el teléfono y puso la mano encima, como si Mariamme D'Arbo fuese capaz de cualquier cosa, hasta de transmitir su amargura a través del cable. La siguiente llamada que hizo Kate fue a su abogado en Inglaterra, pero aún seguía fuera. Pensó por un momento en llamar a Guy pero, si estaba de su lado, no tendría

nada de qué preocuparse y podría solucionar el problema ella sola; y, si estaba en su contra, no tendría más opción que hacer exactamente lo mismo. Entonces se dio cuenta de que ni siquiera tenía su número de móvil, así que empezó a preocuparse de nuevo.

–¿Lo has solucionado ya? –preguntó Megan al ver su cara de preocupación.

–Aún no –admitió Kate–. Pero tengo una cita mañana para hablar con la mujer que trajo los papeles.

–No me gustaría ser una mosca en la pared cuando tenga lugar la confrontación –comentó Megan con sorna.

–Es por eso que no estarás –dijo Kate–. No creo que eso arreglase nada.

–Lo que yo imaginaba –dijo Megan con un guiño mientras tomaba los pinceles–. Bueno, será mejor que me prepare para la clase de esta tarde.

–¿La luz a través de los árboles en el río al atardecer, quizá?

–No te hagas la inocente conmigo –dijo Megan–. No me dirás que la condesa y yo no encontramos la excusa perfecta para dejaros solos.

Kate pensó que habría sido mejor no hacerlo.

–Debería haberme unido a vosotras cuando dije que lo haría –dijo medio para sí.

–No pensarás lo mismo cuando Guy regrese –dijo Megan segura de sí misma mientras se encaminaba hacia la puerta.

–Espero que tengas razón –dijo Kate tras sentir una punzada en el corazón.

–¿Por qué no lo llamas y te relajas?

Por supuesto que debería llamarlo, pero ayudaría si se hubieran dado los teléfonos. Aunque, ¿por qué deberían? Guy no le había dado la más mínima indicación de que algo ocurriría mientras estuviera fuera. O no tenía ningún escrúpulo o no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. En cualquier caso, Kate estaba sola.

–Puedo arreglármelas perfectamente sin la ayuda de Guy –insistió, con un aire de seguridad que no sentía. La cara que puso Megan no era muy alentadora–. ¿Qué? ¿Piensas que esa mujer es más de lo que aparenta?

–No sé quién es –dijo Megan con desprecio–, pero sí sé que no me gusta. Ten cuidado, Kate.

–No te preocupes, Megan. No te invité a entrar en este negocio para perderlo todo sin pelear. Y no tengo intención de correr

riesgos –prometió Kate–. Aquí hay mucho en juego.

–¿Entonces qué?

–En principio… –se detuvo por un momento–. La agasajaré con toda la amabilidad del mundo, cueste lo que cueste. Pero tengo que ganar tiempo hasta que averigüe quién es, cuánta autoridad tiene y cómo deshacerme de ella hasta que haya hablado con Guy.

Mademoiselle D'Arbo tenía un cuerpo escultural y la cara de un ángel. Se había presentado a la cita con un elegante traje hecho a medida y una camisa blanca. Pero a Kate le llamó la atención el anillo de diamantes y zafiros que llevaba en la mano izquierda. Ignoró la duda de si aquello tendría que ver con Guy y se enfrentó a aquella mujer, que tenía los ojos más azules que había visto en su vida.

–Me sorprende que Monsieur le Comte no mencionara su intención de seguir adelante con lo estipulado en los convenios antes de marcharse –dijo Kate con frialdad, y luego esperó la respuesta de su adversaria.

–Quizá lo decidió después de verla a usted… y antes de hablar conmigo –dijo Mariamme D'Arbo con aire de suficiencia.

Kate tuvo que contenerse para no explotar al verla acomodarse en su silla.

–Creo que ha habido un error –continuó Kate con calma–. Pero estoy segura de que podremos solucionarlo. Debe de haber algo que nos satisfaga a todos.

–Creo que la finca Villeneuve ha sido más que razonable con usted, señorita Foster –dijo con frialdad–. Monsieur le Comte de Villeneuve espera que este asunto esté zanjado para cuando vuelva –concluyó. Tomó un sobre de la mesa y se lo entregó a Kate.

–¿Qué es esto?

–¿Por qué no lo abre y lo ve?

Sin dejar de mirar fijamente a Mariamme D'Arbo, Kate rasgó el sobre y extrajo varias hojas de papel. Observó que era la factura de las reparaciones y abrió los ojos sorprendida al examinar la lista. La suma total era colosal y, cuando se fijó en los detalles de pago, descubrió que Guy parecía estar usando una cuenta en el exterior.

–Una vez solucionado el asunto, la finca Villeneuve exige que renuncie de inmediato a la propiedad.

–¿Me está desahuciando?

–Correcto. Y con efecto inmediato.

–¿Bajo la autoridad de quién? –preguntó Kate ofuscada.

–Bajo la mía y la de mi socio.

Sin escuchar nada más, Kate se levantó de golpe. Nunca se le había ocurrido pensar que Guy tuviera un socio. Y estaba segura de que esa mujer era la misma con la que había hablado por teléfono, la que imaginó que sería su secretaria. Kate se preguntó si habría cometido el clásico error, un error machista, y que ella debería ser la última en cometer. Miró de nuevo los términos de pago del recibo.

–Tendré que contrastar estos detalles con mis registros. Supongo que tendré el crédito de los veintiocho días.

–Tiene que pagar inmediatamente –dijo Mariamme D'Arbo–. Algunas de las obras que aparecen detalladas se realizaron hace semanas. Una cosa de la que me he dado cuenta desde que llegué aquí es lo poco estricto que se ha vuelto el departamento de cuentas.

–¿De verdad? –preguntó Kate con ironía–. ¿Lleva trabajando aquí mucho tiempo? –dijo, pues desde que Guy se había hecho cargo de todo, su departamento de cuentas era de los mejores.

–Lo suficiente –contestó Mariamme D'Arbo mientras se levantaba–. Ahora, si me disculpa, estoy muy ocupada…

–Debería saber que ninguna cantidad de dinero me convencerá para abandonar La Petite Maison –la interrumpió Kate con firmeza–. Estoy totalmente decidida a completar la restauración de la casa. Debe comprender…

–No –dijo la mujer sin dejarla terminar–. Me temo que no lo comprendo.

–No importa, es un hecho –dijo Kate–. Así que no haré planes para dejar la casa ni pagaré ningún recibo hasta haber hablado con el conde.

Mariamme D'Arbo habría esperado un combate fácil. Tratar con Kate no era lo que esperaba en absoluto.

–Bueno, la electricidad no se volverá a conectar –anunció–. Y si no paga, la demandaremos. En cuanto a acordar una cita con el conde… –dijo encogiéndose de hombros, como si aquello no fuese a servir de nada.

–Me las he arreglado sin electricidad antes –dijo Kate con calma, aunque en su interior el corazón le latía con rapidez al pensar cómo reaccionarían sus próximos huéspedes–. Y, en cuanto a demandarme… –se detuvo, encogiéndose de hombros.

–Descubrirá que el conde está de acuerdo conmigo respecto a

los convenios –dijo Mariamme D’Arbo–. Sé que ambos tenemos los mismos pensamientos respecto a las casas de vacaciones en la finca, por no hablar de las pensiones.

La manera en que aquella mujer se unía a Guy fue la gota que colmó el vaso.

–¿Pensiones? –dijo enfadada–. No sé de ninguna pensión en la finca.

–Vamos, señorita Foster, ¿pretende decir que La Petite Maison se puede describir de otra forma?

El deseo de arrebujar los documentos y hacérselos tragar era abrumador.

–No creo que el conde esté de acuerdo con su punto de vista –la contradijo, y sintió satisfacción al ver la cara que puso–. Así que ¿por qué no le dejamos que exprese su opinión? –dijo, extendiendo su mano–. Quizá pueda usted llamarme si sabe algo de él. Apuntaré mi número aquí, para asegurarme de que lo tiene –añadió con ironía.

La mirada de Mariamme D’Arbo era como una cuchilla que ansiaba cortar a Kate por las rodillas para hacer que se arrastrase. Pero eso no iba a ocurrir, y tampoco iba a descubrirse a sí misma pidiendo el número de Guy, así que salió de la habitación con la cabeza bien alta.

–Adiós, señorita D’Arbo –dijo sin mirar atrás.

La sensación de combate todavía estaba presente en sus ojos cuando llegó a la casa, pero tenía una clase de cocina después de la comida y pensó que sería un alivio poder descargar tensiones con eso. Estaba separando los ingredientes en pilas distintas para cada huésped cuando sonó su móvil.

–¿Guy? ¡Guy! –exclamó. Había muchas interferencias, pero en su corazón sabía quién era. Luego, la conexión se cortó.

Kate acunó el móvil como si fuera un bebé y se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a Guy. Cuando estuvieran frente a frente podría razonar con él y aclarar lo de aquella secretaria siniestra que había dejado al cargo. Se le ocurrían mil razones por las que él debía librarse de aquella mujer. Casi se le cayó el teléfono cuando sonó de nuevo.

–¿Guy, dónde estás? ¿Cómo has conseguido mi número? La línea está fatal.

–Deja de hablar –dijo de pronto–. Dime, ¿estás bien?

–Por supuesto que estoy bien –afirmó, aunque el tono de su voz la había asustado.

–Solo…

–¿Guy? ¿Guy? –gritó Kate sin ningún resultado–. Al menos dame tu número… –dijo, pero la línea se había cortado. Miró por la ventana y vio a los huéspedes, que ya habían llegado del castillo. Lo que fuera que Guy tuviera que decirle, habría de esperar.

Trató de no pensar en la incertidumbre que la llamada le había causado y dirigió su atención hacia el grupo de personas que bajaba del minibus. Sus caras brillaban de entusiasmo. No era nada pretencioso afirmar que se habían transformado desde su llegada a la casa. Había camaradería entre ellos y una energía que no existía cuando llegaron. Por un momento los envidió. Todos habían encontrado algo muy especial que llevarse a casa.

–Guau –exclamó Megan al entrar en la cocina–. Nos lo hemos pasado estupendamente –añadió con una sonrisa de oreja a oreja–. Pero estoy agotada.

–No te preocupes –dijo Kate–. A partir de ahora yo me encargo. Hay zumo de naranja recién hecho. Deja que te sirva un poco –dijo mientras se apresuraba a tomar vasos para todos. Se sintió muy agradecida a Megan y a los huéspedes al oír cómo la cocina se llenaba de alegría y charlas. Era justo lo que necesitaba. Sentía cómo la energía aumentaba por momentos.

–Estuvimos en el laberinto del castillo –dijo una de las mujeres mientras ayudaba a Kate con la bebida.

–Unos encontraron la salida antes que otros –dijo Dirk, el roquero retirado, pasándose los dedos por lo que le quedaba de pelo.

–Bueno, al menos salieron todos –dijo Kate–. Eso es todo un logro. Recuerdo que yo me perdí allí muchas veces.

–Siempre sospechamos que era a propósito –comentó Megan con alegría–. Solo había una persona que conociera todos los recovecos del laberinto, y ese era el joven conde de Villeneuve. Así que era un buen modo de llamar su atención, ¿verdad, Kate?

–No sabría decírtelo –dijo Kate, preguntándose si su corazón se aceleraría de aquella manera siempre que oyera el nombre de Guy. No había logrado engañar a Megan ni a tía Alice y, si ellas sabían lo que pretendía, Guy seguro que también se había dado cuenta. De pronto volvió a preguntarse dónde estaría, y cuándo volvería.

–¿No sabes nada de Guy todavía? –preguntó Megan al ver la preocupación en su cara.

Negó con la cabeza y se preguntó por qué no habría vuelto a llamar. Había tensión en su voz. Quizá intentaba advertirle de

algo. Había muchas cosas que quería preguntarle, sobre Mariamme D'Arbo principalmente. Trató de pensar que solo era su socia, porque no podía soportar pensar en otra posibilidad. Sabía que no era el mejor momento para pensar en ello. Intentaba creer en él, como siempre había hecho.

–Es cuestión de confianza –dijo, como si sus pensamientos fueran tan fuertes que no pudiera contenerlos. Todo el mundo se quedó mirándola–. Me refiero al laberinto. La confianza tarda tiempo en construirse, normalmente años –añadió mirando a todos indefensa–. Lo que quiero decir es que todos ustedes han llegado a confiar los unos en los otros en solo unos días. Eso es genial, ¿verdad?

–¡Bravo! –exclamó Megan–. ¿Dónde estaríamos sin la confianza? –preguntó mirando al grupo.

–Con ella volveremos aquí el año que viene –dijo Dirk mirando a sus nuevos amigos en busca de confirmación.

Kate se sintió aliviada al escuchar cómo los demás asentían. Era todo lo que necesitaba para dejar sus preocupaciones a un lado. Era la última noche del grupo y estaba decidida a hacerla memorable. Mientras les ofrecía tarta de jengibre, no pudo evitar pensar que sin la confianza aún seguiría preguntándose si creer a Mariamme D'Arbo o a Guy.

Aquella noche, cuando Kate estaba sola en la cocina, llegó la condesa. Había ido sola y a pie, y tenía un aspecto terrible.

–Condesa, ¿qué ha ocurrido? –exclamó Kate mientras la hacía pasar.

–Esa mujer –consiguió decir, casi sin aliento, mientras Kate la conducía hacia un asiento.

Kate no necesitaba preguntar a quién se refería, y simplemente le sirvió una copa de brandy y se la ofreció.

–Anda diciendo cosas horribles –dijo la condesa entre sorbo y sorbo.

–Relájese y respire hondo –la animó Kate–. Luego, intente contarme lo que ha ocurrido.

–No podía quedarme allí –continuó la condesa con voz temblorosa–. No podía ver cómo se ponía cómoda en mi propio hogar. No después de todas las cosas horribles que ha dicho. Tenía que venir aquí. Espero haber hecho lo correcto.

–Claro que sí. Pero, ¿no me querrá decir que Mariamme D'Arbo se ha mudado al castillo?

La condesa solo pudo asentir con la cabeza.

–Me ha quitado mi anillo de compromiso –consiguió decir,

mirando a Kate con ojos agonizantes.

–¿De zafiros y diamantes? –preguntó, pero no necesitaba respuesta al ver los ojos de la condesa–. No se preocupe. Le prometo que lo recuperaré –dijo Kate, tan decidida que ninguna intimidación por parte de Mariamme D’Arbo haría que se detuviese

–Eso no es todo –admitió la condesa.

–Cuénteme –dijo Kate arrodillándose a su lado.

–No debería molestarte con esto, pero…

–No diga eso –dijo Kate tomándole las manos–. Hizo usted lo correcto acudiendo a mí.

–Necesitaba un lugar tranquilo, un lugar donde pudiera digerir todas las cosas que dijo.

–¿Qué cosas? ¿Qué ha dicho que sea tan horrible?

–Dijo… –comenzó a decir la condesa, como si no hubiera palabras para describirlo.

–Continúe –la instó Kate– Sé de quién me habla. La conozco. No hay nada que pueda decirme que pueda sorprenderme.

–Entonces sabrás, Kate, lo dura que es, lo despiadada…

–Sé lo calculadora que es pero, también, que solo sabe intimidar. No puede hacernos daño real.

–¡No! –exclamó la condesa–. Te equivocas.

–¿Por qué no llamamos a la policía? Podemos hacerlo ahora. Esa mujer no tiene ningún derecho a mudarse al castillo.

–No lo comprendes, Kate. Parece ser que sí que tiene derecho. Puede hacernos mucho daño.

–Cuéntemelo todo –insistió Kate–. Así podremos solucionarlo.

–Muy bien –dijo la condesa antes de tomar aliento–. Dice que es la hija ilegítima de mi difunto marido, el padre de Guy.

–¿Qué?

–Y dice que a Guy no le queda más elección que hacerla su socia –dijo antes de comenzar a sollozar.

En aquel momento, Kate podría haber echado a Mariamme D’Arbo de Villeneuve a patadas si hubiera querido, por el daño que había causado, pero se calmó y preguntó–: ¿Le ha dado alguna prueba de eso?

La madre de Guy negó con la cabeza.

–¿Sabes lo cruel que es? Sugerir que Raoul pudo tener una hija cuando no pasamos ni una noche separados desde que nos casamos.

–Pero esa es su respuesta –señaló Kate–. Ha hecho una cosa horrible. Pero usted sabe la verdad. Y de algún modo vamos a

demostrar que usted tiene razón y esa mujer no es más que una impostora barata.

–Pero, ¿cómo, Kate, cómo? –preguntó la condesa–. Tiene a todo el mundo aterrorizado en el castillo.

–No a Madame Duplessis –dijo Kate con seguridad.

–No, pero hasta que Guy no regrese, nadie sabe qué creer con seguridad. Sin un liderazgo claro, tienen miedo de actuar.

Kate sabía que no tenía autoridad para actuar por la fuerza. Tendría que ser tan astuta como su oponente.

–¿Crees que puedes hacer algo? –preguntó la condesa, como si hubiera leído su mente.

–Aún no estoy segura –admitió Kate con franqueza–. Pero no creo que podamos esperar hasta que Guy regrese. ¿Quién sabe qué más cosas planea?

–Hay más –confesó la condesa.

–Necesito saberlo todo.

La condesa asintió con la cabeza y se secó los ojos una vez más y continuó hablando.

–Dice que tiene pruebas de que has infringido los convenios y que tiene toda la autoridad para reposeer La Petite Maison. Quiere que firme un documento.

–¿No lo habrá hecho? –preguntó Kate con rapidez.

–Eso es por lo que he venido aquí, para librarme de ella.

–Bien –dijo Kate aliviada.

–Pero dice que puede hacerse con el negocio si consigue pruebas de que Guy sabía lo de tu… tu… negocio, Kate. Lo siento mucho –dijo al final, como si no pudiera soportar implicarla a ella.

–Un momento –dijo Kate–. Vamos a ver esto con calma. ¿Por qué ha esperado hasta para mostrarse? ¿Por qué no aparecer en vida de su marido?

La condesa se inclinó hacia delante y dijo con voz ronca:

–Dice que le ha llevado hasta ahora tener todos los ases en la manga.

Por la manera en que habló la condesa, Kate dedujo que aquellas eran palabras textuales.

–Apostaría a que los tiene –dijo Kate con frialdad–. ¿Ha conseguido usted hablar con Guy?

–No, Kate. ¿Y tú?

–Creo que la señorita D’Arbo ha elegido bien el momento. Por alguna razón, Guy ha tenido problemas con el móvil. De otro modo, estoy segura de que se habría puesto en contacto mucho

antes.

–¿Crees que hay alguien más implicado? –preguntó la condesa, disfrutando de aquel ambiente de novela policíaca una vez que Kate le había dado esperanzas–. No dudaría en usar un teléfono público si sospechara que hay algún problema. Conozco a Guy.

–Supongo que eso que dice es posible –confirmó Kate–. Hay mucho en juego, y dudo que Mariamme D'Arbo esté trabajando sola. No pude tomar el número de Guy cuando llamó, pero debe de estar de camino.

–¿Realmente lo crees? –preguntó la condesa ansiosa.

–Esté donde esté, depende de mí impedir que Mademoiselle D'Arbo cause más daño.

–¿Crees que puedes?

–Sé que puedo –replicó Kate con determinación de hierro–. Pero, por ahora, condesa, ¿por qué no se queda aquí esta noche? Duerma un poco. Abordaremos el problema por la mañana.

–Haces que suene tentador –dijo la condesa con nostalgia–. Me encantaría pero, ¿qué pasa con Madame Duplessis? Debe de estar muy preocupada por mí.

–Déjeme a Madame Duplessis a mí –dijo Kate–. Tengo que hablar con ella para una cosa.

–Si estás tan segura.

–Lo estoy –confirmó Kate, ayudándola a levantarse de la silla–. Váyase a la cama –insistió dándole un beso en la mejilla–. Siempre tengo lista para usted la habitación que ocupó anteriormente, por si acaso. Y debería saber que en La Petite Maison no hay sitio para las preocupaciones.

Una vez que la condesa se hubo acostado, Kate fue al teléfono y comenzó a marcar. Como había imaginado, Madame Duplessis se mostró muy cooperativa, y más desde que Mariamme D'Arbo había comenzado a inmiscuirse en sus tareas.

–Y se pone todos esos vestidos que el conde compró para usted –dijo Madame Duplessis indignada.

–La ropa da igual –dijo Kate, sorprendida porque algo tan trivial pudiera llamar la atención del ama de llaves cuando había tanto en juego–. ¿Puede hacer lo que le digo?

–Por supuesto, Mademoiselle Foster. Será un placer.

–Bien. Iré a por el paquete mañana por la mañana antes de que nadie se levante.

–De acuerdo, *mademoiselle* –confirmó Madame Duplessis con energía–. Estaré esperándola en la puerta trasera del ala oeste al amanecer.

Tras poner en marcha su plan, Kate escribió una nota para Megan, advirtiéndole de que la condesa se había quedado a dormir y pidiéndole que se despidiera de los huéspedes de su parte. Por fortuna, como ese grupo de huéspedes habían llegado un poco antes, disponía de un periodo tranquilo antes de que llegaran los siguientes.

Kate casi no durmió nada aquella noche. Estaba segura de que Mariamme D'Arbo no era más que una embustera que había venido a Villeneuve para saquear todo lo que pudiera mientras Guy estuviera fuera. Esa certeza, junto con la convicción de que ese era el día de cálculo para la señorita D'Arbo, hizo que estuviera en pie, vestida y fuera de la casa cuando los primeros rayos de sol aparecieron en el horizonte.

La maniobra fue rápida y silenciosa. Tomó el paquete forrado con polietileno, volvió al coche y se dirigió hacia el pueblo. Monsieur Dupont ya estaba fuera de la farmacia, mirando hacia la carretera por donde ella debería aparecer.

–Mi hermano nos espera en el laboratorio –dijo él–. ¿Tiene todo lo necesario?

–Sí –confirmó Kate, sintiéndose como una espía mientras le entregaba el paquete–. Madame Duplessis ha etiquetado la prueba por él.

–Pelo, creo que dijo usted, ¿verdad? –preguntó Monsieur Dupont.

–Correcto –dijo Kate con una sonrisa–. Un mechón de pelo del difunto conde y pelo del cepillo de Mariamme D'Arbo.

–Perfecto –declaró Monsieur Dupont con satisfacción–. Desenmascararemos a la impostora con una simple prueba de ADN y dejaremos a todo el mundo tranquilo.

–Espero que tenga razón –dijo Kate pisando el acelerador.

–Puedo asegurárselo, Mademoiselle Foster. Nunca me equivoco –proclamó Monsieur Dupont con la confianza que lo caracterizaba.

Kate sonrió con satisfacción mientras se relajaba tumbada en la cama. Monsieur Dupont tenía razón y, gracias a su hermano, los resultados del ADN se habían revelado con rapidez, demostrando que Mariamme D'Arbo era una impostora. La habían echado de la finca, la policía la estaba interrogando y la Interpol esperaba su turno.

Kate sabía que su lealtad hacia Villeneuve y todos los que estuvieran alrededor había cambiado con todo lo ocurrido. Incluso

su posición como jefa ejecutiva de Freedom Holidays era poco en comparación. La cara de la condesa al recibir la prueba evidente de que su marido no le había sido infiel había sido más gratificante que cualquier trato de negocios, y Kate había comprendido entonces por qué Guy se tomaba su papel en Villeneuve como un cometido en la vida.

Kate pensó en Megan, en cómo había sido una amiga para su tía y lo estaba siendo para la condesa. Después de celebrar la victoria, Kate le pidió a la condesa que se quedara otra noche. Pero Guy había llamado y había dicho que estaba de camino, así que su madre había preferido irse al castillo para comprobar que todo hubiera vuelto a la normalidad, llevándose a Megan con ella.

Kate se daba cuenta de que Villeneuve se había convertido en su hogar. Tan pronto como hubiera convencido a Guy de que su casa de huéspedes no haría más que mejorar la finca, dejaría la administración de Freedom Holidays y centraría todas sus energías en llevar Freedom Breaks en La Petite Maison.

Capítulo 10

KATE dio un bote en la cama cuando un poco de grava golpeó en su ventana, seguida de insistentes golpes en la puerta delantera. Encendió la lámpara de la mesilla y vio que eran más de las dos de la mañana. ¿Quién llamaría a esas horas, a no ser que fuera una emergencia? Alcanzó la bata y corrió escaleras abajo mientras imaginaba todo tipo de catástrofes. Tuvo que ir hasta la cocina para encender un par de velas y dirigirse a la puerta a toda prisa.

Pensó que podía ser cualquiera, así que se detuvo y gritó:

–¿Quién es?

–Kate, déjame entrar.

–¡Guy! –exclamó. Descorrió los cerrojos y consiguió abrir la puerta para lanzarse en sus brazos–. Pensé que no volverías nunca.

–No podrás deshacerte de mí –dijo él mientras la abrazaba con fuerza.

–¿Cuándo has llegado? –preguntó Kate mientras deslizaba los dedos por su cara–. Pareces cansado –añadió con preocupación.

–No he perdido el tiempo durmiendo –confirmó él–. Pero no quiero hablar sobre mi viaje –añadió con los ojos brillantes por el reflejo de las velas. Luego la besó.

Kate pensó que el roce de su barba incipiente contra su cara era la sensación más maravillosa de la Tierra. Estaba claro que Guy la deseaba. Se entregó por completo a él mientras lo hacía pasar dentro, sin tratar de disimular el ansia que tenía.

–Oye, oye –le recordó Guy con un susurro–. ¿Qué pasa con Megan?

–Está en el castillo –explicó–, con tu madre. Yo estoy sola –dijo, y observó cómo él sonreía con malicia.

–En ese caso, ¿puedes ofrecerme una cama para esta noche?

Ella contestó con sus manos, sus labios y sus ojos.

–¿Dónde has estado? –preguntó mientras le pasaba los dedos por el pelo. Luego, lo acercó más a ella, como para no dejarlo ir jamás.

–Zanjando esos malditos convenios de una vez por todas –explicó, tomando sus manos para besar la yema de sus dedos una

por una.

–¿Cómo lo hiciste?

–Mis abogados descubrieron unos documentos originales que había en una cámara en París –dijo Guy–. Por eso necesitaban que yo testificara en un juicio.

–¿Y?

–El caso se cerró ayer por la tarde… a nuestro favor.

–Ah, Guy. ¡Me alegro mucho por ti! –dijo Kate mientras apretaba la cara contra su pecho.

–Te alegrarás por los dos, *mon coeur* –la corrigió con rapidez mientras tomaba su barbilla con la mano–. Llamé al castillo. Me contaron lo que hiciste, por mi madre y por Villeneuve. No puedo creer que tuvieras que pasar por eso tú sola.

–Ya no soy una niña, Guy. Solo hice lo que había que hacer.

–*Mais magnifiquement!*

–Ahora, incluso yo estoy impresionada –bromeó ella al oír sus alabanzas.

–Hablo en serio, *chérie* –dijo él–. ¿Cómo puedo agradecértelo?

–¿Así que ya no estás enfadado conmigo?

–¿Enfadado contigo? –murmuró Guy incrédulo, mientras le apartaba el pelo revuelto de la cara–. Por el amor de Dios, Kate, ¿de qué estás hablando?

Kate tragó saliva y fue directa al grano.

–Mi casa de huéspedes. El hecho de que siguiera adelante con mis planes sin consultártelo y…

–A veces está bien tener una aportación de nuevas ideas –murmuró él mientras la miraba con una intensidad que le llegó al alma–. ¿Quién dice que yo tenga todas las respuestas correctas?

–Por lo que a mí respecta, las tienes casi todas –dijo Kate con los labios casi pegados a los suyos.

–¿Solo casi todas? –dijo en un susurro mientras comenzaba a acariciarle los labios con la lengua.

Cuando dejó de besarla por un momento, Guy miró la cocina a oscuras y frunció el ceño–. ¿Por qué sigues a oscuras?

–Porque se ha ido la electricidad de nuevo –dijo Kate con sorna mientras se dirigía a buscar más velas.

–*J'y crois pas!* –exclamó mientras la tomaba por la espalda–. ¿No había arreglado eso de una vez?

La creería si supiera lo vengativa que había sido Mariamme D'Arbo. Pero Kate pensó que esa mujer ya había hecho suficiente daño. Le ahorraría los detalles por el momento.

–Sí que lo solucionaste –confirmó–. Es solo un apagón. Mañana

lo arreglaré –comentó, y cuando él se dispuso a replicar, Kate puso los dedos sobre su boca–. Guy, no quiero hablar de la electricidad –afirmó. Entonces vio cómo su expresión evolucionaba de indignación a sorpresa y luego a algo distinto.

–*Ma petite héroine* –murmuró con ironía mientras la abrazaba y le acariciaba el cuello–. No tienes ni idea de cuánto te quiero.

–¿Me quieres? –susurró Kate mientras aún podía.

La acercó más a él y la besó mientras recorría con las manos su cuerpo tembloroso. Antes de que ella pudiera darse cuenta, ya le había quitado la camiseta que usaba para dormir. Con suavidad, la agarró por la cintura y la puso de espaldas a él.

–Ahora veo para qué querías esos espejos –dijo con una risa muy sexy.

–¡Guy! –protestó ella sin mucha fuerza. Respiró hondo al ver cómo él acercaba las manos a sus pechos. Comenzó a juguetear con sus pezones hasta que estuvieron duros y ella no pudo hacer más que mirar fijamente al espejo, que era lo que él pretendía. Guy la subió encima de la encimera y ella sintió el frío tacto del granito, que reemplazaba el calor de sus manos. Fue entonces cuando Guy colocó su muslo entre las piernas de Kate y la agarró con un brazo alrededor de la cintura, mientras él se desabrochaba la cremallera para quitarse los pantalones.

Cada zona de su cuerpo ansiaba más, y mientras el deseo de Guy aumentaba, Kate se inclinó hacia él pidiendo más. En aquella habitación tan silenciosa, sus respiraciones parecían frenéticas. Lo miró a los ojos a través del espejo, pero él solo le dedicó una breve mirada pues ya le había agarrado las nalgas y estaba dispuesto a dirigir y controlar. A Kate aquello no hizo sino excitarla más, así que se lanzó contra él por sorpresa, consiguiendo que la penetrara de golpe. Por un momento, él se quedó completamente quieto.

–No pares –le rogó ella–. Te necesito.

Guy ganó el siguiente asalto sin dificultad, con una retirada tan lenta que Kate sintió que iba a estallar. Y, cuando empezaba a sentirse decepcionada, se precipitó dentro de ella de nuevo y la agarró con fuerza para que se moviera a su ritmo. La condujo a las cotas más altas del placer y ambos estallaron en violentas sacudidas. Permanecieron el uno pegado al otro, exhaustos.

Pasaron minutos hasta que fueron capaces de articular palabras.

–¿Lo decías en serio? ¿Realmente me quieres? –preguntó Kate con timidez.

–*Tu es la personne à laquelle je tiens le plus au monde!* –exclamó Guy–. Lo siento. ¿Qué me has hecho, Kate? Por un momento no podía más que pensar en francés. Claro que te quiero. ¿Cómo puedes tener dudas?

–Así que tú…

–Te he dicho en francés que, para mí, eres la persona más especial del mundo.

–Te quiero… más que a mi vida –dijo Kate, sabiendo que era la verdad.

–¿Para toda la vida? –murmuró Guy.

–Para toda la vida –confirmó Kate acomodándose contra él.

–Vamos, *mon coeur* –dijo Guy dirigiéndose hacia las escaleras–. Es hora de ir a la cama.

Los primeros gallos anunciaban el nuevo día cuando, finalmente, ambos cayeron en un sueño profundo. La tensión de los últimos días y el hecho de que Guy no hubiera dormido mucho no disminuyeron sus ansias en absoluto. Era como si nunca se cansaran de hacer el amor, como si se tuvieran que poner al día por todo el tiempo que habían estado separados.

Cuando Kate se despertó en los brazos de Guy, lo encontró mirándola con atención, como si la acabara de conocer.

–A veces no me puedo creer que este momento haya llegado –dijo él mientras la besaba con intensidad.

–¿Por qué no? –preguntó ella con dulzura mientras pasaba las manos por detrás de su cuello.

–Porque te deseaba desde que volviste a mi vida –admitió Guy–. Pero la diferencia de edad…

–No es para tanto –dijo Kate con una sonrisa–. Es la justa para asegurarme que sabes lo que hacer en el dormitorio.

–Aún eres *incorrigible* –exclamó él–. Pero ponte seria por un momento.

–Si insistes.

–Insisto –dijo él, fingiendo ponerse serio mientras le acariciaba el pelo–. No puedo creer que aguantara tanto tiempo seduciéndote.

–Eres muy seguro de ti mismo –bromeó Kate con toda la seguridad que su amor le había dado.

–Mucho –dijo con una seguridad muy masculina–. Confieso que

me costó apreciar que ya no eres la pequeña Kate que visitaba a su tía cada año.

–Pero soy la misma persona –le advirtió ella en broma.

–En algunos aspectos –admitió Guy–. Pero te has convertido en una mujer muy guapa.

–Bueno. He mejorado, espero –dijo ella–. ¿Como el buen vino?

–*Exactement* –convino él con los ojos brillantes.

–¿Y ahora vas a degustarme? –preguntó ella con provocación.

–Digamos que estoy impresionado por ti y por todo lo que haces.

–¿Eso significa que apruebas mis actividades en la casa?

–Nunca pierdes una oportunidad, ¿verdad *mon ange*? –dijo Guy sorprendido–. Pero he de admitir que es tu rebeldía lo que siempre me atrajo.

–¿Estás amansando a la tigresa? –sugirió ella inocentemente.

–Bueno, una gata salvaje por lo menos –dijo para provocarla.

Ella sabía cómo le gustaba comprometerla cada vez que arremetía contra él.

–¿Y es eso todo lo que encuentras atractivo de mí? –dijo fingiendo estar desilusionada.

Guy recorrió su cuerpo con la mirada antes de contestar.

–Hay un par de cosas más que me atraen.

–¡Bruto! –dijo ella tratando de escapar.

–¿Por qué no aprendes a rendirte? –preguntó él, mientras Kate no dejaba de luchar para liberarse de sus manos.

–Nunca.

–Pues será mejor que te calmes, o te perderás lo que tengo que decirte.

Al oír aquello, Kate hizo un sonido de capitulación y se quedó quieta.

–Eso está mejor –dijo Guy.

–¿Y bien? –preguntó Kate–. ¿Qué tienes que decirme?

–Primero quiero agradecerte el que devolvieras a mi madre la ilusión de vivir.

–Eso lo hice con gusto, ya lo sabes. No creo que sea eso lo que has de decirme. ¿Qué más?

–Gracias por hacer que me diera cuenta de que no debo confiar en una agencia para que me proporcione a los miembros clave de mi personal.

–¿Mariamme D’Arbo?

–En efecto –admitió–. ¿Sabías que robó el anillo de mi madre?

–La policía me ha asegurado que lo han recuperado –dijo

Kate–. Fue lo primero de lo que me ocupé cuando arrestaron a la señorita D'Arbo.

–Ahora, hablemos de tus planes sobre la casa de huéspedes.

–¿Así que no te importa, después de todo? –dijo Kate con esperanza, tratando de leer su pensamiento.

–Hay una condición.

–¿Y esa es…?

–Insisto en que te traslades al castillo.

–¿Al castillo? –preguntó mientras reflexionaba sobre la idea–. Podría funcionar –murmuró–, si tu madre se mudara a la casa.

–Ah, esperaba que dijeras eso –la interrumpió él con satisfacción.

–¿Por qué?

–Porque ella me lo dijo –admitió–. Me explicó que el castillo está lleno de recuerdos dolorosos. Allá donde mira ve a mi padre.

–Lo comprendo –dijo Kate con seriedad–. Estuvieron juntos mucho tiempo. Si hay algo con lo que yo pueda ayudar.

–Creo que sí que lo hay –dijo Guy–. La calidez y camaradería de La Petite Maison han tenido un efecto beneficioso en ella, y no quiero que eso pare. Dice que es feliz por primera vez desde el accidente, gracias a ti y a la atmósfera que has creado en la casa. Y, con tu permiso, Kate, creo que encontraría entretenimiento…

–Por supuesto que será bienvenida –dijo Kate con calidez–. Puede tener todo el tiempo que necesite. Y no solo por su beneficio, sino por el nuestro también. Ha sido de gran ayuda. Todos la adoran. Y no solo porque sea la condesa. Está llena de ideas y es interesante que esté por aquí.

–Y ha obtenido mucho de ti, de Megan y de los huéspedes.

–Puede que no todos sean tan agradables como los últimos –le advirtió Kate.

–Creo que te darás cuenta de que está hecha de un material más fuerte del que aparenta –dijo él–. Tiene un interés renovado por la vida. Nuca pensé que volvería a verlo.

–No tienes que convencerme –insistió Kate–. Sabes lo mucho que aprecio a tu madre, Guy. Y, si ella puede ocuparse de todo aquí junto con Megan… Bueno, yo podría dar las clases de cocina en el castillo. La cocina es mucho más apropiada.

–Me alegro de oír eso. Aquí en Villeneuve nos gusta hacer las cosas en equipo.

Kate se puso a pensar en sus palabras y, finalmente, tomó una decisión.

–No sabes lo afortunado que eres por pertenecer a algo tan

especial como esto.

–Sí que lo sé –dijo–. ¿Tú no?

–¿Yo? Guy, ¿me estás tomando el pelo? –preguntó Kate. Guy comenzó a acariciar sus brazos y ella comenzó a temblar. Supo que no hacía más que jugar con ella, como siempre.

–Eres tan parte de Villeneuve como yo, Kate. En el fondo siempre supiste que era así. Por eso regresaste.

–Eres muy sabio –dijo ella con suavidad tumbándose sobre las almohadas.

–Así que… –comenzó a decir Guy–, si soy tan sabio, no me tomarás por tonto cuando te pida que te cases conmigo.

Kate abrió los ojos sorprendida y lo miró fijamente.

–No puedo prometerte un camino fácil, al menos por ahora –dijo–. Todavía tengo que resolver algunos asuntos sobre la propiedad.

Un chorro de sensaciones recorrió el cuerpo de Kate mientras lo miraba.

–Pero, por lo que he visto… –continuó, inconsciente del estado en que ella se encontraba–, creo que podrás soportarlo.

–Sí, Guy.

–He de decirte que la idea del ADN fue genial.

–Sí, Guy –repitió Kate con más intensidad.

Guy se detuvo y la miró fijamente.

–Sí, me casaré contigo –dijo Kate, sintiendo su corazón lleno de amor, mientras miraba al hombre entre cuyas raíces sabía que siempre había estado.

–Pequeña Katie Foster… cuánto has crecido –murmuró con ternura, colocando un rizo de su pelo rubio detrás de la oreja.

–En efecto –susurró Kate mientras lo miraba–. He crecido contigo y por ti, Guy. ¿Pero, estás seguro de que puedes soportarme?

Él fingió que lo pensaba durante un momento.

–Puedo intentarlo. ¿Tú crees que podrás soportar ser la condesa de Villeneuve?

Kate sonrió mientras se encogía de hombros.

–Puedo intentarlo –dijo con descaro mientras él la tomaba en sus brazos para besarla.